



Alfredo A. Bianchi

Los colegas

Los colegas, quinta obra de Concurso Labardén (¿y aún se habla del Concurso Labardén?), estrenada hace apenas dos meses, es presentada hoy por la Dirección de Nosotros al veredicto de sus lectores.

De las cinco obras conocidas hasta ahora de éste, por muchas causas, célebre Concurso, Los colegas es, indudablemente, sino la mejor, por lo menos la única que, junto con El fruto sano, resiste a una crítica un poco severa.

El éxito obtenido por esta pieza la noche de su primera representación, es muy digno de tenerse en cuenta dadas las deplorables condiciones en que se la presentara. En efecto, desconfiando de su teatralidad, la compañía del Teatro Moderno, parece que se hubiera propuesto hacerla fracasar. Siendo, de todas las obras que ella ha puesto en escena, la que más necesitaba de un primer actor, fue la única en que no trabajó el primer actor de la compañía. No se ensayó, nos consta, más que dos veces. Ninguno de los artistas se sabía su papel. Substituyose el texto con palabras improvisadas, a veces incorrectas y hasta absurdas. Por otra parte, se efectuaron en el original, sin derecho y sin criterio alguno, innumerables cortes. Escenas íntegras fueron suprimidas. Nosotros la ofrece hoy, tal cual la escribiera su autor para que pueda evidenciarse la sinrazón de tales supresiones.

Y si a pesar de todas estas circunstancias desfavorables, la pieza

triunfó, hay que convenir en que ello, se debió al mérito intrínseco de la obra.

Los colegas es un drama intenso y sencillo, escrito con elegancia y vigor. Todo él abunda en efectos dramáticos de buena ley, presentando además, desde el principio al fin, una perfecta unidad en los caracteres.

El público sintió y pensó desde los primeros momentos con el autor, compenetrándose de la original idea, nervio de la obra, que aparte sus méritos artísticos, es también de una encomiable eficacia ética, lo que constatamos sin que esto importe una especial inclinación nuestra por las piezas moralizadoras.

Y ahora, juzgue el lector.

Los colegas
Thespis

PERSONAJES

MARIO BLASCO, médico.

ANÍBAL FERRANDO, médico y consejero de la Facultad de Medicina.

JORGE VILANA, médico.

MÁXIMO TÉLLEZ, hacendado.

DIEGO DE ARVAL.

ANTÚÑEZ.

PURA BREST.

SILVIA DE ARVAL.

ZULEMA ROJAS.

DOÑA LAURA, madre de Diego y Silvia y tía de Pura.

DOÑA EMILIA, madre de Mario.

MISS DOLLY, antigua institutriz de la familia de Arval.

LA CRIADA.

EL CRIADO.

EL MOZO DEL HOTEL.

EL GROOM.

La acción es contemporánea, y pasa en Mar del Plata y en Buenos Aires.

Acto I

El centro de la terraza de un lujoso hotel, en Mar del Plata. Al foro, una balaustrada de piedra, que se extiende a ambos lados del escenario, prolongando la terraza. Diseminadas aquí y allá, algunas sillas y tres o cuatro mesitas de hierro pintadas de blanco. Junto a la balaustrada, a uno y otro lado, un par de largos bancos del mismo estilo. En el medio de la balaustrada una gran escalinata. Por ella se descende a una vereda que se supone va por el foro hacia la rambla; esta vereda no es visible de la terraza, porque está en un plano más bajo. En el fondo, a lo lejos, entrecortado por las techumbres de las casillas que se levantan sobre la rambla a lo largo de la playa, el magnífico paisaje del mar, en una tarde de estío.

Escena I

FERRANDO, TÉLLEZ y EL MOZO DEL HOTEL.

FERRANDO y TÉLLEZ toman bebidas frescas sentados ante una mesita. FERRANDO tiene una fisonomía astuta, lleva su barba gris entera y cortada en punta, gasta anteojos, y viste un terno de paño oscuro. TÉLLEZ es de franca e inteligente fisonomía, usa bigotes, y viste con elegante negligencia un traje claro. A respetuosa distancia les atiende EL MOZO DEL HOTEL, ora parado, ora paseándose somnoliento.

TÉLLEZ.- Seguramente ha llegado a sus oídos la sensacional noticia que circula desde anoche...

FERRANDO.- ¿Qué noticia?

TÉLLEZ.- Parece que su colega Mario Blasco se casa con Silvia Arval.

FERRANDO.- ¡Pues no sería poca la suerte de ese mocito!... ¡Pues no sería poca esa desgracia para el hotel!...

TÉLLEZ.- ¿Por qué tanta suerte para el mocito?

FERRANDO.- ¿No le parece a usted bastante?... Conquistaría de pronto nombre, posición, fortuna. «Haría su América».

TÉLLEZ.- ¿Y por qué tanta desgracia para el hotel?

FERRANDO.- ¡Cómo!... ¿No sabe usted que los pretendientes de Silvia aquí alojados forman legión? Recibidas las calabazas, todos se volverían a Buenos Aires. El establecimiento quedaría desierto y sus dueños no percibirían ya los miles de pesos semanales que ellos pagan.

TÉLLEZ.- ¡Y vaya si gastan en vivir y deslumbrar a la niña festejada y de moda!

FERRANDO.- Cada cual piensa que se ha de casar con ella, y que entonces se resarcirá de sus gastos. Es dinero adelantado en la operación o puesto a interés usurario. (Pausa breve.) ¡Mal negocio para el hotel el compromiso de Silvia Arval!

TÉLLEZ.- Mal negocio. Y eso sin tener en cuenta que muchos vencidos pueden arrojarse desesperados al mar, y desprestigiar el balneario, cubriendo la playa de cadáveres.

FERRANDO.- No se alarme usted. ¡Nada ha de suceder! Ni quebrará el hotel, ni habrá peste de ahogados. Y no porque no sean tantos los pretendientes de Silvia. Los conocidos se cuentan por docenas, ¡los vergonzantes por centenares!

TÉLLEZ.- ¿Los vergonzantes?

FERRANDO.- ¿Ignora usted que esas beldades millonarias arrastran, junto a sus pretendientes ostensibles, verdaderos ejércitos de «cazadores de dotes», tan pacientes y cautelosos como si fueran cazadores de serpientes?

TÉLLEZ.- (Riendo.) ¡Mire usted que yo he pretendido a Silvia!

FERRANDO.- Usted está fuera de toda sospecha, por su posición social y su carácter. Además, usted no ha... «trabajado»... en serio.

TÉLLEZ.- ¿Piensa usted que Silvia, siendo tan linda, no tiene enamorados sinceros?

FERRANDO.- La sinceridad es un concepto muy relativo. ¡Hay tanto iluso, tanto sugestionado, tanto autómatas que se da cuerda a sí mismo!

TÉLLEZ.- ¿Por qué cree usted, entonces, que no se despoblará el hotel... ni se poblará la playa de cadáveres? Los autómatas que hoy se dan cuerda para querer, también se la darán mañana para huir o para matarse.

FERRANDO.- No. Eso no sucederá... (Pausa breve.) Por la sencilla razón de que Silvia no ha de casarse con

(EL MOZO DEL HOTEL se acerca a levantar el servicio de los refrescos. Sin darle tiempo para ello, FERRANDO le indica que se aleje, con impaciente ademán... EL MOZO DEL HOTEL se retira por la derecha.)

TÉLLEZ.- Habla usted con una seguridad...

FERRANDO.- La seguridad de la experiencia.

TÉLLEZ.- Sin embargo, los hechos...

FERRANDO.- Las apariencias no son los hechos. Y, además, los hechos se destruyen por nuevos hechos.

TÉLLEZ.- Creo que Mario es intachable. No habría por qué deshacerle el compromiso...

FERRANDO.- ¡Hum!... ¡Quién sabe!... (Cambiando de tono.) ¡Cállese usted, que por ahí viene!

(Entra MARIO por la izquierda del espectador. Es alto, afeitado y de ademán resuelto. La arruga de su frente y el gesto de sus labios revelan una expresión de energía, que contrasta con el candor de sus ojos claros. Rara vez sonríe; frecuentemente parece distraído. Viene con un cigarro en la boca, paseándose por la terraza.)

Escena II

Dichos y MARIO.

El diálogo de la presente escena debe seguirse con animación y vivacidad, como si los personajes, sobre todo FERRANDO y MARIO, se esforzaran en lucir su ingenio. Parecen aguijoneados por vago y oculto antagonismo, que da como una segunda intención a sus palabras. Bajo formas corteses y hasta cordiales, el gesto de FERRANDO descubre cierta ironía; en la voz de MARIO vibra sordamente la impaciencia propia de quien presume una hostilidad que no comparte ni acierta a definir y precisar. FERRANDO y TÉLLEZ permanecen sentados. MARIO, de pie, se apoya, sobre una mesa vecina;

a ratos, se pasea.

MARIO.- ¡Hola!... Se alimentan ustedes...

TÉLLEZ.- No sólo de ideas vive el hombre...

FERRANDO.- ¿Quiere usted tomar algo con nosotros?

MARIO.- No, mil gracias. Iré más tarde a tomar el té en la rambla.

FERRANDO.- En la amable compañía de la familia de Arval...

MARIO.- O de cualquier otra... (Cambiando de tono.) Veo que interrumpo una conversación confidencial... (Haciendo ademán de irse.) Ustedes disculpen...

TÉLLEZ.- Nada interrumpe usted...

FERRANDO.- Hablábamos de sports; del tiro a la paloma, del tenis, del golf...

TÉLLEZ.- Parece que hay una verdadera afición a este juego.

FERRANDO.- ¿Lo cree usted así? De cien concurrentes al campo de golf, apenas si diez lo juegan. De

————— 249 —————

éstos, apenas si uno lo juega con gusto. Los demás concurren porque no tienen otra cosa que hacer, porque es una ocasión para el flirt, en fin, por moda... ¡La moda, qué gran tirana, qué gran hipócrita!

TÉLLEZ.- ¡No maldigamos de la moda! No imitemos a esos románticos melencólicos que reniegan la del siglo presente... porque siguen la del siglo pasado.

MARIO.- La moda no es más que una forma del progreso. El amor a la moda es el instinto de perfección en los espíritus vulgares.

FERRANDO.- ¡Vivir para ver!... Nunca hubiera pensado que dos hombres serios ponderasen la moda como una bendición del cielo.

MARIO.- Yo no la pondero. La defiendo contra los ataques que le dirigieron nuestros padres sin comprenderla, ¡y obedeciendo sin saberlo a su tiranía!

TÉLLEZ.- Antes era moda despreciar la moda... Hoy es moda andar a la moda.

MARIO.- Si no fuera por la moda andaríamos todavía con una corona de plumas sobre la nuca por toda vestimenta.

FERRANDO.- ¡Y no quedarían tan mal así muchas de nuestras jóvenes amigas!

MARIO.- Es cuestión de costumbre. Si las viéramos siempre en toilette de salvajes, clamaríamos por el corsé, que tantos defectos disimula. (Pausa breve.) Sí, doctor, renegar de la moda es renegar de la civilización.

FERRANDO.- Si así piensa usted, ¿por qué no anda vestido de punta en blanco y saca modas como cualquier petimetre?

MARIO.- Porque no tengo tiempo. Soy médico.

TÉLLEZ.- (A FERRANDO, sonriendo.) Y usted también, doctor, para ser consecuente con sus ideas, ¿por qué no anda vestido de salvaje y coronado de plumas?

FERRANDO.- ¡A mi edad!... ¡Bonito quedaría!...

TÉLLEZ.- (Mirando a MARIO de pies a cabeza.) Pues si no es usted un dandy, amigo Mario, en este momento lo parece. «No son todos los que están, ni están todos los que son».

FERRANDO.- (A MARIO.) Cierto. Se ha transformado usted. Hasta creo que va usted a dirigir un cotillón con la señorita de Arval...

Pero su cambio no obedece a sus teorías sobre la moda. Las teorías han venido después, para justificar el cambio. (Movimiento de sorpresa en MARIO.) Estará usted enamorado. En la época de celo, los animales se revisten de sus mejores galas.

————— 250 —————

Los cuadrúpedos cambian de pelaje, las aves despliegan sus plumas más brillantes, hasta los reptiles se endosan una piel nueva...

MARIO.- (Interrumpiendo.) ¡Y todo esto a propósito del golf!

TÉLLEZ.- Porque yo decía que ha despertado entre nosotros una verdadera afición...

FERRANDO.- Porque yo negaba que esta afición sea tan verdadera...

TÉLLEZ.- Si niega usted todavía, mire aquel grupo que viene.

(En efecto, por la izquierda entra un grupo de damas y caballeros, en trajes de playa, conversando alegremente. Entre ellos viene ZULEMA, una dama soltera; pero ya menos joven de lo que pretende parecer. Es elegante, acaso demasiado elegante. Anda siempre muy empolvada y compuesta. Cuando va a decir alguna pequeña perversidad, guiña rápidamente los ojos. Cuando hay quien se la diga, los abre grandemente, y ríe con sonoras carcajadas, mostrando una blanquísima dentadura. Pronuncia bien, mas con alguna afectación, las palabras y frases francesas que a veces emplea. Y cierra el grupo un joven con un haz de bastones y palas de golf. Aunque todos se encaminaban a la escalinata, al ver a MARIO se detienen, se codean, y acuden a él, rodeándole, para felicitarle cordialmente. No parecen apercibirse de FERRANDO y TÉLLEZ, que continúan su conversación. MARIO y los que llegan forman un grupo aparte, en primer término.)

Escena III

Dichos, ZULEMA y damas y caballeros.

ZULEMA.- (Dando la mano a MARIO.) ¡Qué sorpresa nos reservaba usted! ¡Mis felicitaciones!...

EL CABALLERO.- (Estrechando también la mano de MARIO y palmoteándole en el hombro.) ¡Y las mías, Blasco!

(Las demás personas del grupo repiten sucesivamente: «¡Y las mías!...». «¡Y las mías!...». MARIO hace un gesto de negación y protesta; pero no le dan tiempo para hablar... FERRANDO y TÉLLEZ se levantan.)

TÉLLEZ.- (A FERRANDO, indicándole el grupo.) Voy a pasearme un momento por la terraza... mientras pasa esa nube de langosta saltona.

FERRANDO.- Y yo me quedo... a observar sus estragos.

(Sale TÉLLEZ por la izquierda.)

————— 251 —————

ZULEMA.- ¡Y cómo venía preparándose el triunfo, tan calladito!

EL CABALLERO.- Ha dejado usted el tendal de muertos y heridos en el campo de batalla.

(En el grupo, una voz masculina dice: «¡Pobres!». Una voz femenina replica: «¡Ya resucitarán y se curarán!».)

MARIO.- (Alzando la voz para ser oído.) Agradezco la intención de ustedes; pero no hay motivo para felicitarme.

ZULEMA.- ¡Lo hay! A tout seigneur...

EL CABALLERO.- ¡Vaya si lo hay!

(En el grupo repite una dama: «¡Ya lo creo que hay!».)

MARIO.- Parecen ustedes mascaritas. Hablan todos juntos, en enigmas y en broma. Se anticipan al Carnaval...

ZULEMA.- Pero le halagamos el oído con palabras agradables. ¡Otras cosas oiría usted si tuviéramos careta!

MARIO.- ¿Cosas desagradables?

ZULEMA.- Seguramente.

MARIO.- De manera que la careta... natural que llevan todo el año les sirve para decir palabras agradables. Y la máscara de trapo que se pondrán en el Carnaval... para desenmascarar el alma.

EL CABALLERO.- Poco le falta a usted para llamarnos sepulcros blanqueados, como el cura que predicó el domingo.

MARIO.- Eso sería descortés con las señoras. Podría creerse que me refiero al arte de Moussion...

FERRANDO.- (Acercándose al grupo.) ¡Qué!... ¿Tendría usted, Blasco, después de defender la moda, el mal gusto de desaprobarnos a las damas que se embellecen pintándose?... ¡No sea usted ingrato!... Yo, por mi parte, cuando veo a una de ellas me dan ganas de acercarme, darle la mano y decirle: «Muchas gracias, señora, por la parte que me toca...». Porque ellas no se toman tanto trabajo para agradar a un hombre determinado, sino para agradarnos a todos. (Risas. FERRANDO se retira hacia el foro, a mirar el panorama.)

ZULEMA.- (Con intención.) ¡Felices las que despiertan pasiones sin tomarse tanto trabajo!

EL CABALLERO.- ¡Felices los que toman la plaza sin sitiarla, y contra el sitio de los demás!

MARIO.- (A ZULEMA y EL CABALLERO.) Parecen ustedes referirse otra vez a mí... Y el caso es que no sé por qué me felicitan ustedes.

ZULEMA.- El muy pícaro quiere que le hablemos de ella... ¡Pues no le daré el gusto!

EL CABALLERO.- ¡Hágase usted el zorro!

————— 252 —————

LA DAMA.- Y eso que las uvas no están verdes...

ZULEMA.- ¿De qué habló usted ayer toda la noche en el salón de baile con Silvia Arval?

EL CABALLERO.- Todos sabemos que usted se ha comprometido con ella. Es inútil que lo niegue.

MARIO.- Pues lo niego, aunque sea inútil.

ZULEMA.- No lo niega usted muy convencido... ¿Espera que la mamá ratifique el compromiso de la niña?... ¡No tema, Blasco, que ha de ratificarlo! Aunque Laura es un poco entêtée...

MARIO.- (Con disimulada impaciencia.) Pueden ustedes creer lo que quieran. Lo único que yo debo decirles es que todavía no hay nada entre Silvia y yo.

LA DAMA.- ¡Todavía!

(Risas en el grupo.)

EL CABALLERO.- ¡Se ha vendido usted!

(Vuelve TÉLLEZ, se junta a FERRANDO.)

ZULEMA.- ¿Y no nos agradece nuestras felicitaciones?

EL CABALLERO.- (Remedando a MARIO.) «Todavía» no es tiempo.

FERRANDO.- (Acercándose al grupo.) No sé qué noticia acabo de pescar sin querer, porque no me gusta escuchar conversaciones ajenas... (Dando la mano y palmeando efusivamente a MARIO.) Ahora comprendo su dandysmo. Era un recurso para conquistar una mujer. Usted se ha disfrazado de dandy como yo me disfrazaría de conde... Y por haber obtenido usted el éxito deseado, lo felicito, lo felicito de todo corazón.

ZULEMA.- (Con intención.) Pero si «todavía» no hay nada entre Silvia y él... (Al grupo.) Deberíamos aplazar nuestras felicitaciones...

EL CABALLERO.- E irnos ahora con la música a otra parte...

ZULEMA.- Hasta cuando haya algo y se le pueda felicitar...

EL CABALLERO.- (Despidiéndose de Mario.) ¡Hasta luego, pues! (TÉLLEZ y FERRANDO se sientan.)

ZULEMA.- (Como apercibiendo recién a TÉLLEZ.) Tiens, tiens!... ¡Qué triste está usted, Máximo! Parece que hubiera sufrido alguna terrible decepción... ¿Por qué no viene con nosotros, a distraerse jugando al golf?

TÉLLEZ.- Iré más tarde.

(ZULEMA y sus acompañantes se encaminan a la escalinata.)

LA DAMA.- Venga, Téllez. Cabe usted en el coche.

TÉLLEZ.- Gracias. Disculpen. (Indicando a FERRANDO.) Tengo que hacer una importante consulta al doctor...

MARIO.- (Saludando a FERRANDO y a TÉLLEZ.) Les dejo a

ustedes... (FERRANDO y TÉLLEZ saludan a MARIO, que sale por la derecha.)

EL CABALLERO.- (Todavía en el umbral de la escalinata, a TÉLLEZ, y refiriéndose a FERRANDO.) ¿Le pide usted la receta de un filtro de amor? ¡Es tarde ya! (Sale por el foro con su grupo.)

ZULEMA.- ¿Le pide usted un remedio para contener la caída del cabello? ¡Sería demasiado temprano! (El grupo baja riendo y conversando por la escalinata, y sale por la derecha del foro.)

TÉLLEZ.- (A ZULEMA antes de que acabe de descender por la escalinata.) No ha llegado el momento, es cierto.

Escena IV

FERRANDO y TÉLLEZ.

FERRANDO.- Si se tratara de una tintura para disimular las primeras canas, antes que a mí debiera usted consultarla a ella.

TÉLLEZ.- (Pasándose la mano por el cabello.) Felizmente, por ahora no hay canas, ni calva...

FERRANDO.- (Sonriendo.) Pero ya vendrán, ya vendrán... Y entonces será usted incurablemente un solterón ¡por imprudencia!

TÉLLEZ.- (Poniéndose de pie.) ¡Por imprudencia! Explíqueme usted eso, doctor. (Comienza a pasearse.)

FERRANDO.- Sí, amigo mío, por imprudencia. Usted deja pasar el verano cantando, como la cigarra, sin hacerse un hogar para el invierno, como la hormiga... ¿Por qué no piensa usted seriamente en casarse, en vez de perder el tiempo mariposeando aquí y allá?

TÉLLEZ.- (Deteniéndose.) ¿Y quien le ha dicho a usted que yo pierdo el tiempo «mariposeando aquí y allá»?

FERRANDO.- Mi buen sentido. Con su fortuna, su nombre, su mundo, su inteligencia, sus éxitos de dilettante en las letras, no tendría usted ahora más que llamar con el dedo a la niña con quien quisiera casarse y ella vendría hacia usted... ¡No es niñas casaderas lo que nos falta!

TÉLLEZ.- ¡Bah!... Casarse por casarse... ¡Eso, nunca!

(Entra DIEGO por la escalinata del foro. Es un jovencito flacuchín y afeitado, parece un adolescente. Viste todo de blanco, con corrección y aspiraciones de elegancia.)

Escena V

Dichos, DIEGO y después MISS DOLLY.

DIEGO.- ¡Adiós! ¿Están ustedes de confidencia?

FERRANDO.- Un poco...

TÉLLEZ.- Y usted, Diego, ¿busca a su inseparable miss Dolly?

DIEGO.- (Suspirando burlescamente.) ¡Desgraciado de mí! ¡Ya no puedo vivir sin el amor de esa beldad pecosa y de cartón piedra!

(MISS DOLLY aparece por la izquierda. Alta, angulosa, rubia, de facciones hombrunas, de ademán tímido y fino, presenta el aspecto típico de una institutriz que ha dedicado su vida al servicio de buenas casas. Usa lentes. Habla correctamente el castellano, si bien con acento extranjero. Viste de colores claros, impropios de su edad y condición; pero no sin cierta elegancia romántica. Viene de prisa.)

DIEGO.- (Adelantándose a recibirla.) ¡Al fin ven mis ojos el sol de la mañana! (Le ofrece irónicamente el brazo, que ella no acepta.)

MISS DOLLY.- Déjese de bromas, niño Dieguito. (A FERRANDO y TÉLLEZ.) ¿No han visto ustedes, señores, pasar para la rambla a la señora Laura y a las niñas?

FERRANDO.- No, miss Dolly. Ellas no han pasado por acá.

DIEGO.- ¡Y yo, que creía fuera a mí a quien usted buscaba!

MISS DOLLY.- (A FERRANDO y TÉLLEZ.) Ustedes disculpen, señores. (Sale por donde viniera.)

TÉLLEZ.- (A DIEGO.) ¡Pero, Diego!... ¿No tiene otra cosa en qué entretenerse que incomodar a esa pobre vieja?

DIEGO.- ¡Qué poco conoces a las mujeres! Yo no incomodo a miss Dolly, sino que la divierto... A todas les gusta oír cumplimientos; y las que no pueden oírlos en serio, se contentan con oírlos en broma. Además, ella no es tan vieja...

TÉLLEZ.- Pudiera ser tu abuela...

DIEGO.- ¡No!... Cierto que representa unos treinta años; pero

tiene... más de sesenta. (Cambiando de tono.) Y si no me divierto con miss Dolly, ¿con quién iba a divertirme?... ¿La ruleta? Se ha suprimido. ¿Las niñas? En cuanto uno conversa con cualquiera, ¡me lo casan! ¿Las señoras? No hablan más que de los pañales de sus chicos. Y si alguna atiende a los jóvenes, ¡pobre de ella! ¡Cómo la ponen las mamás con niñas casaderas!

FERRANDO.- Está usted exagerando, Diego...

————— 255 —————

DIEGO.- ... Y para colmo, en todo Mar del Plata no hay una sola mujer presentable de vida alegre. (A TÉLLEZ.) ¿Sabes lo que pasó a la pobre Ninón, que llegó ayer al Confortable Hotel, a tomar baños, muy enferma, por prescripción médica? ¡La echaron! Y como en ningún hotel querían recibirla, la pobrecita tuvo que volverse a Buenos Aires... (Agarrándose la cabeza.) ¡Qué país éste, qué país! (Sale por la izquierda.)

Escena VI

FERRANDO y TÉLLEZ.

FERRANDO.- (Prosiguiendo la conversación interrumpida.)

¡Entiéndame usted!... Yo no le aconsejo que se case por casarse...

TÉLLEZ.- (Imitando a DIEGO.) ¡Qué país éste, qué país! Aquí no hay más recurso que casarse, vivir tranquilo con una mujer muy gorda, y dar a la patria una docena de hijos.

FERRANDO.- Dice usted bien. Por eso le digo que se case, y no con cualquiera: con la que elija entre todas... Ninguna niña dejará de aceptarle, ¡ninguna! si usted se sabe insinuar. (Pausa.)

TÉLLEZ.- (Muy serio, casi con tristeza.) Pues sépase usted, doctor, que me he insinuado. Hace ya tiempo que me decidí por una... ¡Y la quiero todavía, con toda el alma, como un chico de veinte años!

FERRANDO.- (Serio.) No habrá sabido usted cortejarla. Se habrá declarado antes de tiempo... ¿Ha visto usted a los paisanos cazar perdices a caballo, con un lazo corredizo atado al extremo de una caña? Se da vuelta alrededor de la perdiz hasta marearla, y cuando ella se echa en el suelo, se le tiende el lazo y se la pesca. Si el lazo se tiende antes de que ella se eche, la perdiz se escapa

volando. (Pausa.) Así se casan también las mujeres. (Sonriendo.) Su perdicita no se habría echado aún cuando usted le tendió el lazo y salió volando...

TÉLLEZ.- ¡Para no volver más!

FERRANDO.- Puede ser que vuelva. (Pausa breve.) ¿Quién era ella, si no es indiscreción preguntarlo? Recuerde usted que un médico es un confesor.

TÉLLEZ.- Mi fracaso no es ningún secreto de confesionario. No soy de los que saben disimular...

FERRANDO.- ¿Quién era, pues?

TÉLLEZ.- Creo habérselo dicho ya... La que se comprometió anoche con Mario.

————— 256 —————

FERRANDO.- ¿Silvia?

TÉLLEZ.- Silvia.

FERRANDO.- ¿Y está usted tan seguro de que se ha comprometido?

TÉLLEZ.- El mismo Mario me lo dijo, aunque en reserva y a requisición mía.

FERRANDO.- Hay mozos que se dicen comprometidos con una niña, para alejar a los competidores.

TÉLLEZ.- No es ése el caso de Blasco. Bien sabe usted que él nada tiene de mentiroso ni de fanfarrón...

FERRANDO.- Convengo en que fue sincero con usted. Él ha creído comprometerse... Tal vez se comprometieran ella y él... ¡Pero del compromiso al casamiento!... (Una pausa.) (Confidencialmente.) Yo le aconsejaría a usted que no desistiera aún. Hasta le auguro la probabilidad de que se case con ella, si insiste. Las chicas no saben lo que quieren; un día dicen que sí y otro que no... Las mamás suelen ser más firmes; y me temo que la señora, mi amiga Laura, diga decididamente que no...

TÉLLEZ.- (Sorprendido.) ¿Por qué?

FERRANDO.- Por muchas razones. Blasco no puede serle simpático, pues su padre tuvo un pleito bastante ruidoso con la familia de Arval, pleito que ella no ha de haber olvidado del todo. Blasco es pobre, tiene deudas, carece de un nombre patricio... Y la señora ha fundado grandes esperanzas en Silvita. Todo le parecerá poco para su niña.

TÉLLEZ.- Usted olvida que Mario es una brillante promesa, profesor de la Facultad, autor de varios libros notables...

FERRANDO.- Pero no es hábil para ganar dinero...

TÉLLEZ.- ¿Y la gloria?

FERRANDO.- Con gloria no se paga palco y automóvil. Además, de esas promesas como Blasco, pocas se cumplen... La juventud del día es impetuosa; tiene impulso... ¡Lástima que sus bríos se acaben tan pronto!... Por mi parte, yo desconfío de prematuras reputaciones. Y

nunca he fundado grandes esperanzas en Blasco...

(Pausa.)

TÉLLEZ.- Yo lo creía amigo suyo...

FERRANDO.- Y lo es. Nada tengo contra él. Hasta ahora se ha portado bien...

TÉLLEZ.- ¡Hasta ahora!... ¿Y después?...

(Entra VILANA por la izquierda. Es un tipo mediocre, mas no vulgar; moreno, de ojos fríos y penetrantes, nariz aguileña, bigotes negros. Al apercibirle, FERRANDO y TÉLLEZ suspenden la conversación, y se dirigen a él saludándole.)

————— 257 —————

Escena VII

Dichos y VILANA.

FERRANDO.- (Dándole la mano.) ¡Hola Vilana! ¿Desde cuándo por aquí?

VILANA.- Acabo de llegar en el tren de la mañana. Prefiero madrugar a pasar una mala noche en viaje. (Dando la mano a TÉLLEZ.) ¿Y qué novedades se cuentan por Mar del Plata?

FERRANDO.- Las de siempre; algún noviazgo nuevo, falso o cierto. Usted sabe que en nuestra sociedad rara vez hay otras novedades. Las mujeres son demasiado honestas, y los hombres viven absorbidos por sus negocios.

TÉLLEZ.- La gente no se ocupa aquí más que de casarse y de casar a los demás. Todos se casan de puro aburridos, sin saber cómo ni por qué. Más que un pueblo de baños, esto es una agencia de casamientos. Ya lo sabe usted, Vilana; no ha de volverse soltero de esta

temporada...

VILANA.- ¿Y cuál es el último compromiso?

FERRANDO.- El de Blasco... con Silvia Arval.

VILANA.- ¡De Blasco... con Silvia Arval!

TÉLLEZ.- Sí. Su casamiento parece cosa hecha. Mañana bailará usted un cotillón dirigido por ellos. Y usted, ¿qué noticias trae de

Buenos Aires?

VILANA.- También de Blasco... ¡Pero no con Silvia Arval! Un asunto bastante turbio...

FERRANDO.- (Sin poder contener su curiosidad.) ¿Qué asunto?

VILANA.- (Sentándose.) No estoy bien enterado... Ustedes saben que él es ahora director del Hospital Municipal del Norte...

(FERRANDO y TÉLLEZ se sientan.) En la caja estaba depositado un ciento de miles de pesos, para construir un nuevo pabellón...

Casualmente en esa cantidad había una fuerte suma donada por la sociedad de San Vicente, que preside o presidió la señora de Arval... Pues todo el dinero ha desaparecido de la caja, y se acusa al director de haberlo substraído.

TÉLLEZ.- ¿A Mario?... ¡Imposible!... ¡Él está sobre toda sospecha!

VILANA.- Yo no dudaba de él... Pero, desgraciadamente, parece que las apariencias están en su contra. El asunto se ha hecho de ayer a hoy un escándalo público. No ha faltado gente malintencionada que pusiera en los diarios de hoy sueltos reticentes.

FERRANDO.- (Conteniendo su satisfacción interior.) Ha de

————— 258 —————

haber un error en todo eso. Yo necesitaría ver las pruebas con mis propios ojos para creer en la culpabilidad de Mario. (Insidioso.)

Verdad que gastaba un buen tren de vida, demasiado caro para un médico principiante...

VILANA.- Y que además pagaba las deudas que dejó su padre...

TÉLLEZ.- Gastara lo que gastase, ¡afirmo que Mario no es un ladrón vulgar!

FERRANDO.- ¡Un ladrón vulgar! Nadie dice semejante cosa...

VILANA.- Yo me he limitado a contarles lo que se cuenta... Los comentarios... se los dejo a ustedes.

(Pausa.)

TÉLLEZ.- Es extraño, muy extraño; y Mario parece no saber nada todavía...

VILANA.- Es que los diarios se han apresurado mucho esta vez, en el deseo de sorprender al público. Aún no lo nombran, naturalmente; pero dan tales señas y datos...

TÉLLEZ.- Debíamos avisarle.

FERRANDO.- Ya tendrá tiempo de saberlo.

VILANA.- Por mi parte, creo que nosotros no debemos decirle una palabra. Les pido reserva; no quiero meterme en líos.

FERRANDO.- Claro. De un momento a otro él recibirá su aviso llamándolo a Buenos Aires. Las malas noticias llegan siempre pronto. Entre gente desocupada y falta de temas, la llama correrá como en un reguero de pólvora.

VILANA.- Porque han de saber ustedes que desde ayer la Justicia instruye el sumario, y que el subdirector ha prestado ya una declaración que compromete a Blasco.

FERRANDO.- ¿El subdirector Rosales?... Lo tengo por decentísima persona.

VILANA.- Lo mismo yo.

FERRANDO.- El caso es, entonces, más grave de lo que yo pensaba. Rosales tendrá sus razones y no ha de hablar sin pruebas... ¡Pobre Blasco! ¡Quién lo hubiera imaginado! (Aparte a TÉLLEZ, sonriendo y palmeándole el hombro.) ¿No le dije yo que usted debía insistir en sus festejos a Silvia? Ahora puedo asegurarle que ella no se casa con Mario. (Pausa.) Triunfará la oposición de Laura. La niña se sentirá muy abatida, necesitará consuelo... ¡Y espero que usted aprovechará el momento en que se eche la perdiz!...

(Entra DIEGO por la izquierda y se dirige directamente a VILANA, quien se levanta a saludarle.)

Escena VIII

Dichos y DIEGO.

DIEGO.- (Estrechando la mano a VILANA.) ¡Tanto gusto de verlo por acá!

VILANA.- ¿Y la familia?

DIEGO.- Buena. Está aquí conmigo, ¡y yo me aburro a morirme por acompañarla!... Como usted había anunciado su viaje, le esperábamos

de un día para otro.

VILANA.- No he podido venir antes. ¿Y Pura está con ustedes?

DIEGO.- (Sonriendo.) Como siempre. ¿Por qué habíamos de haberla dejado de Cenicienta en la estancia?... (Serio.) Me acaba de decir Valdés que ha venido con usted en el tren... Yo lo andaba buscando porque tengo algo que hablar con usted...

VILANA.- (A FERRANDO y TÉLLEZ apartándose de ellos.) Con el permiso de ustedes.

(FERRANDO y TÉLLEZ se retiran conversando hacia el foro.)

DIEGO.- ¿Qué hay de verdad en el asunto de Mario? Usted, como colega de él, y por venir de Buenos Aires, debe saberlo...

VILANA.- Pues nada sé. ¿Qué quiere usted que yo sepa Diego?... He oído decir que los diarios de la mañana traen algo... Yo ni los he leído... Ya estarán en la sala de lectura. Puede usted consultarlos.

DIEGO.- Me parece que convendría prevenir a Mario...

VILANA.- Mal podría prevenirlo yo, que nada sé. El asunto es demasiado escabroso...

DIEGO.- Tan escabroso no ha de ser... Disculpe usted; yo lo creía amigo de Mario.

(VILANA hace un gesto de protesta por su amistad con BLASCO. Siguen conversando.)

FERRANDO.- (Prosiguiendo su conversación con TÉLLEZ.) No tiene usted por qué tener el menor escrúpulo en cortejar ahora a Silvia. Usted no falta en nada a su simpatía o su amistad con Blasco. Piense que si no es hoy usted, será mañana cualquier otro...

TÉLLEZ.- ¡Pero sorprenderla así!...

FERRANDO.- Las mujeres todas son lo mismo. Más que al sitio se rinden al asalto. Les gusta ser sorprendidas y dominadas. Mi finada mujer se comprometió conmigo casi contra su voluntad, y después fue la mejor de las novias y la mejor de las esposas...

VILANA.- (A FERRANDO y TÉLLEZ.) ¿Quieren ustedes dar conmigo una vuelta?

————— 260 —————

TÉLLEZ.- Vamos.

FERRANDO.- Yo iré antes al salón de lectura.

VILANA.- (A DIEGO.) ¿Usted no viene, Diego?

DIEGO.- Luego iré.

(FERRANDO, TÉLLEZ y VILANA salen por la izquierda. DIEGO se sienta, preocupado, con las manos en los bolsillos, en un banco que está en el fondo, junto a la balaustrada. Por la izquierda entra EL MOZO DEL HOTEL, y retira el servicio que estaba sobre la mesa. Por la derecha entran DOÑA LAURA, SILVIA y PURA.)

Escena IX

DIEGO, DOÑA LAURA, SILVIA y PURA.

DOÑA LAURA tiene el porte de una antigua matrona patricia. Aunque, bien conservada, viste sencillamente. Es delgada, de facciones enérgicas y ademán resuelto. En su cabellera negra hay algunos hilos blancos. Lleva siempre «impertinentes» consigo, aunque pocas veces los emplea. SILVIA es menuda, graciosa, naturalmente coqueta. PURA, alta y elegante; su andar y su palabra tienen un reposo extraño a su edad. Las tres vienen en cabeza. Al verlas DIEGO se levanta y se adelanta a recibirlas.

DIEGO.- ¿De dónde salen ustedes, sin vestirse a esta hora? Miss Dolly las andaba buscando desesperadamente...

DOÑA LAURA.- Estuvimos en el salón de música, y después en las habitaciones de Clara, viendo su colección de sombreros.

SILVIA.- Imagínate que se ha traído cuarenta y siete.

DIEGO.- ¿Y cuánto tiempo pasará en Mar del Plata?

SILVIA.- Poco. Creo que ocho o diez días.

DIEGO.- Pues entonces, hijita, si no se cambia de sombrero cada cuarto de hora o no se pone cada vez cuatro o cinco, uno encima de otro, formando una torre de Eiffel sobre la cabeza, no sé cómo se dará tiempo para lucirlos todos. (En otro tono, a DOÑA LAURA.) ¿Sabes mamá, que acaba de llegar Vilana? (A PURA.) Me ha preguntado muy especialmente por ti. Voy a convidarlo a comer con nosotros esta noche.

PURA.- Lo que es por mí...

DOÑA LAURA.- Invítalo de mi parte. (Disponiéndose a salir por la izquierda.) Vamos, muchachas, a ponernos los sombreros para ir a la

rambla.

SILVIA.- (Aparte a DIEGO, mimosamente.) Invítalo también a Mario.

DIEGO.- (Entre dientes.) Mario no estará para convites esta noche.

DOÑA LAURA.- (A DIEGO, presumiendo la indicación de SILVIA.) No veo la necesidad de invitar a Blasco.

————— 261 —————

DIEGO.- Ni veo yo la necesidad de desairarlo no invitándolo, precisamente en estos momentos...

(DOÑA LAURA, SILVIA y PURA, que se disponían a salir por la izquierda, se detienen, intrigadas por las palabras de DIEGO.)

DOÑA LAURA.- (Impaciente.) ¡Precisamente en estos momentos!... ¿Qué le pasa a ese señor?

DIEGO.- Quizás algo grave, y que no debemos reagrar de nuestra parte...

(SILVIA y PURA se manifiestan alarmadas.)

DOÑA LAURA.- ¿Algo grave?

DIEGO.- Es un decir, vamos... En todo caso no será para contárselo a mujeres. Vayan a arreglarse, que se hace tarde. ¿Quedamos en que lo invito también a Mario?

DOÑA LAURA.- No.

PURA.- Supongo que no será serio eso que le pasa... y que tú no puedes contar a mujeres.

DIEGO.- Es serio, muy serio.

PURA.- Cualquier cosa que sea, no afectará su honor.

DIEGO.- Afecta su honor... aunque yo lo tenga por un caballero. Creo que debemos invitarlo... sobre todo hoy...

SILVIA.- Cierito...

DOÑA LAURA.- (A SILVIA, estallando en una cólera antes contenida.) Pues anoche estuviste demasiado con Blasco en el salón de baile... Te advierto que se dice que se ha declarado... (Una pausa.)

SILVIA.- (Turbada.) Hace ya tiempo que se declaró, mamá... Y anoche lo he aceptado.

DOÑA LAURA.- ¡Lo has aceptado!... ¡Y sin decirme nada!
SILVIA.- Todo el día he estado por decírselo y no me he atrevido...

DOÑA LAURA.- (Exaltándose y dominándose.) Pues yo no te doy mi consentimiento, Silvia... ¡De ninguna manera!... ¡De ninguna manera!...

SILVIA.- (Lagrimando.) ¡Mamá, por Dios!... La gente del hotel ya lo sabe.

DOÑA LAURA.- ¿Qué sabe?

SILVIA.- Mi compromiso...

DOÑA LAURA.- Si tu madre no lo sabía, nadie lo sabe... ¡Lo que tú sabías bien es que yo me he opuesto siempre!... ¡Y lo que Diego acaba de decirnos, no anuncia nada bueno! (A DIEGO.) ¿Quieres explicarte mejor?

DIEGO.- (Vacilando.) No puedo... (Como hablando consigo mismo.) Pero si no se lo digo yo, cualquiera de esas

————— 262 —————

almas caritativas que tanto abundan en este país les dará la noticia, saturándola de arsénico...

DOÑA LAURA.- Así es. Mejor será que hables pronto y nos digas lo que pasa. Ven a nuestras piezas.

DIEGO.- No. Lo que pasa... es que se dice... que ha desaparecido una fuerte suma de la caja del hospital que administra y dirige Mario, y...

PURA.- (Palideciendo.) ¿Qué dices, Diego?

SILVIA.- Aunque se acuse a Mario, eso no será cierto... (Una pausa.)

DOÑA LAURA.- Nada nos importa que sea o no cierto. Por otras razones te niego mi consentimiento, Silvia, te lo niego. Tú eres muy niña para comprender... Y no insistas si no quieres matarme a disgustos, Silvia, ¡no insistas!

SILVIA.- ¿Y yo qué voy a hacer, mamá?... Ya le he dicho que sí...

DOÑA LAURA.- Ahora le dirás que no.

SILVIA.- Pero, ¿por qué se opone usted, mamá?

DOÑA LAURA.- Si te empeñas, nos volvemos esta misma noche a Buenos Aires...

PURA.- ¡Tía Laura!

DIEGO.- Ya tendrán tiempo de romper el compromiso más adelante... Marcharse hoy sería dar una campanada.

SILVIA.- ¡Piénselo usted bien, mamá!... Yo no puedo romper así no más... Las niñas tenemos también nuestro honor, y yo he dado mi palabra...

DOÑA LAURA.- El honor de las niñas es obedecer a sus madres. Tu palabra, arrancada por sorpresa, nada vale. ¡Dile que le contestaste distraída... equivocada... confundiéndolo!...

SILVIA.- ¡Distraída!... ¡Equivocada!... ¡Confundiéndolo!... Todo el mundo se reiría de mí.

DOÑA LAURA.- La mitad del mundo se ríe de la otra mitad. Ríete tu también del mundo.

SILVIA.- ¡No puedo, mamá, no puedo! (Llora.)

DIEGO.- Váyanse a discutir y a llorar a sus cuartos. Cualquiera puede pasar ahora por aquí y ver esta pequeña escena de familia.

PURA.- (Con tono de ruego.) Ven tú con nosotras.

DIEGO.- Dios me libre. Ni en el teatro me gustan las escenas trágicas.

PURA.- Piense un momento, tía Laura, que nada fundamental tiene usted contra Mario... Desairarlo, esta noche, corriéndose la calumnia que se corre, sería

————— 263 —————

dar pábulo a la maldad de la gente... Podía usted invitarlo a comer, para no hacerle un gran mal... Tal vez más tarde dará usted su consentimiento a Silvia, y entonces ya no habrá remedio para reparar el mal que se le hace hoy.

DIEGO.- Eso digo yo.

DOÑA LAURA.- (Con intención, a DIEGO.) Tú siempre has de decir lo que dice Pura. Por lo visto, para ti, tu madre y tu hermana no son nada cuando se trata de tu prima.

DIEGO.- (Con evidente enojo, casi indignado.) ¡Ya pareció aquello!...

DOÑA LAURA.- (A PURA.) Y tú, Pura, ¿te atreves a dar lecciones a tu tía?

PURA.- A nadie me atrevo a darle lecciones, tía Laura. Pero usted está irritada, y en los momentos de irritación todos podemos hacer o decir cosas de las cuales después nos arrepentimos, cuando es demasiado tarde... Y Mario se justificará. Su reputación...

DOÑA LAURA.- ¿Qué te importa a ti la reputación de Blasco?

PURA.- Usted sabe que su madre es mi madrina y fue amiga íntima de mamá, que murió en sus brazos... Yo lo conozco desde chica... Además, por Silvia...

DOÑA LAURA.- Nada tiene que ver Silvia en el asunto...

SILVIA.- Mi compromiso...

DOÑA LAURA.- No existe... ni existió más que en tu cabecita de chorlo. (Cambiando de tono.) ¡Vamos, pues, a ponernos los sombreros para ir a la rambla!

PURA.- ¡Un momento, tía Laura, por favor!... Dígale usted a Diego que invite a Mario...

DOÑA LAURA.- ¡Basta! Que lo invite él, si quiere; pero no a mi mesa...

PURA.- (Con voz sorda.) Mario es un caballero... No debemos ofenderlo...

DOÑA LAURA.- Si tanto te gusta, Silvia te lo cede...

DIEGO.- (Señalando a la derecha.) Cállense, que viene gente y puede oírlas...

DOÑA LAURA.- Quedamos...

DIEGO.- (Impaciente.) En que no lo invitaré. Lo que las mujeres quieren, lo quiere el diablo.

(PURA toma de un brazo a DIEGO interrogándole ansiosamente; pero DOÑA LAURA le hace un gesto para que la siga. DIEGO le da la espalda. Salen por la izquierda DOÑA LAURA, su hija y su sobrina. Por la derecha entran FERRANDO y VILANA, el primero con un periódico en la mano. Se sientan.)

————— 264 —————

Escena X

DIEGO, FERRANDO y VILANA.

DIEGO.- Traen ustedes aire de conspiradores de melodramas. Les dejo, para que tramen cómodamente su complot. ¡Y que no corra mucha sangre!

VILANA.- Conspiraremos contra la salud pública. Es nuestro oficio, siendo médicos...

DIEGO.- Y si no conspiran, busquen ustedes el microbio del aburrimiento... ¡Qué gran servicio harían a este país si encontraran una vacuna contra ese mal! (Sale por la izquierda.)

Escena XI

FERRANDO y VILANA.

FERRANDO.- (Entre dientes.) O el microbio de la tontería con su correspondiente vacuna... ¡Qué hallazgo para el país! (Seriamente.)

Ahora que estamos solos, dígame usted lo que hay de verdad en el asunto de Blasco. ¡Supongo que no se habrá venido usted de Buenos Aires sin averiguarlo!

VILANA.- Naturalmente. Y creo, que nos conviene, a usted y a mí, hablar del caso y entendernos. Porque usted siempre ha sido verdadero amigo mío...

FERRANDO.- ¿Puede usted dudarlo?... ¿Quién le hizo nombrar a usted profesor suplente de Blasco? ¡Y cuántas veces le he llamado a usted en consulta! ¡Cuántos enfermos le he enviado a su consultorio!

VILANA.- Usted sabe que yo lo proclamo el primer clínico de Buenos Aires, de la República Argentina, de América... y si no digo del mundo, es porque el mundo es demasiado grande... para mí y para usted.

FERRANDO.- Gracias. (Pausa breve.) En el asunto de Blasco, los diarios dan a entender que el culpable es él o el subdirector Rosales...

VILANA.- Aquí, para inter nos, bien sabe usted que Blasco es incapaz de semejante delito...

FERRANDO.- El culpable debe ser Rosales.

VILANA.- A mí no me cabe la menor duda.

FERRANDO.- (Riéndose.) A mí tampoco. Siempre fue un gran pillastre ese Rosales. No sé cómo lo nombraron subdirector del hospital.

VILANA.- Pues debe usted convenir aquí conmigo que, para nuestro grupo...

————— 265 —————

FERRANDO.- (Interrumpiendo.) ¡El grupo de nuestros médicos más competentes!

VILANA.- ... Blasco es un colega incómodo.

FERRANDO.- (Hipócritamente.) No tanto...

VILANA.- Cierto. Un poco más. ¡Incomodísimo!

FERRANDO.- Tiene en estado crónico e incurable esa curiosa enfermedad de los médicos jóvenes: cantar la verdad, y cuanto más desagradable, ¡cantarla más alto!

VILANA.- Pero esa enfermedad de nosotros, los médicos jóvenes...

FERRANDO.- (Interrumpiendo.) Usted es un viejo, mi querido Vilana, un joven viejo.

VILANA.- ... No reza conmigo. ¡Las verdades! Ésas sólo se dicen a los enfermos pobres o a los malos colegas.

FERRANDO.- Los jóvenes no debieran olvidar que el secreto del éxito está tanto en la discreción como en la ciencia.

VILANA.- O más. Y Blasco carece de tino. Por eso no tiene un solo amigo en el gremio. Es demasiado vanidoso y demasiado ingenuo. ¿Sabe usted cómo ha llamado a los médicos viejos desde la cátedra? Fusiles de chispa.

FERRANDO.- ¿Y sabe usted cómo ha llamado en las consultas, esa ametralladora Krupp de veinte disparos por segundo, a ciertos médicos jóvenes? Pistolitas de aire comprimido.

VILANA.- Olvida que él también puede equivocarse.

FERRANDO.- ¡La juventud es tan intransigente! Piensen los jóvenes de hoy que mañana, cuando ellos y sus ideas envejezcan, vendrán otros jóvenes a atacarlos en sus últimas trincheras. «Quien a hierro mata...».

VILANA.- En resumen, Blasco, con sus estudios y su ojo clínico -ahora que nadie nos oye podemos reconocer que es rival formidable-, representa para nosotros, en la profesión y en la cátedra... algo como un quiste, una epidemia, una catástrofe.

FERRANDO.- (Riéndose.) ¡Pues hay que extirpar el quiste, que curar la epidemia, que salvarnos de la catástrofe!

VILANA.- (Bajando mucho la voz, como si hablara en secreto.) Y nada más fácil. La ocasión se nos presenta en el asunto del hospital, que por cierto no hemos buscado. Creeremos en la inocencia de Rosales y en la culpabilidad de Blasco... Le haremos el vacío, un boycott del que caerá para no levantarse más. Mar del Plata es el mejor campo de acción para nosotros... (Pausa.) Pero veo un obstáculo que salvar en esta...

FERRANDO.- Campaña de descrédito.

————— 266 —————

VILANA.- No tanto.

FERRANDO.- (Riendo e imitando a VILANA.) Cierto. Un poco más. Esta emboscada para asestar a un inocente un tiro por la espalda.

VILANA.- Bueno. Esta «campaña de descrédito»... si usted se empeña en llamarla así... encontrará un obstáculo en la familia de Arval. Novio de Silvia, Blasco se refugia en el prestigio de la familia, como en un baluarte.

FERRANDO.- Pierda usted cuidado, Vilana. Ese noviazgo no se hará. Lo sé. Soy el médico de la casa...

VILANA.- ¡Ah! Usted es el médico de la casa...

FERRANDO.- Ya lo sabe usted, si se interesa por Silvia...

VILANA.- Más bien sería por Pura.

FERRANDO.- Pues Pura, siendo menos rica y menos festejada que su prima, me parece más difícil. Tiene cierto criterio independiente. Piensa como un hombre... Es toda una mujer. (Pausa.) (Confidencial y festivamente.) Y se le ha quedado a usted en el tintero... o en la garganta... lo que más interés tenía usted en decirme.

(Movimiento de protesta en VILANA.) Usted sabe que, a raíz del asunto del hospital, Blasco tendrá que renunciar a su cátedra. Usted aspiró a ella en el concurso...

VILANA.- Esa cátedra colmaría mis aspiraciones... Sería un honor inmerecido, y el mejor estímulo para mis estudios...

FERRANDO.- Cuento conmigo. Le prometo apoyarlo y hablar a mis colegas en la academia... (Se pone de pie.) Y para terminar, permítame un consejo: ¡Hable usted menos!

VILANA.- ¡Bah! Con usted...

FERRANDO.- Por lo mismo, conmigo, medias palabras hubieran bastado. Supóngase que alguien nos escuchara... (Movimiento de alarma en VILANA.) O que a usted se le escapase en un momento de olvido o de inconciencia... (Gesto de protesta en el mismo.) Cosas como las que hemos hablado, no deben decirse. Basta insinuarlas, sugerirlas...

VILANA.- (Sonriendo.) Con todo, me alegro de que no nos contentáramos con medias palabras. Así no hubiera usted sido tan explícito en lo de la cátedra... Hablar es a veces el mejor modo de entenderse.

FERRANDO.- El mejor modo de entenderse es tener intereses comunes.

(Por la derecha entran, ya de sombrero puesto y acompañadas de DIEGO, DOÑA LAURA y SILVIA. Al ver a VILANA, que sale a su encuentro, le saludan. FERRANDO queda sentado, leyendo su periódico.)

————— 267 —————

Escena XII

Dichos, DOÑA LAURA, SILVIA y DIEGO.

DOÑA LAURA.- (Dando la mano a VILANA.) ¿Acaba usted de llegar?

VILANA.- Sí, señora. (Da la mano a SILVIA.)

DOÑA LAURA.- Le esperábamos a usted, ¡tanto se había anunciado!

DIEGO.- Y llega usted en la mejor época... para aburrirse.

(VILANA, SILVIA, DIEGO y TÉLLEZ forman un grupo y conversan entre sí. DOÑA LAURA se acerca a FERRANDO, que continuaba sentado leyendo

un periódico. Al verla, él deja de leer y se levanta.)

DOÑA LAURA.- (A media voz.) Parece que ha hallado usted muy interesantes noticias en su diario.

FERRANDO.- En efecto... No salgo de mi sorpresa. Hay aquí un suelto lamentable que se refiere, aunque sin nombrarlo, a uno de nuestros amigos... La prensa no respeta nada ya... Verdad que se trata de un asunto de interés general.

DOÑA LAURA.- (Contrariada por el tema.) ¿El asunto de Blasco?

FERRANDO.- Precisamente...

DIEGO.- (Acercándose a FERRANDO.) ¿En este diario está la noticia? (Gesto afirmativo de FERRANDO.) ¿Quiere usted permitírmelo, si ha concluido?... (DIEGO toma el diario que le entrega FERRANDO.) ¿Dónde está el suelto?

(FERRANDO indica un sitio en el periódico; y DIEGO se retira hacia el foro, a la derecha, a leer el suelto indicado.)

DOÑA LAURA.- (A FERRANDO.) ¿Qué piensa usted del caso?

FERRANDO.- ¿Yo?... Nada. Todo puede ser verdad... todo puede ser mentira...

DOÑA LAURA.- Los antecedentes de Blasco...

FERRANDO.- No son malos. Pero los del doctor Rosales, el subdirector, son mejores. Uno de los dos es el culpable. Blasco gastaba demasiado... Nadie sabía de dónde sacaba tanto dinero... Y Rosales es un modesto padre de familia. Entre médicos, todos nos conocemos bien...

DOÑA LAURA.- De modo que el culpable es Blasco o es Rosales... y como Rosales es inocente...

FERRANDO.- Blasco se justificará... ¡Pasan cosas tan extrañas en el mundo!... En todo caso, él habrá sabido hacer las cosas.

DOÑA LAURA.- Aunque se justifique, su nombre...

FERRANDO.- En este país no hay sanción. Ni se premia

————— 268 —————

lo bueno, ni se castiga lo malo. Todo se olvida. Pasará un año, y ya nadie se acordará del asunto, ¡créame usted!

DOÑA LAURA.- (Con un gesto de indiferencia.) De todos modos...

(En voz alta, a SILVIA.) Seguiremos a la rambla, Silvia.

SILVIA.- Un momento, mamá. Esperemos a Pura, que se está poniendo el sombrero y debe llegar con miss Dolly.

(Continúan conversando, en un grupo DOÑA LAURA con FERRANDO, y todos los demás en otro grupo. Por la derecha del foro vienen ZULEMA, LA DAMA y EL CABALLERO, del grupo que antes pasara para el campo de golf. Suben por la escalinata.)

Escena XIII

Dichos, ZULEMA, LA DAMA, EL CABALLERO y después TÉLLEZ.

ZULEMA.- (A DIEGO.) ¿Qué lee usted?... ¿Son los últimos diarios de Buenos Aires?...

(DIEGO quiere disimular el periódico que tenía en la mano...)

EL CABALLERO.- (Aparte a ZULEMA.) Ahí ha de estar la noticia sobre Blasco... ésa que nos acaba de dar Valdés...

ZULEMA.- (A DIEGO.) ¿Quiere prestarme un minuto el diario, Diego, usted que es tan gentil?

(DIEGO entrega el periódico, como contra su voluntad. ZULEMA, que le da las gracias. LA DAMA y EL CABALLERO se acercan a ésta. Ella busca el suelto; señálaselo por arriba de su hombro uno de sus acompañantes; ella lee en voz alta. TÉLLEZ entra por la izquierda.)

FERRANDO.- (A ZULEMA y sus compañeros.) ¿Están ya ustedes de vuelta del golf?...

EL CABALLERO.- Sí... No hemos jugado.

LA DAMA.- Había allí tantos ingleses... Zulema quería jugar al ajedrez con Teresita Llanos... (Se calla, escuchando la lectura de ZULEMA.)

FERRANDO.- (A TÉLLEZ.) Ya ve usted, Téllez, la afición de nuestros criollos a los sports. Van al campo del golf a jugar al ajedrez y se vuelven porque había allí muchos ingleses...

TÉLLEZ.- No hagan ustedes caso al doctor Ferrando. Habla siempre mal de los criollos y él tiene el más grave de sus defectos: hablar

mal de los criollos.

(ZULEMA, terminada la lectura del suelto, entrega el diario al CABALLERO, y corre hacia SILVIA. EL CABALLERO continúa leyendo y comentando el suelto.)

ZULEMA.- (Abrazando a SILVIA y besándola.) ¡Pobrecita Silvia!...
¡Pero qué cosa más desagradable!... C'est épatant!...

DOÑA LAURA.- (A SILVIA.) ¿No llega todavía Pura con miss Dolly?

————— 269 —————

SILVIA.- (A DOÑA LAURA.) Ya viene... (A ZULEMA, en voz baja.)
No me pasa nada... nada me pasa... ¿Tú te lo habías creído
también?... ¡Si apenas conozco a Blasco!... Lo que es ahora, bien me
guardaré de andar con él en ningún baile.

(Llega MARIO por la izquierda, y se dirige sonriendo hacia SILVIA.
Al verle acercarse, ZULEMA y VILANA que estaban junto a SILVIA,
vuelven la espalda a MARIO, y se acercan a DOÑA LAURA y FERRANDO,
como si tuvieran algo que consultarles. TÉLLEZ se retira un paso
atrás, dejando que MARIO pueda hablar en libertad con SILVIA; pero
sin desairarle como los otros. SILVIA se pone seria, baja los ojos,
se ruboriza... MARIO comprendiendo que pasa algo grave, deja de
sonreírse...)

Escena XIV

Dichos y MARIO.

MARIO.- (A SILVIA anhelosamente.) ¿Qué significa este
recibimiento, Silvia, tan distinto del de ayer?... (Silencio.) ¿Ha
hablado usted con su mamá?

SILVIA.- (Con voz apenas perceptible.) Sí...

(TÉLLEZ se junta al grupo donde está DOÑA LAURA.)

DOÑA LAURA.- (Llamando a SILVIA.) ¡Ven, Silvia, vamos a la rambla! (A VILANA.) Comerá usted con nosotros esta noche.

VILANA.- Con mucho gusto. Y ahora iremos a esperarles en la rambla, con Téllez y Ferrando...

TÉLLEZ.- Perfectamente.

(Salen por el foro conversando VILANA, TÉLLEZ, FERRANDO, LA DAMA y EL CABALLERO. Quedan DOÑA LAURA, SILVIA, ZULEMA, MARIO y DIEGO.

DIEGO, a quien EL CABALLERO acaba de entregar el periódico que antes prestara él a ZULEMA, queda en el fondo, semisentado sobre la balaustrada.)

MARIO.- Silvita, hable usted, por Dios. ¿Qué pasa?

SILVIA.- (Siempre sin mirarle, jugando con su sombrilla.) Mamá me ordena que rompa con usted...

MARIO.- ¡Silvia!

SILVIA.- (Conteniendo el llanto.) ¡Perdóneme usted, Mario, y olvide lo que hemos conversado anoche!...

MARIO.- (Apoyándose en el respaldo de una silla, como si recibiera un golpe en el pecho.) ¡Esto es un mal sueño!... ¡No puede ser verdad, Silvia... que de la noche a la mañana usted me desprecie... destruya mis ilusiones... mis esperanzas... mi vida!

ZULEMA.- (Que entretanto se ha acercado a SILVIA, tomándola cariñosamente de un brazo, y como si no viera a MARIO.) ¿No vienes, Silvia?... Ya nos alcanzarán Pura y miss Dolly en la rambla.

————— 270 —————

SILVIA.- ¡Perdóneme, Mario! (SILVIA, llevada por ZULEMA y seguida de DOÑA LAURA, se encamina a la escalinata del foro.)

MARIO.- (Consigo mismo.) ¡Pero qué significa todo esto!

DOÑA LAURA.- ¿Quieres acompañarme, Diego?

DIEGO.- Voy dentro de un momento.

(Salen todos menos MARIO. Por la derecha entran PURA y MISS DOLLY, ambas de sombrero. PURA se dirige hacia MARIO y MISS DOLLY se hace a un lado. El crepúsculo va oscureciéndose poco a poco.)

Escena XV

MARIO, PURA y después DIEGO.

MARIO.- (Con ira reconcentrada.) ¿Me dirás tú, Pura, al fin, lo que esto significa?... Todos me vuelven la espalda... Todos me huyen como a un animal enfermo... ¡Y Silvia, la misma Silvia, me dice que su mamá le ordena que rompa para siempre conmigo!

PURA.- (Tan conmovida que parece no darse cuenta de lo que dice.) Ten paciencia, Mario... ¡Domínate!... Yo no sé lo que pasa... Pero no debe pasar nada serio... Mi tía Laura se opone a tu compromiso con Silvia...

MARIO.- ¿Por qué?... ¿Por qué se opone?...

PURA.- Yo no lo sé todavía... Tal vez el antiguo pleito de tu padre con su marido...

MARIO.- Ésa no es una razón... ¡Y la actitud de los demás! Entre ellos estaba Vilana, mi suplente de la Facultad... ¡Pues no me ha reconocido!... ¡Lo que es a ése si le he de pedir claras y terminantes explicaciones!

PURA.- ¿Piensas provocarlo?... ¡Sería una locura!... ¡Cálmate!... Míralo como si no lo conocieses, ni desearas conocerlo... No lo tomes en cuenta, ni a él ni a los demás... Esto pasará...

MISS DOLLY.- Señorita Pura, ya no podemos demorarnos. La señora Laura nos espera en la rambla...

(Entra DIEGO por el foro y contempla la escena.)

PURA.- (A MARIO, sin contestar a MISS DOLLY.) Esto se arreglará. No dudes que esto se arreglará. Es cuestión de tiempo... Para todo hay remedio en la vida, para todo, menos para la muerte.

MARIO.- El rompimiento con Silvia es como la muerte para mí... ¡Hay tantos modos de morir!... ¡Hay tantas maneras de matar!

PURA.- ¡Hazte valor, Mario! Para eso eres hombre... ¡Pero, por Dios, domínate y no provoques ahora un incidente a nadie, y menos a

Vilana!... Piensa que algunas

————— 271 —————

veces se necesita más valor para contener la indignación que para castigar la injuria.

DIEGO.- (A PURA, acercándose.) Pura, mamá y Silvia te están esperando en la rambla.

PURA.- (A DIEGO.) Ya voy. (A MARIO, estrechándole la mano.) Ten prudencia... Silvia te quiere siempre... Luego o mañana hablaremos... Si no tienes amigos y quieres desahogarte, Mario, búscame y te desahogas conmigo, como con una hermana... Yo soy tan amiga tuya como cuando jugábamos al trompo o a los soldados, ¿te acuerdas?... Y desde entonces, ¡he vivido tanto!... Puedo decirte, Mario, que conozco la vida.

(Bajando la escalinata y salen por la derecha del foro PURA y MISS DOLLY.)

DIEGO.- (Acercándose a MARIO.) Los diarios le atacan, Mario. Creo que debe usted irse esta misma noche a Buenos Aires, a defenderse y arreglar allí sus asuntos...

(DIEGO entrega el periódico a MARIO, señalándole el suelto a que alude. MARIO toma estupefacto el periódico y lee... DIEGO baja lentamente por la escalinata y sale por la derecha del foro, con la mano en los bolsillos, silbando entre dientes un tango popular. Después de leer y releer el suelto, MARIO levanta la cabeza y mira a su alrededor. Está solo. La noche ha caído sobre la escena.)

MARIO.- ¡Y ellos lo han creído!... ¡Y ellos fingen creerlo!... (Estruja el periódico en sus manos crispadas por un raptó de furor.) ¡Ah hipócritas! ¡Atacan a los demás para defenderse a sí mismos!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

————— 272 —————

Acto II

Un hall del hotel, en Mar del Plata. Dos puertas laterales a la derecha y dos a la izquierda, las del segundo término entreabiertas. Al foro, una galería de cristales que da a un jardín, con una puerta en el medio. A la izquierda del espectador, perpendicular al frente del escenario, una mesa cubierta de revistas y rodeada de sillas. Al lado derecho, en primer término, un sofá, sillones y sillas, formando un hemiciclo. Más atrás, en el mismo lado derecho, entre las dos puertas, junto a la pared, una mesita con una carpeta y un recado de escribir. A ambos lados de la puerta del foro, dos grandes macetones de madera con plantas naturales de anchas hojas.

Escena I

MARIO y después ANTÚÑEZ.

MARIO.- (Sentado de espaldas junto a la mesa de lectura, con un sobre azul en la mano, llamando.) ¡Antúñez!

(Por la segunda puerta de la izquierda, la puerta que se supone de su despacho, asómase ANTÚÑEZ, empleado principal del hotel. Es hombre maduro, calvo, bajo, flaco, de facciones toscas y aspecto servil. Habla con acento español. Grande aficionado a traer y llevar

cuentos y chismes, siempre está deseoso de charlar con la clientela elegante del hotel. Viste un gastado saco de lustrina negra y lleva una lapicera en la oreja.)

ANTÚÑEZ.- (Contestando.) ¡Señor!...

MARIO.- (Conteniendo su impaciencia.) ¡Acérquese, pues!

(ANTÚÑEZ se acerca.) ¿En qué día de la semana estamos?

ANTÚÑEZ.- En jueves, doctor...

MARIO.- ¿Y en qué día de la semana pasan ustedes las cuentas a sus huéspedes?

ANTÚÑEZ.- El sábado, doctor...

MARIO.- (Mostrando el sobre que tiene en la mano.) Si es así, ¿por qué me ha mandado usted hoy la cuenta a la mesa?... ¿Qué razón tiene para adelantarse?... ¿Pensaba usted que yo no le iba a pagar?

ANTÚÑEZ.- No, doctor, no... ¡Un cliente como usted!... Usted puede pagar cuando guste... Si quiere puede irse a Buenos Aires y mandarnos de allá el importe, doctor, cuando se acuerde y lo tenga a bien...

MARIO.- Si tiene tanta confianza en mí, ¿por qué no ha esperado usted al sábado, el día de pagar las cuentas?

ANTÚÑEZ.- Usted tendrá la bondad de disculparnos,

————— 273 —————

doctor... Se nos dijo que usted se marchaba esta noche a Buenos Aires. Yo le mandé la cuenta para no incomodarle a última hora...

MARIO.- ¿Pero no sabía usted que mi madre llega hoy en el tren de la mañana? ¿Cómo creyó usted que yo me voy cuando ella llega?...

(Rompiendo la cuenta en pedazos, y arrojándolos al suelo.) ¡Pues sépase usted que no pienso irme por ahora! La cuenta me la dará usted a su tiempo, como siempre. (ANTÚÑEZ recoge los pedazos de papel esparcidos.) (Pausa breve.) (Con voz más tranquila.) ¿Y ha dispuesto usted las habitaciones que le encargué anteayer para mi madre?

ANTÚÑEZ.- Sí, doctor. Los cuartos números 37 y 39.

MARIO.- Vea, Antúñez. Yo tengo una cita urgente esta tarde. No podré ir a recibir a mi madre a la estación. Mande usted un portero para que la traiga y le explique mi ausencia -¿comprende?- sin alarmarla. Usted la esperará aquí en la puerta y la conducirá a sus habitaciones, diciéndole que yo estoy ocupado y que iré dentro de un momento.

ANTÚÑEZ.- (Haciendo un gesto de inteligencia.) Comprendo, doctor, comprendo... Puede irse usted tranquilo. (MARIO busca un periódico entre las revistas que se hallan sobre la mesa.) La señora no se enterará de nada. Le diré...

MARIO.- (Impaciente.) La señora no tiene nada de qué enterarse por usted. Usted está aquí para servir al público y no para traer y llevar historias... (Continúa buscando el periódico.)

ANTÚÑEZ.- Está bien, doctor... Como usted me decía que cuidara no se alarmase la señora porque usted no va a recibirla a la estación...

MARIO.- (Interrumpiendo.) No encuentro aquí los últimos diarios... En la sala de lectura tampoco están...

ANTÚÑEZ.- (Con ambigua sonrisa.) Han desaparecido... De la sala de lectura han desaparecido también... Todo el mundo los pedía... Y como tanto se pedían, mandamos comprar los ejemplares que quedaran en el quiosco de la rambla, y allí los habían vendido todos, ¡todos! como pan bendito. (Con muy marcada intención.) Debe haber en ellos una noticia interesante, muy interesante, referente sin duda a alguna persona bien conocida y vinculada. ¡La gente es tan novelera!

(Antes de que ANTÚÑEZ termine de hablar entra ZULEMA por la puerta del foro. Viene elegantísima, de traje blanco y de sombrero de paja.)

————— 274 —————

Escena II

Dichos y ZULEMA.

ZULEMA.- (A ANTÚÑEZ, como si no hubiese visto a MARIO.) Esta tarde debe llegar una gran caja para mí. Llévela usted a nuestro departamento en cuanto llegue, y colóquela abierta en la salita... La necesito hoy mismo. (Entregándole un papel.) Aquí tiene usted la guía del ferrocarril.

ANTÚÑEZ.- En la salita no sé si cabe un alfiler más... ¡Está tan llena de cajas y baúles!

ZULEMA.- Haga usted sitio como pueda. Y ahora alcánceme usted papel para hacer un telegrama. (ZULEMA da la espalda a ANTÚÑEZ. Éste sale refunfuñando por la puerta que se supone de su despacho. Entonces, ZULEMA toma al acaso una revista, y se sienta, hojeándola, frente a MARIO. La mesa les separa.)

ZULEMA.- (Insinuante, en voz baja.) No debía usted dar tanta importancia a estas pequeñas miserias de la vida... ¡Es usted tan superior a todos ellos!

MARIO.- (Fríamente.) ¿A quiénes, señorita?

(ANTÚÑEZ entra por la puerta de su despacho con el papel del telégrafo en la mano. Queda observando a ZULEMA y MARIO, sin atreverse a anunciarse.)

ZULEMA.- A Vilana y a Ferrando, sus colegas... A las de Arval, sus amigas... (MARIO se encoge de hombros y parece reanudar su lectura.) Sé que ustedes han cambiado esta mañana palabras muy violentas con Vilana. No debe usted hacerle caso, Mario, no vale la pena... ¿Para qué provocar ahora un duelo?... Espere usted tranquilo mejor oportunidad para su desquite.

MARIO.- (Siempre frío e irónico.) También creerá usted que he cambiado palabras muy violentas con las de Arval...

ANTÚÑEZ.- (Acercándose a ZULEMA.) El papel del telégrafo, señorita.

ZULEMA.- Déjelo usted ahí. (ANTÚÑEZ deja el bloque de papel sobre la mesita que tiene el recado de escribir, y sale prontamente.) (A

MARIO, continuando la conversación interrumpida.) Tampoco debe usted hacerles caso a las de Arval... Esa niña, Silvia, no es capaz de comprenderlo a usted.

MARIO.- (Irónico.) ¿Y usted... sería capaz de comprenderme?

ZULEMA.- Yo lo aprecio. Soy su amiga. Siempre le he defendido a usted...

MARIO.- (Mordaz.) Cuando no me vuelve usted la espalda, como ayer tarde en la terraza.

————— 275 —————

ZULEMA.- Discúlpeme usted... Yo no tuve intención de desairarlo... Usted lo ha creído así porque lo ve ahora todo negro.

MARIO.- (Firmemente y bajando la voz.) Pues no se lo disculpo a usted, señorita... Por más que usted lo niegue -usted, que lo ve ahora todo rosa-, sé que también fue usted anoche despiadada conmigo... En este instante cambia usted de táctica... y me representa una pequeña comedia de la amistad.

ZULEMA.- (Picada.) ¿Con qué objeto podría yo representarle esta comedia?

MARIO.- De la amistad al amor... (Pausa breve.) Su actitud me sugiere una reflexión, que callaré por cortesía.

ZULEMA.- Dígala.

MARIO.- ¿No se enojará usted?

ZULEMA.- No...

MARIO.- (Después de un silencio breve.) Pienso que al acercarse a una edad crítica, las mujeres no desperdician ocasión de pescarse un marido.

ZULEMA.- (Riéndose a carcajadas.) ¿Piensa usted que yo me finjo ahora su amiga para tener el honor de llevar el nombre... del director del Hospital del Norte? ¡Interpreta usted así la buena fe con que le defiendo, cuando le mot d'ordre es hablar mal de usted...

MARIO.- (Poniéndose de pie y saludando ligeramente a ZULEMA.) Es usted muy bondadosa... Mil gracias. (Se encamina hacia la segunda puerta de la derecha y habla desde allí a ANTÚÑEZ, que se supone adentro, en su despacho.) Antúñez, si ve usted al doctor Ferrando y al señor Téllez, dígales que les espero en mi habitación.

ANTÚÑEZ.- (Apareciendo ante la puerta de su despacho.) Descuide usted, doctor.

(MARIO sale por la primera puerta de la derecha, ZULEMA se levanta...)

ANTÚÑEZ.- (A ZULEMA, indicándole el papel del telégrafo que antes trajera.) Ahí le he dejado el papel para el telegrama, señorita...

ZULEMA.- (Malhumorada, saliendo por la primera puerta de la izquierda.) Puede hacerlo usted mismo, si tanto le interesa.

ANTÚÑEZ.- (Hablando solo.) ¡Vaya si me interesa el telegrama que debiese mandar usted al banco!... ¡Con las cuentas que tiene pendientes en el hotel su señora madre!...

(Entra FERRANDO por la puerta del foro.)

Escena III

FERRANDO y ANTÚÑEZ.

ANTÚÑEZ.- (En la puerta de su despacho.) ¡Señor doctor!...

El doctor Blasco le busca. Me ha dicho que le espera a usted y al señor Téllez en sus habitaciones...

FERRANDO.- (Revolviendo las revistas que están sobre la mesa.)
Ni los diarios que llegaron esta mañana, ni los que llegaron ayer...
¿Qué ha sido de ellos?

ANTÚÑEZ.- Como había esos ataques contra el doctor Blasco, todo el mundo los solicitaba...

FERRANDO.- Y volaron, más que si tuvieran alas.

(Entra TÉLLEZ por la primera puerta de la izquierda. ANTÚÑEZ sale.)

Escena IV

FERRANDO y TÉLLEZ.

TÉLLEZ.- (Encaminándose hacia Ferrando.) ¡Al fin lo encuentro a usted! Tengo que hablarlo urgentemente...

FERRANDO.- (Sonriendo.) ¿Qué pasa?... ¿Se nos viene el mundo encima?

TÉLLEZ.- Hoy, después de almorzar, Blasco y Vilana tuvieron un incidente... Se trata de algo serio... Mario nos busca a usted y a mí, supongo que para enviarnos a Vilana como padrinos.

FERRANDO.- (Después de un silencio.) ¿Aceptó usted?

TÉLLEZ.- Todavía no he hablado con Mario...

FERRANDO.- De modo que... según parece... está usted dispuesto a aceptar. (Pausa breve.) Pues yo no aceptaré. Ese duelo no puede llevarse a cabo mientras Blasco no se justifique de su acusación.

TÉLLEZ.- ¿No cree usted a Mario digno de batirse?

FERRANDO.- Ni lo creo, ni dejo de creerlo... Las leyes del duelo nos prohíben concertar un lance si pende una acusación formal contra alguno de los duelistas.

TÉLLEZ.- En este caso, la acusación no es grave...

FERRANDO.- Eso depende de criterios. Pero lo cierto es que, antes de resolverse el asunto pendiente, Vilana no debe aceptar el reto, ni nosotros podemos representar a Blasco, ni pudo soñar el mismo

Blasco en semejante lance... (Severo.) ¿Cómo es que él no se fue anoche a Buenos Aires, en cuanto supo la noticia?

TÉLLEZ.- Ya había hecho telegrama a su madre, que está enferma, para que se viniera...

FERRANDO.- La señora no vendrá, al conocer el escándalo que se ha hecho alrededor del nombre de su hijo.

TÉLLEZ.- Vendrá, porque nadie la habrá informado... Mario se ha quedado a esperarla... Y ahora no querrá él volverse a Buenos Aires sin batirse.

————— 277 —————

FERRANDO.- ¡Batirse en su situación!... Eso es absurdo. Con tal sistema, cualquier pícaro, en vez de defenderse cuando se le acusara, provocaría a un caballero y se batiría. El duelo será su mejor absolución. Para el honor, más valdrá ser espadachín que ser honesto.

TÉLLEZ.- Usted sabe que Mario no es «cualquier pícaro»...

FERRANDO.- (Fríamente.) Como le dije, ni lo sé, ni dejo de saberlo. (Un silencio.)

TÉLLEZ.- Vamos a hablar con franqueza, doctor, de hombre a hombre. Usted se rehúsa a ser padrino de Mario, ¿no es así?... (FERRANDO confirma con un gesto.) Pues Vilana lo consultará a usted, en caso de recibir los padrinos de Mario...

FERRANDO.- Y yo me negaré también a ser padrino de Vilana.

TÉLLEZ.- Perfectamente. Pero... ¿aconsejará usted a Vilana que no se bata con Mario?

FERRANDO.- Sí, señor. Es mi deber.

TÉLLEZ.- ¡Piense usted, doctor, que perderá para siempre a nuestro amigo Blasco! Pondrá una lápida sobre su nombre.

FERRANDO.- Si la imputación es falsa, ya resucitará él bajo la lápida.

TÉLLEZ.- No lo crea usted. El mal queda hecho...

FERRANDO.- Pues si usted aprecia a Blasco, evite que se ponga él mismo en la picota, mandando padrinos tan inoportunamente.

(Por la puerta del foro entra DOÑA EMILIA, en traje de viaje, seguida de un GROOM con una valija de mano. DOÑA EMILIA es una señora anciana, de cabello encanecido y aire enfermizo. Entra ANTÚÑEZ a recibirla. Al verla, FERRANDO se pone de pie, dispuesto a saludarla. TÉLLEZ, que no la conoce, se sienta, toma al acaso una revista y lee durante la siguiente escena.)

Escena V

Dichos, DOÑA EMILIA, ANTÚÑEZ y EL GROOM.

ANTÚÑEZ.- ¿La señora de Blasco?...

DOÑA EMILIA.- Sí, señor.

ANTÚÑEZ.- Su hijo me ha encargado le diga a usted que tiene una cita urgente, por lo que no ha podido ir a recibirla a la estación... Yo la conduciré a sus habitaciones. Él irá allá más tarde, en cuanto se desocupe. (Al GROOM.) Al 37.

(EL GROOM sale por la primera puerta de la izquierda.)

————— 278 —————

DOÑA EMILIA.- Supongo que no estará enfermo... ni le ocurrirá nada alarmante...

ANTÚÑEZ.- No, señora. No ha podido recibirla por cumplir ciertos deberes sociales... (Guiándola hacia la primera puerta de la izquierda.)

FERRANDO.- (Tendiendo la mano a DOÑA EMILIA.) ¡Usted aquí, señora!

DOÑA EMILIA.- Aquí me tiene, doctor...

FERRANDO.- ¿Cómo sigue usted?

DOÑA EMILIA.- Mejor, gracias; pero mi enfermedad es incurable... En vano mi hijo trata de engañarme y distraerme.

FERRANDO.- Acaso le siente bien el aire de mar.

DOÑA EMILIA.- Vengo a ensayarlo. Aunque más fe le tengo a la alegría... No hay mejor remedio que la alegría.

FERRANDO.- ¡Gran terapéutica contra todos los males, y especialmente contra la vejez, es la satisfacción! Los viejos satisfechos de sí mismos y de los suyos, son los que más viven.

DOÑA EMILIA.- Y la mayor satisfacción para mí es ver contento a mi hijo. Sus triunfos son mis mejores drogas. Si lo encuentro aquí triunfante y feliz, como me anuncian sus cartas y lo espero, ¡no lo dude usted!... el aire de mar me sentará muy bien.

FERRANDO.- A pesar de no ser un tratamiento indicado para su enfermedad...

DOÑA EMILIA.- En todo caso no será perjudicial, pues que él me llama... Pero este pícaro no ha ido a esperarme a la estación y a traerme al hotel. Se contenta con avisarme por intermedio del señor (Indicando a ANTÚÑEZ.) que lo retienen sus ocupaciones sociales, como serán escoltar ciertas damas en algún paseo... (Con desconfianza.) Porque usted no tendrá, doctor, noticias desagradables que darme...

FERRANDO.- Al contrario, señora, al contrario... Si son verdad las voces que corren, parece que pronto tendremos una grande y feliz noticia...

DOÑA EMILIA.- (Aludiendo al presunto noviazgo.) ¡No sea indiscreto, doctor!... Esas cosas no deben decirse sino cuando están hechas. (Una pausa.) Pero no quiero detener a usted, y me despido...

FERRANDO.- ¿Quiere usted que la acompañe hasta sus habitaciones?

DOÑA EMILIA.- Gracias. (Indicando a ANTÚÑEZ.) El señor me acompañará...

————— 279 —————

ANTÚÑEZ.- Por acá, señora...

FERRANDO.- (Despidiéndose.) ¿Puedo servirla en algo?

DOÑA EMILIA.- Dígale usted a mi hijo, si lo ve, que he llegado y lo espero en mi cuarto. (Despidiéndose.) ¡Hasta luego, doctor!

FERRANDO.- Adiós, señora. Muy pronto se lo mandaré a Mario.

(DOÑA EMILIA, conducida por ANTÚÑEZ, sale por la primera puerta de la derecha. FERRANDO la acompaña hasta la puerta. TÉLLEZ consulta su reloj. Por el foro entra VILANA.)

Escena VI

FERRANDO, TÉLLEZ, VILANA y después ANTÚÑEZ.

FERRANDO.- ¿Qué tal, doctor Vilana?... Me dicen que usted se ha dedicado a Juan Moreira y anda buscando duelos y cuchilladas...

VILANA.- ¡Yo!... ¡Qué disparate!... ¿Se refiere usted al incidente que tuve hoy con Blasco?

FERRANDO.- (Con reticencia.) Pues con Blasco me han dicho que va usted a batirse.

VILANA.- Está usted mal informado, doctor. Yo no me batiré con Blasco mientras esté pendiente la cuestión del hospital.

FERRANDO.- (A TÉLLEZ.) ¿No se lo decía yo, señor Téllez?... Blasco debe dejarse de fantasías e irse a Buenos Aires.

TÉLLEZ.- (A FERRANDO.) ¡Doctor! (A VILANA.) Piense usted en lo que va hacer, Vilana. ¿Rehúsa usted dar cualquier satisfacción a Blasco?

VILANA.- Rehúso.

FERRANDO.- (A TÉLLEZ.) Y yo rehusaré la honra de ser su padrino.

TÉLLEZ.- (Irritado.) ¡Pues ustedes obran muy mal! ¡Esto es indigno!...

FERRANDO.- Perdone, señor Téllez... Usted no tiene derecho de juzgar nuestra conducta. Consulte usted, forme usted un tribunal de honor, y verá que todo el mundo nos da la razón.

TÉLLEZ.- El mundo es injusto.

FERRANDO.- (A TÉLLEZ.) Menos de lo que parece... En todo caso, si usted es amigo de Blasco, ¡piense antes de proceder y ándese con pies de plomo!

TÉLLEZ.- Me temo que esta negativa de ustedes, con lo que le pasa, le ponga fuera de sí, y que él cometa algún atropello...

————— 280 —————

VILANA.- Peor para él.

FERRANDO.- (Fríamente.) Si no desea usted que se pierda, cálmelo. «Cuando los dioses quieren perder a un hombre, decían los griegos, le enloquecen».

(Por la primera puerta de la izquierda entra ANTÚÑEZ y se encamina hacia la segunda.)

FERRANDO.- (A ANTÚÑEZ.) ¿Dejó usted bien a la señora, en su cuarto?

ANTÚÑEZ.- Sí, doctor. Sólo se halla un poco inquieta porque no ha visto a su hijo todavía. Como el doctor Blasco está alojado en el otro pabellón...

FERRANDO.- Bien, bien.

(ANTÚÑEZ sale.)

TÉLLEZ.- ¿Qué señora?... ¿La que pasó recién es la madre de Mario?

FERRANDO.- Sí, acaba de llegar. Y ella es un argumento vivo para que usted tranquilice a su presunto ahijado y le ayude a olvidarse de Vilana.

TÉLLEZ.- (Haciendo ademán de levantarse.) Voy a verlo... Pero me hallo con el inconveniente de que he invitado a tomar té a la familia de Arval, y quedé en esperarla aquí...

FERRANDO.- Pues espere usted a sus invitadas, y cuando se desocupe le sobrá tiempo para verse con Blasco.

VILANA.- Claro. «Lo cortés no quita lo valiente».

TÉLLEZ.- La cuestión es demasiado seria y premiosa.

FERRANDO.- Pero Blasco no parece considerarla tan seria y tan premiosa, puesto que no se marcha a Buenos Aires, para resolver cuanto antes el punto principal... Bien puede esperar a usted una media hora más.

VILANA.- (A TÉLLEZ, señalando el foro.) De todos modos, me parece que no le queda a usted mucho tiempo para decidirse... Por ahí veo llegar a la familia de Arval.

(En efecto, por el foro, detrás de la galería de cristales, se ven venir a DOÑA LAURA, SILVIA y PURA. TÉLLEZ se adelanta a recibirlas hasta el foro, donde se detiene saludándolas, mientras hablan FERRANDO y VILANA.)

Escena VII

Dichos, DOÑA LAURA, PURA y SILVIA.

FERRANDO.- (Bajo a VILANA.) Hágase usted fuerte en su actitud. Por ningún pretexto ni en ninguna forma acepte usted el lance ni dé explicaciones. No admita después en los demás la menor alusión al respecto. Manifiéstese enérgico, y nadie dudará de su valor.

VILANA.- Téngalo usted por seguro. Un caballero como yo no puede batirse con un individuo enjuiciado en una causa criminal como Blasco. En cuanto a mi valor, nadie se atreverá a dudar de él porque rechace el lance. Una actitud firme es ya un acto de valor.

FERRANDO.- Y eso es importante, el valor personal, donde la gente suele apreciar a los hombres más por el coraje que por el mérito...

VILANA.- Para nuestros gauchos, Juan Moreira vale más que Víctor Hugo...

FERRANDO.- Y para nuestras damas, Juan Tenorio vale más que Juan Moreira. No haber sufrido calabazas es un gran título para un soltero. Mayor aún es el haberlas dado. Muéstrese decidido, y vencerá usted a Blasco. Manifiéstese desdeñoso e irresistible... ¡y también vencerá usted a Pura!

(Entre tanto llegan al frente de la escena, con TÉLLEZ, DOÑA LAURA, SILVIA y PURA. Vienen en traje de playa.)

TÉLLEZ.- Aquí tienen ustedes a Ferrando y Vilana, sus amigos. (Se saludan con una inclinación de cabeza y amables sonrisas.)

FERRANDO.- Porque Vilana y yo nos hemos invitado a tomar el té en tan agradable compañía...

DOÑA LAURA.- Si ustedes no tienen inconveniente lo tomaremos aquí, y después bajaremos a la playa... Hace mucho calor para ir tomarlo en la rambla.

VILANA.- Y a la rambla va por la tarde demasiado pueblo.

DOÑA LAURA.- Casi no se ve allí gente decente.

FERRANDO.- (Riendo.) Entonces, no irá más que gente indecente... Yo, francamente, no la había apercibido. A no ser que usted considere así a la gente en traje de baño...

VILANA.- Decente o indecente, la muchedumbre que va ahora a la rambla, ¡el pueblo! no es simpático más que en los libros o visto de lejos. Visto de cerca...

DOÑA LAURA.- ¡Uf! Es detestable.

FERRANDO.- Sobre todo cuando se aglomera, suda y da pisotones y codazos.

TÉLLEZ.- Tomemos, pues, asiento aquí, resguardados contra los avances del pueblo por los sólidos muros del hotel.

(DOÑA LAURA, FERRANDO y SILVIA se sientan en hemiciclo, a la derecha. PURA se sienta a la izquierda, en primer término, junto a la mesa de lectura. VILANA la sigue y se coloca de pie a su lado.)

TÉLLEZ queda de pie y toca un timbre eléctrico.)

PURA.- (A VILANA.) Me alegro infinito de verle a usted. Estaba dispuesta a buscarlo por todas partes, y encontrarlo

————— 282 —————

esta tarde de cualquier modo, vivo o muerto. Tengo prisa en hablarlo...

(Se presenta EL MOZO DEL HOTEL por el foro.)

TÉLLEZ.- (Al MOZO DEL HOTEL.) Tráiganos aquí el té para todos. (Sale EL MOZO DEL HOTEL.)

VILANA.- (Contestando a PURA.) Celebro que usted deseara verme, Pura, y aquí me tiene a sus órdenes, para lo que se digne mandarme... (Con emoción.) Sólo por usted he venido yo a Mar del Plata.

(Entra EL MOZO DEL HOTEL con una mesa portátil, de las llamadas «de tijera». La coloca en segundo término, hacia la derecha. Cuenta disimuladamente con los dedos las personas presentes, mientras hablan, y luego sale.)

TÉLLEZ.- (Bajo a SILVIA.) ¿Cómo se siente usted, Silvia?

SILVIA.- ¿Yo?... Bien, como siempre. ¿Por qué me hace usted especialmente esta pregunta? ¿Supone que he estado enferma?... Creo que desde ayer, la última vez que nos vimos, no he tenido novedad alguna...

TÉLLEZ.- Todo el mundo dice lo contrario...

SILVIA.- Pues todo el mundo se equivoca. Mi vida sigue siempre igual; un día sigue a otro día sin traerme nada nuevo...

(Sonriendo.) Desgraciadamente, porque así no tengo nada que poner en el diario que llevo desde que salí del colegio, por consejo de las hermanas.

TÉLLEZ.- Omitirá usted ciertos episodios...

FERRANDO.- (Que ha oído lo anterior, a SILVIA.) O borraré usted hoy con el codo lo que ayer escribió con la mano.

SILVIA.- No hay una palabra borrada en mi diario. (A TÉLLEZ.) Podría mostrárselo a usted.

TÉLLEZ.- No pido tanto.

(EL MOZO DEL HOTEL entra con el servicio del té y lo dispone cuidadosamente sobre la mesita que antes trajera.)

FERRANDO.- Las niñas siempre hablan en su diario de algún él, sin nombrarlo. Este él es un día uno y otro día otro. Cambia según las simpatías e impresiones. Pero está tan vagamente aludido que, cuando la niña se compromete para casarse, cualquiera que sea el novio, puede leer el diario y creerse siempre ese él, que antes fuera Juan, Pedro, Diego...

TÉLLEZ.- O Mario.

SILVIA.- (Coquetamente, a TÉLLEZ.) ¡Qué malo es usted!...

(Riendo.) ¿No sabe usted que Mario festeja a Pura?

VILANA.- (Bajo a PURA.) ¿Ha oído usted?... Su prima Silvia le echa el perro muerto.

EL MOZO DEL HOTEL.- (Que ha dispuesto ya sobre la mesita tostadas, manteca y parte del servicio del té.) Aquí está el té, señores. ¿Debo servirlo?

————— 283 —————

SILVIA.- Yo lo serviré. (Se adelanta a servirlo.)

(EL MOZO DEL HOTEL sale.)

PURA.- (A SILVIA.) Voy a ayudarte.

(SILVIA y PURA, seguidas de TÉLLEZ y VILANA, rodean la mesita del té, y se disponen a servirlo. Quedan en el frente del escenario DOÑA LAURA y FERRANDO.)

DOÑA LAURA.- (A FERRANDO, prosiguiendo una conversación anterior.) Créame usted, doctor. No ha habido absolutamente compromiso. Blasco pretendía a Silvita y ella no lo ha aceptado ni como pretendiente. Esto es todo.

FERRANDO.- Sin embargo, debo decirle a usted que Emilia, la madre de Blasco, acaba de llegar a Mar del Plata, llena de ilusiones por las cartas de su hijo. Deseaba que él se casara pronto, y la candidatura de Silvia colma sus anhelos. Presumo que viene a pedirle

la mano de su hija.

DOÑA LAURA.- (Poniéndose de pie.) ¿Habla usted en serio?... ¡Es posible!...

FERRANDO.- Hablo en serio, Laura, y la prevengo como viejo amigo.

DOÑA LAURA.- ¡Viene a pedirme la mano de Silvia!... ¡Pero esto se sabrá, se comentará, nos cubrirá a todos de ridículo!... ¿Está usted seguro?

FERRANDO.- Sí, señora. La madre de Blasco está aquí, en este mismo hotel, bajo este mismo techo, deseando verse con usted.

DOÑA LAURA.- ¡Pues hay que evitar esa entrevista! ¡Hay que evitarla de todos modos! ¿Qué debo hacer, doctor? Dígame usted. ¿Qué debo hacer?...

(ZULEMA entra por la primera puerta de la izquierda.)

Escena VIII

Dichos y ZULEMA.

ZULEMA.- (Hablando animadamente, desde que entra.) ¿Conque se habían ustedes reunido a tomar el té sin decirme nada, pícaras?...

Pues mientras ustedes se olvidaban de mí, me acordaba yo de ustedes y andaba buscándolas.

DOÑA LAURA.- No huimos ni nos escondemos...

ZULEMA.- (Con intención.) Yo suponía que sí; que huían ustedes de alguien y se escondían...

VILANA.- En todo caso no sería de usted, Zulema.

ZULEMA.- Ça va sans dire. (Atropelladamente.) ¿Saben ustedes que ha llegado Perucho?... (A SILVIA.) Es el hombre indicado para dirigir mañana contigo el cotillón.

FERRANDO.- Se decía que los directores iban a ser Silvia y Blasco...

TÉLLEZ.- Creo que Mario no sabe bailar. Sólo aceptó por

complacencia, para excusarse a última hora, suponiendo que siempre se le encontraría reemplazante...

ZULEMA.- (Con reticencia.) El reemplazante tiene que ser usted.

TÉLLEZ.- Como Mario, ni siquiera sé bailar...

ZULEMA.- Tampoco tiene usted el talento en los pies. Entonces, voto por Perucho.

DOÑA LAURA.- Pues que sea Perucho.

SILVIA.- Perucho y Zulema. Yo me contentaré con ser dirigida...

ZULEMA.- Lo mismo yo. Yo no dirijo. Desde que se te designó a ti y tú aceptaste... (Bajo a DOÑA LAURA.) A no ser que se sienta indispuesta por su disgusto con Blasco...

DOÑA LAURA.- (Con autoridad y mirando a ZULEMA con sus «impertinentes».) Silvia y Perucho dirigirán el cotillón. Será muy lucido porque hay muchos objetos bonitos.

ZULEMA.- Pero hay demasiadas niñas...

VILANA.- Las niñas son también objetos bonitos.

ZULEMA.- ... Hay demasiadas niñas, porque faltan mozos. Debían alquilarse algunos para bailar, como se alquilan para servir la mesa, en las fiestas.

FERRANDO.- (Bajo a ZULEMA.) O también como se alquilan para servir de maridos en la vida.

ZULEMA.- (Bajo a FERRANDO.) Cuando se tiene con qué pagarlos.

(Alto.) ¡Qué cabeza la mía!... ¡Me olvidaba de lo principal!...

Perucho me encargó que las salude y las invite de su parte a dar un paseo en su automóvil.

DOÑA LAURA.- Pero todavía ni lo hemos visto siquiera a tu Perucho...

ZULEMA.- Iremos luego a buscarlo... Debe estar aburriéndose en la sala de juego... (Entusiasta.) ¿Quieren ustedes que vayamos hasta el faro en el automóvil? ¡Está tan linda la tarde! Todos tendremos asiento, porque es enorme la carroserie. (A DOÑA LAURA, con intención.) Claro está que, con Perucho, no cabe uno solo más de los que aquí estamos.

PURA.- ¿Por quién dices eso, Zulema?

ZULEMA.- (Con una mirada de desafío.) Por Blasco. (A DOÑA LAURA.) Supongo que él no vendrá con nosotros. Tal vez a Perucho no le gustaría que se le creyera su convidado... (Con fingida ingenuidad.) ¡Y después sería una vergüenza tan grande que nos detuvieran a todos para

tomarlo preso! (PURA muerde su abanico, roja de indignación.)

FERRANDO.- (Por ZULEMA, riéndose.) ¡Qué ingenuidad de niña, creer semejante cosa!

TÉLLEZ.- (Bajo a SILVIA y PURA.) ¡Pobrecita!... ¡Y yo que la suponía una solterona de colmillos ya maduros!...

FERRANDO.- Al morder, esos colmillos darían más veneno que los de una serpiente de cascabel.

(SILVIA se ríe involuntariamente, amenazando al médico con el abanico, como para castigarle por su mordacidad.)

DOÑA LAURA.- Tranquilízate, Zulema. El señor Blasco no vendrá en ningún caso con nosotros. (Mira imperiosamente a PURA para que no vaya a hablar.)

FERRANDO.- (A DOÑA LAURA.) Dice usted bien, Laura. Cuando se le gangrena un brazo a un hombre, el brazo debe amputarse, para que la gangrena no se extienda por todo el cuerpo. Lo mismo en una familia, cuando un miembro se corrompe... Lo mismo en la sociedad.

ZULEMA.- Mientras se sirve el té podemos ir a ver el automóvil, que está allí afuera... Se ha sacado el premier prix en una exposición universal... Ha recorrido media Europa... Ha aplastado diecisiete personas... ¡Es magnífico!

TÉLLEZ.- Vamos a ver esa séptima maravilla.

PURA.- (A SILVIA.) Ve tú también. Yo serviré el té mientras tanto.

VILANA.- (A PURA.) Yo me quedaré para acompañarla, Pura.

PURA.- Vuelvan pronto, que puede enfriarse el té.

DOÑA LAURA.- En seguida.

(Salen todos por el foro, menos PURA, que queda sirviendo el té, y VILANA, que la acompaña.)

Escena IX

PURA, VILANA y después ZULEMA.

PURA.- (Dejando prontamente la tetera sobre la mesa, en cuanto se ve sola con VILANA, y encarándose angustiosamente con él.) ¿Es cierto, Vilana, que hay una cuestión de honor entre usted y Mario, que se han insultado ustedes, que se batan?

VILANA.- ¡Qué ocurrencia!... ¿De dónde ha sacado semejante cosa? ¿Quién se lo ha dicho a ustedes?...

PURA.- A nosotras, nadie. Tía Laura y Silvia ignoran lo que pasa... Yo he sabido algo por medias palabras que pesqué al pasar en la

terrazza, después del almuerzo. Parece que los hombres no hablaban de otra cosa.

VILANA.- Habrá oído usted mal...

————— 286 —————

PURA.- No he oído mal, no. Contésteme francamente, ¿se batan ustedes?

VILANA.- No. El duelo que usted supone no se realizará.

PURA.- ¿No le ha mandado él los padrinos?

VILANA.- Disculpe usted, Pura, pero es cuestión que yo no puedo tratar con señoras... Todo lo que puedo decirle, es que no me bato con Blasco. (Pausa breve.) Y le agradezco profundamente su interés, Pura.

PURA.- Nada tiene usted qué agradecerme...

VILANA.- Comprendo; usted no se interesa por mí... ni por usted misma. Habla usted por su prima Silvia.

PURA.- Hablo por mí...

VILANA.- Como Silvia estuvo comprometida con Blasco...

PURA.- No, no ha habido tal compromiso. Si yo me intereso por Mario, es porque soy su amiga, desde la niñez... Pero, dígame, por el amor de Dios, ¿es verdad que Mario le ha mandado a usted sus padrinos y que usted rechaza toda explicación o lance... porque no lo considera hombre de honor?

VILANA.- Pura, yo me faltaría el respeto que me debo a mí mismo si le contase a usted mi incidente con Blasco y mi resolución respecto al duelo que él ha buscado...

PURA.- (Dominándose.) ¡Luego, él ha buscado un duelo! Y usted lo rehúsa porque no lo considera adversario digno... ¡Así cree usted cumplir con sus deberes de caballero, insultando a un hombre honrado y negándole toda satisfacción o reparación!

VILANA.- ¡Un hombre honrado!... Por ahora, Blasco no lo es.

PURA.- ¡Fíjese usted en lo que dice!... Si su caballerosidad le impedía contarme el incidente, a mí, una mujer, mayormente le impide difamar en su ausencia a un hombre que quizá vale tanto como usted.

(Pausa.)

VILANA.- ¡Pura!... Yo comprendo su exaltación y la disculpo... Usted conoce a Blasco desde chica... Usted es su amiga... Por eso, su generoso corazón de mujer no puede concebir la verdad, que a mí mismo me sorprende.

PURA.- ¡La verdad! ¿Qué verdad?...

VILANA.- El delito cometido.

PURA.- (Conteniendo su indignación.) Por el momento, yo no conozco más delito que el del mundo que nos rodea y le inspira a usted su conducta, un delito de mentira

————— 287 —————

y de cobardía... (Firmemente.) Pues mire, Vilana, si usted procede como me dice, usted perderá mi aprecio, ¡y olvídese de que me ha conocido!

(Pausa.)

VILANA.- Aunque yo quisiera, Pura, reparar el daño hecho a ese amigo de su infancia que usted tanto aprecia, yo no lo podría. Por usted, sólo por usted estoy dispuesto a todo; pero ahora nadie apadrinará en un duelo a Blasco... Blasco tendrá que esperar a que se resuelva su asunto en Buenos Aires. Entonces, si el asunto se resuelve en su favor, seré yo el primero, ¡se lo juro!, en darle una reparación o satisfacción, como usted me lo pide...

PURA.- Como su honor se lo manda.

VILANA.- Usted y mi honor, Pura, son los dos sentimientos más íntimos de mi alma: tal vez por eso los confundo... (Una pausa.) (Emocionado.) De todos modos, yo sé, yo estoy seguro que alguna vez usted me hará justicia y aprobará mi conducta. Un cariño como el mío, Pura, debe triunfar tarde o temprano. Es él la voz de la naturaleza y de la vida.

(Viene ZULEMA por el foro, cantando a media voz.)

ZULEMA.- (Entrando a PURA.) ¿Acabaste tu tarea? (PURA sigue sirviendo el té.)

PURA.- Estoy en eso.

ZULEMA.- (A VILANA.) ¿Cómo no ha ido usted también a ver el automóvil de Perucho? Vaya usted, que bien vale la pena de verse.

VILANA.- Voy. Estaba acompañando a Pura. La dejo con usted; quedará así mejor acompañada. (Sale por el foro.)

Escena X

ZULEMA, PURA y después MISS DOLLY.

ZULEMA.- Mis felicitaciones, Pura. Le roi est mort, vive le roi!

PURA.- No te comprendo.

ZULEMA.- Perdida ya toda esperanza de casarte con Blasco, alientas a Vilana.

PURA.- (Con voz apagada.) Tú sabes que nada tengo con Vilana, y que nada tuve con Mario.

ZULEMA.- Es cierto. Con Vilana nada tienes todavía. En cuanto a Mario... te lo arrebató Silvia y te resignaste. A mí que soy tu amiga no me lo negarás.

PURA.- ¿Cómo no comprendes la insensatez de lo que dices, Zulema? ¿Piensas que yo hubiera podido desear el

————— 288 —————

novio de mi prima, de mi hermana? Y si hubiera sido así, ¿no ves que la ruptura de Mario y Silvia, antes que extinguir esas esperanzas más que tú dices, las haría renacer, más fuertes que nunca?

ZULEMA.- Te calumnias. No me parece que te falte amor propio hasta el punto de que aceptes las sobras que te arroje tu prima, tu hermana...

PURA.- (Irónica.) ¿Acaso no las aceptarías tú?

ZULEMA.- (Continuando.) ... Y no creo que te falte tampoco tu dignidad de mujer para que busques un hombre acusado de...

PURA.- (Ofendida.) ¡Basta, Zulema!... Como decías, somos amigas y nos conocemos bien. Hablas de despecho.

ZULEMA.- (Riéndose ruidosamente.) ¿También tú creerás, como él, que la compasión que le tuve... es deseo de llevar su honroso nombre?

PURA.- ¡Ah! ¡Él lo creyó y te lo dijo!... Ahora me explico tu rencor... (Con tristeza.) Eres muy mala, Zulema. Desde chiquita fuiste mala. ¿Te acuerdas que en cuanto me veías una muñeca bonita, me la pedías prestada para rompérmela por gusto? Así has querido proceder ahora con mis amigos.

ZULEMA.- (Con amable sonrisa.) Y tú eres muy tonta, Pura. Siempre fuiste tonta. Desde que me prestabas tus muñecas para que las rompiera, hasta que te dejaste quitar por Silvia ese ingenuo de Blasco, tu pasión secreta...

PURA.- ¡Zulema! Te olvidas de ti misma.

ZULEMA.- ... Pero ha de volver a ti ese hijo pródigo. Prefirió a Silvia, porque ella era más rica que tú. Rechazado hoy por Silvia, por toda niña que se aprecia, volverá a ti, pues debe saber que algo heredaste de tus padres. Y si tú lo rechazas también... entonces, no hallando otro árbol en que ahorcarse, acaso se contentará conmigo, aunque yo nada tenga. ¡Bonita ocasión me daría para ponerlo en su

lugar si se atreviera!

PURA.- Crees que sólo el interés...

ZULEMA.- Creo lo que veo. Veo que cada niña rica, como Silvia y tú, bonita o fea, cuenta cuantos festejantes quiera. Y veo desdeñadas a las niñas pobres, por bonitas que sean... (Riendo.) Debo, pues, suponer que la riqueza atrae los novios...

PURA.- No todos los hombres necesitan la fortuna de su mujer. Por lo menos reconocerás que hay hombres ricos.

ZULEMA.- Los ricos buscan a las ricas, así como también las ricas buscan a los ricos, más que por interés, por

————— 289 —————

desconfianza. Su casamiento es generalmente la unión de dos desconfianzas. Ellas y ellos quieren ser queridos por sí mismos, lo que presumen de quienes no precisan de su dinero. Sólo a una romántica como tú o a una inocente como Silvia puede ocurrírseles aceptar como amor la ambición de cualquier aventurero... ¡Las compadezco! (Mientras hablaba ZULEMA, MISS DOLLY entra por la segunda puerta de la izquierda.)

MISS DOLLY.- (A PURA.) La señora de Blasco ha mandado preguntar por doña Laura.

PURA.- ¡La señora de Blasco! ¡La madre de Mario!

MISS DOLLY.- Yo contesté que volvería más tarde.

ZULEMA.- (Irónicamente a PURA.) ¿Quieres que te traiga un frasco de sales, si tanto te impresiona la llegada de tu futura suegra?

(Entran por el foro DOÑA LAURA, SILVIA, TÉLLEZ, FERRANDO y VILANA.)

Escena XI

Dichos, DOÑA LAURA, SILVIA, FERRANDO, TÉLLEZ, VILANA y después DIEGO.

DOÑA LAURA.- Hermosísimo, el automóvil.

MISS DOLLY.- (A DOÑA LAURA.) La señora de Blasco ha preguntado por usted.

DOÑA LAURA.- ¿Cuándo?

MISS DOLLY.- Hace un momento.

DOÑA LAURA.- Está bien, miss Dolly. (Pausa breve.) Puede usted salir. Le dejamos libre su tarde.

(MISS DOLLY se encamina al foro. Entra DIEGO.)

DIEGO.- (A MISS DOLLY, saliéndole al paso.) Y se va usted así no más, sin echarme ni una mirada... Cuando vea mi cadáver a sus pies, usted se arrepentirá, ¡ingrata!

(MISS DOLLY sale por el foro.)

ZULEMA.- ¿Qué esperamos? Podemos salir ya en el automóvil, sin perder más tiempo.

SILVIA.- Tomaremos primero el té.

PURA.- (Ante la mesita del té.) Ya está servido.

DIEGO.- (Bajo a DOÑA LAURA.) Mamá, sabrás que ha llegado la madre de Mario, y que te busca.

FERRANDO.- (Haciendo grupo aparte con DOÑA LAURA y DIEGO.) ¿No se

lo dije?

DIEGO.- De un momento a otro vendrá a buscarte hasta aquí...

DOÑA LAURA.- (Alarmada.) Pues yo no quiero tener con ella ninguna entrevista desagradable. ¡Nada sé ni me importa de su hijo!

————— 290 —————

FERRANDO.- Hay que huirles, entonces. Ahí afuera tiene usted a su disposición un automóvil de 70 caballos y 150 kilómetros de velocidad por hora.

DOÑA LAURA.- No me queda otro remedio. (En voz alta.) ¡Silvia!... ¡Pura!... Acabamos de resolver con el doctor Ferrando irnos en el automóvil a tomar el té al faro o al golf.

PURA.- (Presentándole una taza de té.) ¡Si ya está servido, tía Laura!...

DOÑA LAURA.- (Rehusando la taza.) No importa. Aquí hace demasiado calor... y el té del hotel es tan malo...

TÉLLEZ.- De modo que me desairan ustedes...

DOÑA LAURA.- Perdone, usted Téllez. No le desairamos... Al contrario, espero que nos acompañe en nuestro paseo.

FERRANDO.- Vaya usted, Téllez.

TÉLLEZ.- No puedo ir ahora... Las veré más tarde en la rambla.

ZULEMA.- Yo no veo por qué este apuro, de repente... (Bajo a VILANA.) Aquí hay gato encerrado... ¡Se huye, se huye a un enemigo invisible!

VILANA.- (Bajo a ZULEMA.) A un enemigo en camino...

ZULEMA.- ¿Usted cree?... ¿A Mario?... Yo pensaba que el vencedor nunca huía del vencido.

VILANA.- Se huye, más que del vencido, del desesperado...

DOÑA LAURA.- (Encaminándose hacia el foro, con SILVIA.) Vamos, pues.

ZULEMA.- Pero no sin Perucho. Antes lo iremos a buscar todos, para que no se excuse. (Señalando la primera puerta de la izquierda.)

Por allá.

DOÑA LAURA.- Tardaríamos demasiado...

ZULEMA.- (Tomando del brazo a DOÑA LAURA.) No, señora. Apenas si perderemos cinco minutos. (ZULEMA y DOÑA LAURA se encaminan a la primera puerta de la izquierda.)

FERRANDO.- (A VILANA, después de haber oído algo que le dijera TÉLLEZ.) Usted las acompaña, Vilana... Téllez y yo nos quedamos.

ZULEMA.- (Desde la puerta.) De ningún modo. Ferrando y Téllez vendrán también con nosotros. (A FERRANDO y TÉLLEZ, amenazándoles con el dedo.) No les admitiremos disculpa.

PURA.- (Bajo a VILANA.) No se olvide de mi pedido... Salve usted caballerescamente la situación de Mario... ¡Yo se lo agradeceré toda la vida!

VILANA.- (En voz alta.) Doctor Ferrando, ya sabe usted que no deseo ningún mal a Blasco... Usted que lo

————— 291 —————

aprecia, trate de salvar su decoro... Le doy amplios poderes para que proponga en mi nombre la mejor solución. (Bajo a PURA.) Me obliga usted a un sacrificio de mi amor propio que ningún otro poder humano me hubiera impuesto. ¿Está usted contenta de mí?

PURA.- (Bajo a VILANA.) Sí... y no... No sé qué pensar... Dudo de la sinceridad de Ferrando... Temo que usted prometa y él no cumpla... ¡Temo que usted se burle de mí!

VILANA.- Burlarme de usted... sería burlarme de mí mismo.

(Mientras VILANA y PURA cambian estas frases, ZULEMA, DOÑA LAURA

y

SILVIA salen en grupo por la puerta del primer término de la izquierda. SILVIA, en la prisa de salir, ha olvidado su sombrilla junto a un mueble.)

DIEGO.- (Desde la puerta a PURA y VILANA.) ¿Se quedan ustedes?

VILANA.- (Saliendo con PURA por el foro.) Ya vamos. Les esperaremos afuera.

DIEGO.- (Dejándoles pasar y riéndose.) Siempre los enamorados se retrasan y apartan... Debe ser por modestia, para no dar envidia a los demás con el espectáculo de su felicidad. (Sale por la primera puerta de la izquierda.)

Escena XII

FERRANDO, TÉLLEZ y después MARIO.

TÉLLEZ.- ¿De qué peligro huyen?

FERRANDO.- De la madre de Blasco... y acaso también de su cachorro.

TÉLLEZ.- ¡Pobre señora!

FERRANDO.- Veo que su asunto con Silvia marcha a toda vela. Me alegro. Soy el padrino de ese noviazgo a hacerse. (Pausa breve.)

¿Por qué no ha acompañado usted a su festejada?

TÉLLEZ.- No puedo retardar más tiempo mi contestación a Mario. ¿Oyó usted lo que le recomendó Vilana al despedirse?

FERRANDO.- Sí; que arreglara la cuestión en forma decorosa...

TÉLLEZ.- Para Blasco.

FERRANDO.- Verdad. Así dijo... ¿Sabe usted por qué?

TÉLLEZ.- No.

FERRANDO.- Es usted poco malicioso. Porque Pura, informada por algún indiscreto, se lo pediría. Él ha querido contentarla con vagas promesas... Pero estas promesas

————— 292 —————

no destruyen lo que tan terminantemente nos dijese antes: que no admite un lance de honor, sino con un hombre de honor.

MARIO.- (Entrando por la primera puerta de la derecha.) Esperaba a ustedes... Y como ustedes no venían, iba a buscarlos. Si la montaña no va hacia Mahoma... (Mirando con extrañeza las muchas tazas de té servidas e intactas.) Pero veo que ustedes esperan mucha gente...

TÉLLEZ.- Ya se han ido...

MARIO.- Se han ido de pronto, dejando sus provisiones, sus armas, sus bagajes, como ejército sorprendido y en forzosa retirada...

(Amargamente.) ¿Será todo por mí? Pena inútil. No iba yo a

atacarlas. Que descansen tranquilas. (Tomando la sombrilla que dejara olvidada SILVIA.) Y yo reconozco este pertrecho de guerra. Yo mismo regalé a Silvia Arval esta arma de guerra. Ella me la ganó por apuesta en unas carreras. ¡Felices tiempos aquéllos! (Deja la sombrilla junto a un mueble.) (Cambiando de tono.) Ya se imaginarán ustedes para qué los buscaba...

TÉLLEZ.- (Haciendo un aparte con MARIO.) Sí, lo supongo... Usted ha tenido un incidente con Vilana y nos busca para mandarnos de padrinos...

(Mientras hablan TÉLLEZ y MARIO, FERRANDO se aparta, bosteza, enciende un cigarrillo, toma una revista y la mira...)

MARIO.- ¿Quién se lo dijo?

TÉLLEZ.- Todo el mundo. El hotel está hecho un semillero de suposiciones y de historias... Sobre eso deseo hablar francamente con usted... Yo le aprecio; tengo la más alta opinión de su inteligencia y de su carácter; estoy dispuesto a servirlo en lo que usted quiera...

MARIO.- Gracias.

TÉLLEZ.- Pero creo que usted, por ahora, no debe mandarle los padrinos a Vilana, Él se negará a un duelo y todos están contra usted... Esto es lo que desgraciadamente he podido comprobar en la opinión general.

MARIO.- ¡Cómo!...

TÉLLEZ.- Yo no debo engañarlo a usted y ponerlo en una falsa posición. Mi consejo, mi leal consejo de amigo, si usted me permite dárselo, es que se vuelva usted esta misma noche a Buenos Aires y allí arregle la cuestión pendiente sobre el robo del hospital.

(Una pausa.)

MARIO.- (Demudado.) ¿Se niega usted entonces a servirme de padrino?

TÉLLEZ.- Yo no me niego. Pero me temo que Vilana

————— 293 —————

se rehúse a batirse con usted... Me temo que ese duelo sea imposible de verificarse ahora, en este ambiente... (Pausa.)

MARIO.- (A FERRANDO.) ¿Y usted que opina doctor?

FERRANDO.- ¿Yo?... (Un silencio.) Que a usted le convendría, Blasco, postergar la solución de la cuestión de honor hasta que se

resuelva en Buenos Aires la cuestión judicial. Por mi parte, no deseo más que servirlo... Dudo que lo consiga, porque Vilana...

(Pausa.)

MARIO.- (Muy irritado, premiosamente.) ¿Ha hablado usted con Vilana? ¿Le ha aconsejado usted que me descalifique?

FERRANDO.- Vilana no escucharía mis consejos...

MARIO.- No es eso lo que le pregunto. Le pregunto si ha hablado usted con Vilana, ¿sí o no?

FERRANDO.- Dos palabras, de paso...

MARIO.- ¿Le ha propuesto usted que no aceptase el lance?

FERRANDO.- Yo no podía proponerle nada...

MARIO.- ¿Lo ha propuesto usted?... ¿sí o no? (Pausa.) (A TÉLLEZ.)

Téllez, usted que es un verdadero hombre de honor y un verdadero amigo, dígame, ¿ha estado Vilana aquí con ustedes?

TÉLLEZ.- Estuvo hace un momento...

MARIO.- ¿Hablaron ustedes del asunto?

TÉLLEZ.- Algo...

MARIO.- (Indicando a FERRANDO.) ¿Y este señor ha aconsejado a Vilana que no acepte un duelo conmigo por tener el derecho de no creerme un caballero? (TÉLLEZ guarda silencio, conmovido por la violencia del gesto y del tono de MARIO.)

FERRANDO.- Perdone usted, doctor; pero...

MARIO.- (Trémulo de ira.) No tengo ningún «pero» que escucharle a usted. Inútil es que trate usted de engañarme. Veo claramente su perfidia...

FERRANDO.- ¡Doctor Blasco!

(Por la primera puerta de la izquierda entran conversando en un grupo ZULEMA, SILVIA, DIEGO y DOÑA LAURA. Todos se encaminan hacia la puerta del foro.)

Escena XIII

Dichos, DOÑA LAURA, ZULEMA, SILVIA y DIEGO.

MARIO.- (A FERRANDO amenazadoramente.) ¡También entre nosotros quedan cuentas pendientes! (FERRANDO se alza de hombros.)
ZULEMA.- (A FERRANDO y TÉLLEZ.) ¿Están ustedes conferenciando

————— 294 —————

sobre la separación de la Iglesia y del Estado?... Sean ustedes galantes y acompañennos.

FERRANDO.- Con el mayor gusto. ¿Y Perucho?

ZULEMA.- No le hemos encontrado. Se ha perdido. Iremos sin él. (A TÉLLEZ.) Silvia le invita especialmente a usted Téllez. Vamos. Pura y Vilana están ya en el automóvil esperándonos.

FERRANDO.- (A TÉLLEZ.) ¿Cómo resistirnos a tanta invitación?...

TÉLLEZ.- (Alcanzando a SILVIA su sombrilla.) Su sombrilla, Silvia.

SILVIA.- (Muy turbada.) Gracias.

(Salen por el foro SILVIA, FERRANDO y TÉLLEZ. ZULEMA y DIEGO siguen junto a DOÑA LAURA, y se detienen acompañándola cuando la habla MARIO.)

MARIO.- (Dirigiéndose a DOÑA LAURA con voz trémula.) ¡Señora!... Ruégole que me escuche una palabra...

DOÑA LAURA.- (Turbada y como si recién se apercibiera de MARIO.)

¡Ah! ¿Es usted, Blasco?... (Muy fríamente.) En este momento no puedo atenderlo... (Haciendo ademán de irse.) Será cuando vuelva.

Ahora me esperan...

MARIO.- Perdone usted, señora. Sólo pienso hacerle una simple pregunta... y ahora mismo, pues no sé si será posible más tarde.

DOÑA LAURA.- (A ZULEMA y DIEGO, un poco intimidada por la firmeza de MARIO y temiendo provocar una escena violenta si se rehúsa.)

Sigan ustedes. Yo iré muy pronto...

DIEGO.- (A DOÑA LAURA, saliendo con ZULEMA.) La esperamos, mamá.

ZULEMA.- (A DOÑA LAURA.) No se demore Laura.

(Salen por el foro.)

Escena XIV

DOÑA LAURA y MARIO.

DOÑA LAURA.- (Con insultante frialdad.) Ya lo escucho. Puede usted hablar.

MARIO.- (Hablando con lentitud y a media voz.) ¿No quiere usted sentarse, señora, para que conversemos con más comodidad?

DOÑA LAURA.- Usted se servirá disculparme... Llevo demasiada prisa para tomar asiento. Le ruego, pues, que tenga la bondad de decirme pronto en qué puedo servirlo...

MARIO.- Yo desearía saber, señora, qué razones ha tenido usted para ordenar a su hija Silvia que rompa su compromiso conmigo...

————— 295 —————

DOÑA LAURA.- (Como extrañada.) ¡Ordenar yo a mi hija Silvia que rompa su compromiso con usted!

MARIO.- Sí, señora; deseo saber sus motivos... Y me permito interrogarla, porque la cuestión afecta mi honor. (Un silencio.)

DOÑA LAURA.- (Recapacitando.) Es que yo ignoraba por completo que mi hija Silvia se hubiera comprometido con nadie. Y aun debo decirle que usted se equivoca, pues si se comprometiera, ella me avisaría...

Mal puedo yo haberme opuesto, entonces, a un casamiento que no ha existido más que en su imaginación. Es esto cuanto puedo contestarle. (Hace ademán de salir.)

MARIO.- (Cerrándole el paso.) ¡Señora!... ¿A qué viene esta comedia?... ¡Yo tengo derecho, por mi nombre, de exigir una contestación franca y categórica!

DOÑA LAURA.- ¿Olvida usted que está hablando con una señora?... Recuerde que entre los dos hay una gran distancia, que usted no va a salvar faltándome el respeto.

(Pausa.)

MARIO.- No ha sido ésa mi intención, y le pido me disculpe. Me siento tan profundamente herido que no me hallo en estado de medir mis palabras. Retiro las que pueden ofenderla...

DOÑA LAURA.- (Con reticencia.) Comprendo... y lo disculpo.

MARIO.- Silvia se compromete un día conmigo... Al día siguiente me dice que usted se opone a nuestro casamiento, y rompe su compromiso, sin darme más explicaciones... Tampoco yo puedo insistir en pedírselas a una niña que obra bajo la autoridad de su madre. Por eso me dirijo a usted, señora... (Pausa.) Creo que nada se me puede enrostrar. No acierto, pues, a comprender la causa de su negativa...

DOÑA LAURA.- Le he dicho que no hay tal negativa.

MARIO.- (Sin escucharla.) He oído decir que mi padre tuvo un pleito contra su marido de usted...

DOÑA LAURA.- Han pasado muchos años de ese desgraciado pleito. Mi marido mismo lo habría olvidado si viviera... Por eso yo no me he negado a tratar a usted como a los demás compañeros de baile de mi hija.

MARIO.- (Sordamente.) Entonces, la causa puede ser otra... Ha llegado hasta usted la noticia de la defraudación en el hospital que dirijo, ¿y usted la ha creído!

DOÑA LAURA.- No conozco tal noticia.

MARIO.- Debe usted conocerla como presidenta de la Sociedad de San Vicente.

————— 296 —————

DOÑA LAURA.- Pues no la conozco. Y aunque la conociera, le repito que nada he hablado con Silvia... En cuanto a lo que usted afirma sobre su compromiso, se me ocurre que usted ha tomado en serio alguna broma de mi hija, y ella, no atreviéndose a confesar su broma, le dijo a usted que soy yo quien deshace el noviazgo...

MARIO.- (Exaltándose por grados.) ¡Usted sabe que es falso lo que dice!

DOÑA LAURA.- ¿Me dice usted que miento?

MARIO.- ¡Le digo que falta a la verdad!

(Entra SILVIA por la segunda puerta de la izquierda, y se encamina hacia su madre.)

Escena XV

Dichos y SILVIA.

SILVIA.- (A DOÑA LAURA.) ¡Mamá!... ¡Ven!... Todos te llaman para partir...

MARIO.- ¡Silvia!... Dígame, ¿no me ha dado usted palabra de casamiento?... (Pausa breve.) ¿No me ha dicho usted que su mamá le ordenaba faltar a su palabra?... (Pausa breve.) ¡Conteste usted, Silvia, que se trata de saber quién miente aquí... si la señora o yo!

SILVIA.- (Llorosa.) Vamos, mamá... (Un silencio.)

MARIO.- Su silencio, Silvia, dice bien claro que no soy yo quien miente. Pero antes de irse debe usted decirme algo más... Sea usted leal alguna vez conmigo, se lo ruego, y dígame si usted ha creído lo que se me imputa... (Pausa.) (Con ira creciente.) ¡Conteste usted, Silvia! ¿Ha podido usted sospechar, sólo sospechar, que yo haya robado a las mujeres, a los enfermos, a los pobres? ¡Conteste usted!

(SILVIA queda como clavada en su sitio. DOÑA LAURA la toma de un brazo para llevársela.) (A DOÑA LAURA.) ¡Puede usted llevarse a su hija, señora, una hija bien digna de usted!... ¡Pensar que ella pudiera haber sido mi mujer, la compañera y colaboradora de mi vida! ¡Pensar que yo hubiera podido dar a usted el nombre de madre!... (Ríe amargamente.) Tiene usted razón, señora, entre ustedes y yo hay un abismo, ¡y no seré yo quien trate de franquearlo!

(Aparece ZULEMA en la puerta del foro. Aunque ha oído las últimas palabras, se adelanta sonriente hasta la mitad de la escena, afectando no percatarse de nada. Al verla, DOÑA LAURA y SILVIA cambian de actitud, en una brusca transición, como si hubieran estado conversando tranquilamente con MARIO. El mismo MARIO se repone y disimula su excitación.)

MARIO, DOÑA LAURA, SILVIA y ZULEMA.

ZULEMA.- ¿Estaban ustedes discutiendo?

DOÑA LAURA (Vacilante.) Sí... a propósito de los baños de mar...

ZULEMA.- (Siempre sonriendo.) Blasco se los recomendaría a ustedes como médico... Ustedes habrán contestado que a las personas nerviosas no les sientan... ¡Y yo les doy la razón! (A MARIO con burla.) A propósito de baños, debo advertirle a usted, por si no se ha apercebido, que estas playas son siempre peligrosas. La corriente es muy fuerte. No debe usted aventurarse nadando, como lo hace siempre, tan lejos de la orilla. Uno de estos días se puede usted llevar un susto y tendrá que tragar mucha agua... ¡Hasta se puede ahogar en ese cáliz de amargura! (Sería a DOÑA LAURA y SILVIA.) Ya todos están en el automóvil esperándolas a ustedes... mientras ustedes hablaban aquí tranquilamente de baños de mar.

DOÑA LAURA.- (Saludando ligeramente con la cabeza a MARIO.) Vamos.

(DOÑA LAURA, SILVIA y ZULEMA se encaminan a la puerta del foro.)

ZULEMA.- (A MARIO desde la puerta.) Le dejamos a usted para que medite sobre mi consejo. Nos tiene usted inquietas. ¡Aléjese del peligro!

(Salen DOÑA LAURA, SILVIA y ZULEMA. Mientras hablaba ZULEMA, ha entrado DOÑA EMILIA por la primera puerta de la derecha. Da una ojeada a la escena; con su ojo de madre comprende la situación de su hijo, y adelanta hacia él tendiéndole los brazos, como para protegerle o bendecirle. Al verla, MARIO, embargado todavía por la emoción, queda perplejo, como si no la reconociera. Por la segunda puerta de la derecha ha entrado también ANTÚÑEZ, quien se dirige a MARIO con un pliego en la mano.)

Escena XVII

MARIO, DOÑA EMILIA y ANTÚÑEZ.

ANTÚÑEZ.- Ha llegado una citación para usted, doctor Blasco. Creo que es del juzgado de Buenos Aires... (Como MARIO no toma el telegrama ni contesta, ANTÚÑEZ se queda esperando a respetuosa distancia.)

MARIO.- ¡Tú, mamá!...

DOÑA EMILIA.- Sí, Mario... Ven a preparar tu equipaje y volvámonos.

MARIO.- ¡Pero tú lo sabes!... ¿Quién te lo dijo?... ¿A quién se lo preguntaste?

DOÑA EMILIA.- Una madre no necesita preguntar para saber.

(Pausa. MARIO abraza a su madre. Telón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

Acto III

El despacho del doctor Blasco, en su casa de Buenos Aires. El mueblaje es cómodo y hasta elegante; un escritorio, bibliotecas, un sofá, sillones, luz eléctrica... Sobre el escritorio, que está en segundo término a la izquierda, un florero con flores frescas. Una puerta a la izquierda, que se supone comunica con el consultorio; otra a la derecha, que debe comunicar con las habitaciones interiores; y una última en el medio, al foro. Por ésta, completamente abierta, se ve un vestíbulo, que sirve de sala de espera del consultorio y del despacho. Hay allí una pequeña mesa circular, con álbumes, revistas y una planta de helechos. Junto a la mesa, un par de sillas.

Escena I

MARIO y después DOÑA EMILIA.

MARIO está sentado ante su escritorio, escribiendo. A poco entra DOÑA EMILIA por la puerta de la derecha; está muy pálida y evidentemente enferma y débil; se apoya en un bastón. Al verla entrar, MARIO se sorprende, se pone rápidamente de pie y acude presuroso a sostenerla. Tomándola de la cintura la conduce a un sillón.

MARIO.- (Sentando a su madre en el sillón y arreglándole cariñosamente unos almohadones en el respaldar.) ¡Cómo, mamá!... ¡Te has levantado contra mis prescripciones, y te vienes sola hasta aquí!...

DOÑA EMILIA.- Sí, hijo; estoy harta de cama. Necesitaba distraerme un momento... Por eso he venido a verte trabajar. Continúa, pues. No quiero interrumpirte, sino contemplarte.

MARIO.- (Cerrando las puertas de la izquierda y la derecha.) Es una imprudencia esta escapada. Debieras ser más razonable. Pareces un chico.

————— 336 —————

DOÑA EMILIA.- Eso querría ser, al sentirme ahora tan viejita y enferma: una chica mimada, mimada por ti.

MARIO.- (Ante la puerta del foro.) ¿Sientes frío, mamá?

DOÑA EMILIA.- No. Deja abierta esa puerta para que entre aire. (Aspirando con fuerza.) ¡Aire, aire es lo que necesito! Y tú sigue trabajando y déjame tranquila. (Tose ligeramente y se lleva el pañuelo a la boca.)

MARIO.- (Sentándose a su lado.) No tengo nada urgente que hacer.

DOÑA EMILIA.- Entonces, ya que me siento tan bien esta tarde, vamos a hablar un momento de tus asuntos.

MARIO.- Ya sabes que mis asuntos están felizmente resueltos.

DOÑA EMILIA.- No, hijo. Tus asuntos no están todavía resueltos. Tú me lo dices siempre para no alarmarme, y yo finjo creerte para tranquilizarte... (Pausa breve.) No, hijo. Tus asuntos no están resueltos. Pero yo sé que se resolverán pronto, y a tu entera satisfacción. He pensado mucho sobre ello, y creo que no puede ser

de otro modo.

MARIO.- (Echándolo a broma.) Dime siquiera de qué asuntos se trata...

DOÑA EMILIA.- Primero, de la causa sobre el robo del hospital. Después, de la cuestión de honor que dejaste pendiente con Vilana. Y por último... de algo que yo me sé, y no te lo digo.

MARIO.- Pues de todo eso... sólo me intriga lo que tú te sabes y no me dices. No se me ocurre qué puede ser... ¡Estás tan enterada!

DOÑA EMILIA.- Pues también sé que esperas de un momento a otro el fallo del juez... Y que si te es favorable, estás decidido a saldar inmediatamente cuentas con Vilana.

MARIO.- (Sorprendido.) Sabes más que yo...

DOÑA EMILIA.- Y aún más de lo que te digo. Sé que el fallo condenará a Rosales y te absolverá, declarando que la causa no afecta tu honor...

MARIO.- No era eso difícil de presumir.

DOÑA EMILIA.- Y sé que Vilana te dará espontáneamente una satisfacción y tal vez antes del fallo, en cuanto lo presuma.

MARIO.- ¿Por qué?

DOÑA EMILIA.- Porque le conviene, si quiere seguir en la facultad, donde tu renuncia no puede ser aceptada. No tienes más que cruzarte de brazos y esperar. Si tomaran esa actitud de espera los hombres exasperados, ¡cuántos errores se evitarían!

(Una pausa.)

MARIO.- Pues tienes razón. Vilana y Ferrando me han enviado un emisario, preguntándome si podía recibirlos... amistosamente.

DOÑA EMILIA.- Los recibirás, supongo. A enemigo que huye...

————— 337 —————

MARIO.- Más creo en una amnistía y hasta en una estratagema que en una huida... Pero, sea como sea, los recibiré. (Pausa breve.)

Quedamos, pues, en que todo acabará bien para mí. «Fin bueno, todo bueno». Debes alegrarte. Y espero que la satisfacción ayudará tu convalecencia. Harás el esfuerzo de vivir para verme vencer. Siempre he tenido la superstición de que nada acaece en la vida con más oportunidad que la muerte. Se vive... cuando el porvenir nos reserva goces. Se muere... cuando el porvenir sería una noche sin aurora.

DOÑA EMILIA.- ¡Hijo Mío, no nos hagamos ilusiones sobre mi enfermedad! (Tose otra vez ligeramente, y vuelve a pasarse el pañuelo por la boca, con lentitud.) Esto marcha, y creo que acabaré muy pronto. Tú como médico debes saberlo mejor que yo.

MARIO.- (Con fingida alegría.) Pues como médico sé que pronto vas a sanarte.

DOÑA EMILIA.- ¡Nueva mentira piadosa, Mario, con la que ni me engañas ni te engañas a ti mismo. (Cambiando de tono.)

Precisamente, me he levantado hoy porque quiero hablarte de cosas importantes, para ti y para mí. Acá me parece que podré hacerlo mejor que en la cama. Tal vez sea esta la última conversación seria que yo pueda sostener contigo...

Escena II

Dichos y LA CRIADA.

LA CRIADA.- (Entrando por el foro con una carta en la mano.) Una carta para la señora.

MARIO.- (Levantándose y tomando la carta.) Démela usted. ¿No tiene contestación?

LA CRIADA.- No; ha venido por correo.

MARIO.- Está bien. Gracias. (Sale LA CRIADA por el foro.)

DOÑA EMILIA.- Leeme tú esa carta, hijo. Yo no tengo anteojos para leerla... ni cabeza.

MARIO.- (Después de leer la carta, y quedando de pie.) Son tres líneas muy cariñosas de Pura... Contesta una tarjetita que le enviaste ayer, el día de su cumpleaños... (Pausa breve.) ¿Y cómo no me dijiste que querías escribir a esa niña?

DOÑA EMILIA.- Porque tú no me lo hubieras permitido y yo no tenía fe en lo que tú escribieras en mi nombre, estando tan enojado con la familia de Arval. ¿Qué me dice Pura?

MARIO.- (Dejando la carta sobre el escritorio.) Dice que va a venir hoy a verte. (Pausa breve.) Pero tú no puedes recibir todavía ninguna visita. Estás demasiado débil. La conversación te haría mal. (Toca el timbre.) Voy a dar orden para que no la hagan entrar.

DOÑA EMILIA.- (Con vivacidad insólita en su estado de postración.)

————— 338 —————

Sí. Que la hagan entrar. Tengo que hablar con ella. (A LA CRIADA, que entra por el foro.) Espero una visita, la señorita Pura... Si viene, voy a recibirla aquí. (Sale LA CRIADA.)

MARIO.- (Contrariado.) ¡Sería una locura!

DOÑA EMILIA.- Todas las cosas verdaderamente buenas y hermosas parecen locuras (Pausa breve.) (Mostrando a MARIO un medallón que lleva en el pecho.) Quiero ofrecerle unas cartas y esta miniatura de su madre. Tú se lo entregarás todo cuando yo muera. (Sacándose el medallón y pasándoselo a MARIO.) Mira que linda era mi amiga Carmen. Este es su mejor retrato.

MARIO.- (Contemplando la miniatura del medallón.) Era realmente muy linda.

DOÑA EMILIA.- ¡Y tan inteligente, tan buena!

MARIO.- (Pensativo y para sí mismo, contemplando siempre la miniatura.) Pura se le parece. Tiene la misma belleza y la misma expresión de inteligencia y de bondad, que no he encontrado en ningún otro rostro humano.

DOÑA EMILIA.- Pues es de Pura y de los Arval de quienes quería hablarte. (MARIO devuelve la miniatura, hace un gesto de viva contrariedad y comienza a pasearse por la pieza; pero lentamente a causa del estado de DOÑA EMILIA, para no molestarla.) A ellos se refería eso que me sé y que tú te ignoras...

MARIO.- Sabrás que Silvia se casa con Téllez; la noticia ha aparecido en todos los diarios. Sabrás también, puesto que te lo he dicho, que a mí ahora me es completamente indiferente ese casamiento. Silvia no es capaz de comprenderme; nunca me hubiera hecho feliz. Hasta me alegro del triunfo de Téllez. En su círculo de títeres, él es casi un hombre.

DOÑA EMILIA.- No se trata ya de Silvia, sino de Pura...

MARIO.- Es también de la familia.

DOÑA EMILIA.- ...Y de ti.

MARIO.- (Parándose y recostándose contra el escritorio.) ¡De Pura y de mí!... Pura siempre ha sido buena y gentil. Se ha portado hasta generosamente conmigo. Pero de ahí no puedes inducir que debemos casarnos. (Ríe un tanto forzadamente.) Ni ella ha pensado en casarse conmigo, ni yo con ella... Ni con nadie. Me quedaré solo, para cuidarte.

DOÑA EMILIA.- Poco tiempo tendrás ya que cuidarme, mi pobre hijo; siento muy próxima la muerte. Seamos valientes ante la muerte. Y ser valiente ante la muerte es pensar en la vida, en la vida de los que quedan. (Movimiento de protesta en MARIO.) ¡No te alarmes, hijo! No voy a darte consejos patéticos. Lejos de eso, quiero hacerte la agradable revelación de un pequeño descubrimiento que he hecho.

MARIO.- Un descubrimiento, y agradable, ¡te felicito!... No se hacen tales todos los días.

DOÑA EMILIA.- He visto algo que no vieron tus ojos, quiero abrírtelos yo antes de que tú cierres los míos.

MARIO.- ¿Y qué quieres hacerme ver, madre?

DOÑA EMILIA.- El porvenir. Mira un poco hacia atrás... Mirando hacia atrás es generalmente como se ve hacia adelante. (Pausa breve.) ¿Has olvidado que cuando eras niño tuviste una noviecita?

MARIO.- (Ligeramente emocionado.) No lo he olvidado, mamá. Cuando éramos chicos jugábamos siempre a los novios con Pura Brest.

DOÑA EMILIA.- (Después de un nuevo acceso de tos, leve como los anteriores.) Y en cuanto creciste y te apuntó el bozo sobre el labio, se acabó el juego. Miraste a la amiguita con la indiferencia del hombre hecho y derecho.

MARIO.- (Interrumpiendo.) Siempre fui amigo de Pura.

DOÑA EMILIA.- Murió Carmen, y Pura fue recogida por la familia de Arval. Entonces dejaste de ver largos años a la amiguita de tu infancia... Y cuando te encontraste de nuevo con ella, te enamoraste o creíste enamorarte de su prima Silvia. ¿No es así?... (MARIO asiente con la cabeza.) Hubo un momento en que estuviste suficientemente ofuscado para creer que Silvia te quería... ¡Y la que siempre te quería en secreto era la pobre Pura! (Pausa breve.) Este es mi descubrimiento.

MARIO.- ¿Cómo lo hiciste?

DOÑA EMILIA.- Porque soy tu madre, porque conozco a Pura, porque soy mujer...

(Pausa.)

MARIO.- Pues si eres mi madre, si me conoces a mí, si tienes intuición de mujer... sabrás que yo no estoy enamorado de Pura.

DOÑA EMILIA.- ¿Quién sabe?... ¡El corazón tiene sus sorpresas!... ¡El amor sabe disfrazarse tan bien, de amistad, de compasión, hasta de odio!... Tal vez tú mismo no te conoces todavía... Lo malo fue que Pura era una victoria que se te brindaba demasiado fácil. Necesitabas lucha y obstáculos; los hallaste en Silvia, y por eso te propusiste conquistarla.

MARIO.- Te he dicho que nunca pensé en Pura.

DOÑA EMILIA.- Lo dices, sí; pero lo repites demasiado... Y lo repites porque tienes miedo de quererla. Así, cuando eras chico y te perdías en la obscuridad, silbabas para darte valor.

LA CRIADA.- (Entrando por el foro.) La señorita Pura. Pregunta si la señora puede recibirla...

MARIO.- Iré yo a decirle que todavía no puedes recibir visitas, que vuelva más adelante...

DOÑA EMILIA.- ¿Cómo médico o cómo hijo me prohíbes verla?

MARIO.- Como médico... y como hijo.

DOÑA EMILIA.- Pues yo, no como tu enferma sino como tu madre, quiero recibirla, ¿has oído?... ¡Quiero recibirla!

(Pausa.)

MARIO.- (A LA CRIADA.) Dígale usted que pase. (Sale la

————— 340 —————

CRIADA.) (Palmeándole la espalda a DOÑA EMILIA y haciendo ademán de irse.) Te dejo sola con ella...

DOÑA EMILIA.- (Tomándole de un brazo.) Quédate tú también.

Ayúdame a atenderla. Es quizá la felicidad que viene a esta casa.

MARIO.- ¡Pobre mi felicidad si dependiera de la familia de Arval!

LA CRIADA.- (Entrando por el foro.) Por aquí, señorita. (Entran por el foro PURA y MISS DOLLY. MARIO se adelanta a saludarlas. LA CRIADA sale.)

Escena III

Dichos, PURA, MISS DOLLY y después LA CRIADA.

MARIO.- (Dando la mano a PURA e indicándole a DOÑA EMILIA.) Ahí está mamá, que la esperaba a usted. (PURA abraza a DOÑA EMILIA. MISS DOLLY saluda a MARIO y a DOÑA EMILIA con una ligera reverencia.)

DOÑA EMILIA.- ¡Cuánta amabilidad, venir a ver una vieja enferma!

PURA.- ¿Cómo se encuentra usted: Emilia?

DOÑA EMILIA.- Estoy mejor... desde que tú estás aquí.

MARIO.- Siéntese, Pura.

PURA.- (A MISS DOLLY, indicándole la puerta del foro.) Ruégole, miss Dolly, que me espere un momento en el vestíbulo.

MARIO.- (A MISS DOLLY.) Ahí tiene usted ilustraciones inglesas para entretenerse mientras espera.

MISS DOLLY.- (Bajo a PURA.) ¡Cómo no me dijo usted, señorita Pura, que venía a casa del señor Blasco!... Tal vez no le guste a la señora Laura...

PURA.- Tranquilícese, miss Dolly, que yo no he de comprometerla... (Indicándole otra vez el vestíbulo.) Y tenga la bondad de esperarme un momento.

MISS DOLLY.- (Encaminándose al vestíbulo.) Por lo menos, no tarde usted mucho, señorita Pura. (MISS DOLLY vuelve a hacer una ligera reverencia, pasa al vestíbulo, cálese los lentes, toma algunas revistas, y sale con ellas por el foro. Supónesela de espera

en el vestíbulo, leyendo en un sitio no visible desde el despacho.
PURA, a indicación de MARIO, toma asiento junto a DOÑA EMILIA. MARIO queda de pie.)
MARIO.- Por casualidad, Pura, encuentra usted levantada a mi madre, que recibe esta visita sólo por ser suya.
DOÑA EMILIA.- ¿Cómo?... ¡Ahora se tratan ustedes ceremoniosamente de «usted», cuando se tutearon desde que aprendieron a hablar!
MARIO.- Es que Laura prohibió a Pura que se tuteara con ningún mozo, incluso conmigo, ¡especialmente conmigo!...

————— 341 —————

PURA.- Sin embargo, yo siempre te he tuteado, Mario, y no por desobedecer a tía Laura, sino porque nunca podría acostumbrarme a tratarte de «usted». Pero si tú... pero si usted se empeña en que lo trate de usted, desde que rompiste con nosotros...
MARIO.- No tengo ningún empeño de que me trates de esto o aquel modo. Ya que te dignas tratarme, trátame como quieras.
PURA.- (Con lágrimas en la voz.) No seas rencoroso, Mario, y perdona tú Silvia y a tía Laura, ¡y perdóname a mí también!
DOÑA EMILIA.- (Acariciando la mano de PURA.) ¡Vaya!... No se peleen ustedes. (A PURA.) Mario y yo te hemos querido siempre como quisimos a tu madre. No puedes figurarte el gusto que me da tu visita. (Tose.) (Cambiando de tono.) ¿Qué noticias me traes? ¿Has encontrado novio, como tu prima Silvia?
PURA.- Ni lo busco, ni lo hallaré sin buscarlo...
DOÑA EMILIA.- Me han dicho que un colega de Mario, el doctor Vilana, te festeja asiduamente.
PURA.- (Ruborizándose.) Quizá menos que con nadie me casaría con Vilana. (MARIO toma unos papeles del escritorio y parece revisarlos.)
MARIO.- Sin embargo, todo el mundo pondera a Vilana. ¿Por qué con él menos que con nadie?
PURA.- (A media voz.) Porque lo conozco demasiado.
MARIO.- (Levantando la cabeza.) ¿De verlo en fiestas?
PURA.- (Después de una pausa.) ¿Para qué esa pregunta, Mario? Digo que con él menos que con nadie, y aunque lo apoye mi tía Laura, tengo mis razones... (Bajando la voz.) Bien sabes que tuve una oportunidad de conocerlo... y que esa oportunidad no fue una fiesta.
MARIO.- ¿Últimamente en Mar del Plata, cuando su incidente conmigo?
PURA.- Sí.
MARIO.- Pues si lo desechas por esos sentimientos de... emulación... que le supones, nunca te casaras, con nadie. Todos los hombres los sienten.
PURA.- ¡Todos, no!... Tú no los sientes.

MARIO.- Tal vez no los revelo del mismo modo; pero los siento...
PURA.- No es cierto. Tú no los sientes, Mario.
DOÑA EMILIA.- Tiene razón, Pura; él no es capaz de sentir envidia.
MARIO.- En todo caso, un hombre, por sentir o no envidia en sus luchas, por la vida, no será más o menos capaz de hacer feliz a su mujer.
DOÑA EMILIA.- Según quien sea esa mujer. Para ser feliz,

————— 342 —————

la esposa debe apreciar al marido. Hay mujeres que jamás apreciarán un hombre de bajos sentimientos.

MARIO.- Las mujeres más nobles se han enamorado a veces de los hombres más viles.

PURA.- ¡Hay tantos modos de enamorarse!...

MARIO.- Sea como sea, «nadie puede decir de esta agua no beberé». Yo estoy perfectamente convencido, Pura... de que acabarás casándote con Vilana.

PURA.- Todo puede ser.

MARIO.- Seguirás el ejemplo de tu prima Silvia: el casamiento razonable. La acción constante de tu tía dominará poco a poco tu voluntad. Es la gota de agua que horada la piedra.

PURA.- Todo puede ser. Pero ni Téllez es Vilana... ni yo soy Silvia.

MARIO.- ¿Y estará Silvia tan enamorada de su novio como lo estuvo de mí?

DOÑA EMILIA.- ¡Mario, no toques ese tema!

MARIO.- ¡Felicítales a ella y a él de mi parte! Cuando tú entrabas, decía yo a mi madre que Téllez es el mejor... en su círculo.

PURA.- (Sonriendo.) En el «reino de los ciegos», quieres decir... Téllez es sin duda un sujeto bueno e inteligente; pero... ¿Cómo te diré?... Es un diletante, solamente un diletante, en su estancia, en las letras, ¡en la vida!... Parece mandado hacer para Silvia. (Seria.) Él también te aprecia a ti. Ha de venir a saludarte uno de estos días.

MARIO.- Tendré mucho gusto... Como no es mi colega, no es mi enemigo.

Escena IV

DOÑA EMILIA, MARIO, PURA y LA CRIADA.

LA CRIADA.- (Entrando por el foro.) Un señor pregunta por el doctor... Dice que viene de los tribunales.

MARIO.- Hágalo pasar al consultorio y dígame que me espere. En este momento estoy ocupado. (LA CRIADA sale.)

DOÑA EMILIA.- Vendrán a notificarte la sentencia definitiva...

PURA.- Por mí no te detengas, Mario...

MARIO.- ¿Tienes mucha prisa en conocer la resolución de los jueces?... Yo creí que tú no eras de los que dudaban de mí. Te suponía segura de que la sentencia no puede ser sino favorable a mi parte. Pero este apuro tuyo prueba que, en el fondo, tenías tus vacilaciones y deseas salir de la curiosidad...

PURA.- Eres injusto conmigo, Mario. ¿Cómo iba a tener dudas y vacilaciones, yo, que me he criado contigo, y que te conozco a ti mismo2, casi más que a mí misma?

————— 343 —————

MARIO.- (Conmovido a pesar suyo.) Gracias, Pura.

PURA.- Y, a pesar de tu sospecha contra mi amistad, insisto, Mario, en que no te detengas por mí y vayas a conocer los términos de la resolución del juez... de esa resolución que no puede menos de serte favorable.

MARIO.- (Encaminándose a la puerta de la izquierda.) Voy entonces... (Desde la puerta.) Hay tanta estupidez y tanta perversidad en el mundo, que todavía puedo traerles una mala noticia.

PURA.- No es posible. (Pausa breve.) Ya lo ves. Tú mismo tienes tu duda rebelde y secreta sobre el resultado del juicio... Pues yo no la tengo, ¡no la tuve nunca!

DOÑA EMILIA.- Yo tampoco.

(Sale MARIO.)

Escena V

DOÑA EMILIA y PURA.

DOÑA EMILIA.- Hazme ahora tus confidencias, Pura, como antes... ¿Te acuerdas?... (Pausa breve.) ¿Eres feliz en casa de tu tía?

PURA.- ¿Hay alguien que sea feliz en el mundo?

DOÑA EMILIA.- Veo ya que no lo eres, mi pobre Pura. ¿Por qué? ¿No te quiere Laura?

PURA.- Sí. Querirme, me quiere, a su modo...

DOÑA EMILIA.- ¿Y?

PURA.- Es que últimamente tiene algunas ideas... algunas sospechas...

DOÑA EMILIA.- ¿Cuáles?

PURA.- ¡Ah, no se las diría!...

DOÑA EMILIA.- Estamos solas.

PURA.- Ni estando sola conmigo me atrevo a decírmelas a mi misma.

(Un silencio.)

DOÑA EMILIA.- Y los demás, ¿son buenos contigo?

PURA.- Silvia es como una hermana menor.

DOÑA EMILIA.- ¿Y Diego?

PURA.- Diego tiene un corazón de oro. Es allí mi mejor amigo.

(Pausa breve.) Demasiado amigo, según tía Laura...

DOÑA EMILIA.- (Extrañada.) ¿Demasiado amigo?...

(Un silencio.)

PURA.- Ya le he dado a usted noticias mías, Emilia. Deme usted ahora noticias suyas y de Mario...

DOÑA EMILIA.- Ya conoces mi situación... A Mario, debes disculparlo si no ha estado bastante cariñoso contigo. ¡Está tan amargado!

PURA.- Es natural. Pasa por una época terrible.

DOÑA EMILIA.- Una de esas épocas de crisis que sobrevienen en la vida de los hombres, hasta de los más dichosos, y

————— 344 —————

en las cuales se atropellan las penas y los desengaños. Son tormentas desenfrenadas, verdaderos cataclismos del alma... Pero la naturaleza reacciona, y más tarde vuelve a salir el sol.

PURA.- (Como para sí misma.) A veces sobre las ruinas del alma.

DOÑA EMILIA.- (Como respondiendo al pensamiento de PURA.) En Mario, la tormenta pasará sin destruirlo... Es un hombre de estudio y de pensamiento. Tiene una fuente de vida en sus trabajos, que lo

distraen de otras preocupaciones.

PURA.- ¡Y no son pocas para Mario esas preocupaciones en estos últimos tiempos!

DOÑA EMILIA.- El rompimiento de su noviazgo, el robo del hospital, el consiguiente escándalo, las cuestiones con los colegas que aprovechan ahora el mal momento para desprestigiarlo, mi enfermedad... (Tose y se fatiga.) Una mujer, sólo una mujer que lo comprendiera hubiese podido curar su corazón de tantas heridas y defender su carácter contra tantas amarguras.

PURA.- (Lentamente.) Yo creí que esa mujer fuera Silvia.

DOÑA EMILIA.- Y te equivocaste. (Tose y se pasa el pañuelo por la boca. Su fatiga crece por grados hasta el final de la escena.)

PURA.- (Poniéndose de pie alarmada.) ¿Se siente usted mal, Emilia?... ¿Quiere que llame a Mario?

DOÑA EMILIA.- No; ya ha de venir. Oyeme antes. (Cierra los ojos, mareada, y a poco los reabre, como reponiéndose un tanto.) Te equivocaste... Esa mujer no era Silvia... Eras tú. (Pausa.) Yo se lo he dicho. Él no ha querido escucharme; está todavía demasiado resentido con tu familia... ¡Se le ofendió tan gravemente!... Algún rencor debe quedarle contra Laura, contra Silvia, contra todos, ¡hasta contra ti, Pura.

(Silencio.)

PURA.- Está usted muy fatigada, Emilia... Debe recostarse...

DOÑA EMILIA.- Dentro de un momento... Antes de despedirme de ti quiero ofrecerte unas cartas de tu madre... y esta miniatura. Cuando yo muera, Mario te las llevará... si tú no quieres venir a darme el último adiós. (La fatiga llega a su mayor grado; DOÑA EMILIA pierde el conocimiento.)

PURA.- (Gritando.) ¡Mario!... ¡Mario!... ¡Pronto acá, Mario!...

(MARIO acude corriendo por la puerta de la izquierda, la criada por la puerta de la derecha, y MISS DOLLY por el foro.)

Escena VI

DOÑA EMILIA, PURA, MARIO, MISS DOLLY y LA CRIADA.

MARIO.- (Desabrochándole la bata a DOÑA EMILIA.) No es

————— 345 —————

nada... un simple desmayo... (A LA CRIADA.) . Traiga en seguida una copa de agua de azahar y el agua de Colonia... (LA CRIADA sale apresuradamente por la puerta de la derecha.) .

MISS DOLLY.- (Ofreciendo un frasco de sales que traía en su saco de mano.) Aquí hay sales, doctor...

MARIO.- Hágaselas aspirar... (MISS DOLLY hace lo que se le indica.)

PURA.- (Abanicando a la enferma.) Parece que reacciona.

MARIO.- (A media voz.) Sí. Reaccionará pronto... No me perdono haberla dejado recibir visitas y conversar... ¡Pero estaba tan empeñada en verte!

LA CRIADA.- (Presentándose por la derecha con la copa pedida y un frasco de agua de Colonia.) Aquí está el agua de azahar, señor.

MARIO.- (Dando a beber a la enferma.) Pura, tú puedes pasarle un poco de agua de Colonia por las sienes... (PURA, hace como se le dice.)

DOÑA EMILIA.- (Volviendo poco a poco en sí, con voz muy débil.)

Tenías razón, hijo... Estoy muy floja... No debí recibir a Pura...

Pero me alegro de haberla visto, ¡me alegro tanto!

MARIO.- No hables, mamá. Te llevaremos a la cama... (A LA CRIADA.)

¿Está preparado el cuarto de la señora?

LA CRIADA.- Sí, señor.

MARIO.- (Preparándose a levantar a DOÑA EMILIA.) ¿Quieres ayudarme, Pura?

(MARIO toma de un lado e DOÑA EMILIA, PURA del otro, y la llevan por la puerta de la derecha. LA CRIADA les abre la puerta y les sigue.)

Escena VII

MISS DOLLY y después LA CRIADA.

MISS DOLLY, muy emocionada, se apoya de pie contra un mueble, huele sus sales, suspira, se alisa el cabello. En seguida entra LA CRIADA por la puerta de la derecha.

MISS DOLLY.- ¿Cómo sigue la señora? ¿Qué tiene?

LA CRIADA.- Sigue mejor. No ha sido nada. Pronto le pasará...

MISS DOLLY.- ¿Y la señorita Pura?

LA CRIADA.- (Con grosera malicia.) Ha quedado adentro con el doctor. Y el doctor me encarga le diga a usted que los espere un momento. (Encaminándose a la puerta de la izquierda y señalándola.) ¿El señor que estaba allí no ha pasado por acá?

MISS DOLLY.- No.

LA CRIADA.- Me ha dicho el doctor que lo acompañe a la puerta de calle... Voy a eso.

————— 346 —————

(LA CRIADA sale. MISS DOLLY, cuando se siente sola, da una vuelta por la pieza, observándolo todo. Toma la carta de PURA, que estaba sobre el escritorio, le echa una rápida mirada, la deja y se sienta entre el escritorio y la puerta del foro.)

LA CRIADA.- (Apareciendo por la puerta del foro y dirigiéndose a unos señores que están en el vestíbulo.) Pasen ustedes, señores. El doctor me ha dicho que haga entrar a los que vengan y les diga que lo esperen.

(Entran por el foro, TÉLLEZ y DIEGO. Adelantan hasta el primer término de la escena, sin apercibir a MISS DOLLY, que, al verles, queda como tímida y paralizada de terror.)

Escena VIII

MISS DOLLY, TÉLLEZ, DIEGO y LA CRIADA.

TÉLLEZ.- (A LA CRIADA, que está a sus espaldas, sin mirarla.)
Tardará mucho en salir el doctor?

LA CRIADA.- No, señor. Siéntense ustedes. (Sale.)

TÉLLEZ.- (Apercibiendo a MISS DOLLY.) ¡Miss Dolly!

DIEGO.- ¡Miss Dolly, la ingrata, de cita aquí con Blasco!

MISS DOLLY.- (Poniéndose de pie, en una turbación tal que tiene
que reponerse un instante antes de hablar.) Sí... He venido
acompañando a la señorita Pura...

DIEGO.- ¿Pura está aquí?

MISS DOLLY.- Sí, niño Diego... Está en las habitaciones
interiores...

DIEGO.- ¡En las habitaciones interiores!...

MISS DOLLY.- Sí, niño Diego... Vino a visitar a la señora madre del
doctor Blasco... La señora sufrió un síncope... Tuvieron que
llevarla adentro, con el doctor Blasco...

TÉLLEZ.- No tiene esto nada de extraño, Diego. Pura ha venido a
visitar a su madrina, a quien tanto quiere...

DIEGO.- (Visiblemente contrariado.) Es que mamá se lo tenía
prohibido... terminantemente prohibido... ¿No lo sabía usted, miss
Dolly?

MISS DOLLY.- Algo sospechaba... Pero la señorita Pura me pidió que
la acompañase, sin decirme a dónde veníamos...

DIEGO.- ¡Caramba!... Esto es una incorrección de Pura.

TÉLLEZ.- No tanto. Su buen corazón la ha traído aquí... Y como
caballeros debemos guardarle el secreto.

DIEGO.- (Sentándose.) Lo que más siento es que mamá se dará por
ofendida con esta escapada... Fíjate, que a ella no le faltan sus
motivos, después de lo que pasó en Mar del Plata.

TÉLLEZ.- (Sentándose también.) Tan grave no es lo que pasó,
puesto que tú has venido...

DIEGO.- Por insistencia tuya.

TÉLLEZ.- (A MISS DOLLY.) ¿Por qué no se sienta usted, Miss

————— 347 —————

Dolly? (MISS DOLLY vuelve a sentarse en la misma silla de antes en
segundo término, entre el escritorio y la puerta del foro.) (A
DIEGO.) Debíamos esta pequeña reparación a Mario. ¡Le hicimos tanto
daño, y con tanta injusticia! Yo me acuso de haber sido demasiado
condescendiente con sus falsos amigos... ¡Con sus verdaderos
enemigos!

(Apenas se sentara, MISS DOLLY tomó al acaso un grueso volumen que
estaba sobre el escritorio... Lo abre, mira las láminas, lo cierra
violentemente, y lo pone donde estuviera, exclamando a media voz:

«Schocking»!...)

DIEGO.- (Que se ha apercebido de lo que pasa a MISS DOLLY.) ¡Qué imprudencia, miss Dolly! ¿No es ese un libro de medicina?

MISS DOLLY.- (Con voz que es un suspiro.) Sí...

DIEGO.- (Con fingida indignación.) ¡Y usted miraba las figuras!... ¿Cómo se ha atrevido usted a bajar sus castos ojos de doncella sobre las desnudeces y los horrores que se ven en las figuras de un libro de medicina!... ¡Quién lo hubiera creído, Dios mío, quien lo hubiera creído!

MISS DOLLY.- Yo no sabía de qué trataba el libro, ni que tuviera figuras...

TÉLLEZ.- (Irónicamente sentencioso.) La ciencia o el arte lo disculpan todo. Sólo carecen de disculpa para hacer lo que se les antoja, los que nada saben de ciencia ni de arte. ¡Pobres! No hay mayor mal que la ignorancia... (Serio a DIEGO.) Me decías que has venido por insistencia mía... Supongo que no te arrepentirás.

DIEGO.- No. Mario es buen muchacho.

TÉLLEZ.- Es más. Es un espíritu superior, a pesar de sus niñerías y candideces, ¡y por sus mismas candideces y niñerías!... Los que marchan mirando al cielo no pueden ver los pequeños accidentes de su camino en la tierra; por eso tropiezan fácilmente. Los que no levantamos la vista de la tierra, en cambio, no tropezamos nunca.

DIEGO.- Para mí, esto es una suerte... Ninguna aspiración me compensaría de estarme dando a cada rato de narices contra el suelo.

TÉLLEZ.- Lo peor es que a esos que llevan la vista fija en lo alto, la envidia les pone obstáculos en su camino, como una trampa para que caigan... Con Mario sus colegas fueron cobardes y venenosos, verdaderos colegas, ¡hinchados como escuerzos por el odium medicorum!

DIEGO.- Será así... Pero debes reconocer que Ferrando y Vilana son buenos sujetos y buenos médicos; pudieron estar equivocados...

TÉLLEZ.- Son buenos para ti y para mí, que no les hacemos sombra. Son amables amigos y serán honestos padres de familia. ¡Pero no caritativos colegas! He oído decir que nadie, después de los tenores, siente más la rivalidad profesional que

————— 348 —————

los médicos, y no sólo los de una misma especialidad, sino también de grupo a grupo, y aún de categoría a categoría...

DIEGO.- ¿Y los jockeys... y los tenorios... y los literatos?

TÉLLEZ.- Todos son amigos de los demás y enemigos entre sí. Sólo los vagos no tienen enemigos profesionales. ¡Hay tanto espacio para la vagancia!

DIEGO.- ¡Qué felicidad para mí ser uno de ellos!

(Mientras TÉLLEZ y DIEGO siguen hablando, MISS DOLLY parece no poder resistir a la tentación de mirar otra vez las láminas del libro de medicina... Lo toma, y lo deja de nuevo, ruborizada... Espera un rato... Viendo al fin a los dos jóvenes distraídos en su conversación, acaba por abrirlo y distraerse ella también en saborear aquel pequeño fruto prohibido...)

TÉLLEZ.- Hasta nosotros, los criadores, los cabañeros... ¡Si supieras los líos que se arman en cada exposición rural con motivo de la adjudicación de premios a los mejores productos expuestos, y las rechiflas y maldiciones que se llevan los jurados! Por eso yo nunca quise ser miembro del jury. Y nada te diría de esos juries que, en concursos artísticos y literarios, no juzgan ya toros, caballos y carneros, sino la fiera de las fieras, ¡el hombre!... Si alguna vez, ¡líbreme Dios de semejante desgracia! se me obligara a formar parte de alguno de ellos... ¡créeme!... antes de aceptar me aseguraría la vida.

DIEGO.- Ya que vas a entrar en mi familia, acepta y asegúratela a mi favor, en una compañía seria, ¿oyes?... ¡Me vendría tan bien esa herencia!

(Pausa.)

TÉLLEZ.- Diego, con todo, la vieja invidia medicorum pessima, la emulación profesional, es un sentimiento útil... Es una defensa natural e instintiva contra una posible tiranía. Es un contralor para evitar tiranos indignos... Porque un hombre que impone sus ideas es siempre un tirano.

DIEGO.- ¡Ahora salimos con eso!... Acabarás ponderando la envidia...

TÉLLEZ.- Veo el pro y el contra. (Pausa breve.) Además de ser útil a la sociedad, esa envidia profesional es útil al envidiado. Le estimula para alcanzar el triunfo definitivo. Y cuando definitivamente lo alcanza, los mismos que le tiraban piedras le queman incienso. El hombre superior es como una pelota de goma. Cuanto con más fuerza se arroja contra el suelo, más alto rebota. Tarde o temprano el egoísmo individual reconoce el mérito, por su utilidad para todos.

DIEGO.- Más bien tarde que temprano...

TÉLLEZ.- Cierto. Muchas veces el triunfo llega después de que el hombre perdió un brazo o una pierna en la contienda ¡y aún después de que yace tendido en el campo de batalla!

(Mientras TÉLLEZ hablaba, DIEGO se ha acercado en puntas de pie a MISS DOLLY, y mira agudamente sobre sus hombros el

libro que ella hojea... Absorta en su libro, MISS DOLLY no lo ha apercibido.)

DIEGO.- ¡Miss Dolly!... ¡Miss Dolly!... (Al oírle, MISS DOLLY cierra rápidamente el libro, lo deja sobre el escritorio, y se pone de pie, roja de confusión.) (A TÉLLEZ.) ¿A qué no te imaginas lo que leía y observaba miss Dolly en su libro de medicina? (Dice algo al oído a TÉLLEZ, con grandes aspavientos.)

MISS DOLLY.- (Baluceante de inocente vergüenza.) ¡No!... ¡Eso no!... ¡Eso no!...

TÉLLEZ.- ¿Cómo, eso no? Fíjese miss Dolly que usted no sabe lo que me ha dicho Diego... y «quien se excusa, se acusa.»

MISS DOLLY.- Yo miraba... yo leía.

TÉLLEZ.- No se afane en convencernos de su inocencia, miss Dolly. Estamos de antemano convencidos. A los chicos miedosos les gusta las historias terroríficas. A las mujeres de vida alegre las historias tristes, y a miss Dolly... las estampas de los libros de medicina.

(Entra por la puerta de la izquierda LA CRIADA, llevando en las manos una bandeja con un frasco. Se encamina hacia la puerta de la derecha, cruzando la escena en primer término.)

Escena IX

Dichos, LA CRIADA, después ANTÚÑEZ y por último MARIO.

DIEGO.- (A LA CRIADA.) ¿Tardará mucho el doctor?

LA CRIADA.- No sé... Creo que no... La señora ya está mejor...

(Sale por la derecha.)

DIEGO.- (A TÉLLEZ, después de una pausa.) ¿Qué te parece que nos fuéramos?... Yo tengo prisa. Me esperan en el club. Mario no tendrá

ahora la cabeza como para recibir nuestra visita. Volveremos otro día. Lo que siento es dejar aquí sola, en la cueva del lobo, ¡y con sus libros llenos de figuras medicinales! a esta encantadora miss Dolly, el ángel de mis horas melancólicas...

MISS DOLLY.- Parece increíble que el niño Dieguito tenga ánimo para darme bromas, hallándome en esta situación...

TÉLLEZ.- No es tan crítica la situación. (A DIEGO, después de meditar un instante.) Tienes razón, Diego. Podemos irnos ahora, para volver más adelante. De este modo evitaremos a Pura la desagradable sorpresa de encontrarnos aquí.

DIEGO.- (Disponiéndose a marcharse.) Yo me lavo las manos en la cuestión de Pura.

TÉLLEZ.- Te las lavarás en tu casa... Aquí no veo lavatorio.

MISS DOLLY.- ¿Y yo qué hago?... ¿Qué debo hacer yo?

DIEGO.- Esperar a la señorita y acompañarla a casa.

————— 350 —————

MISS DOLLY.- Pero después, ¿qué diré a la señora?

DIEGO.- Dígale usted lo que quiera. Cualquier cosa que haga Pura, estará siempre bien hecha.

ANTÚÑEZ.- (Entrando por el foro y saludando profundamente.) Ustedes perdonen, señores... La criada me ha dicho que entre aquí a esperar al doctor.

DIEGO.- ¡También Antúñez!... Vendrá a consultarlo sobre su enfermedad crónica...

ANTÚÑEZ.- ¡Qué enfermedad, señor de Arval? Yo me creía sano...

DIEGO.- La enfermedad de meterse en lo que no le importa...

TÉLLEZ.- Y de venir a donde no lo llaman.

ANTÚÑEZ.- Vengo a traerle la cuenta del hotel de Mar del Plata al doctor Blasco. Él se enfadó cuando yo se la pasé... La rompió y dijo que no pensaba marcharse todavía a Buenos Aires... Pero se marchó el mismo día, sin acordarse de pagarla. Y yo, que he venido de Mar del Plata por otros asuntos, aprovecho la oportunidad para cobrarle esa cuentita olvidada.

TÉLLEZ.- Y para meter las narices en su casa, curiosear un poco, y volverse al hotel con nuevas historias y chismes... ¿No es verdad, ilustre señor de Antúñez?

ANTÚÑEZ.- No, señor Téllez, no... ¡Qué falsa opinión tiene usted de este su servidor!...

TÉLLEZ.- (Despidiéndose.) Espere usted ahí al doctor Blasco.

DIEGO.- (Lo mismo.) Y respete usted entretanto a miss Dolly, que lo detesta. ¿Ha oído usted? ¡Lo detesta! En otro tiene ella puestos sus cinco sentidos y sus mil amores.

MISS DOLLY.- (A ANTÚÑEZ.) No haga usted caso, señor...

DIEGO.- (A MISS DOLLY, indicándole a ANTÚÑEZ.) De él es de quien no debe usted hacer caso, miss Dolly.

TÉLLEZ.- (Desde la puerta, a MISS DOLLY.) Ya lo sabe usted, miss Dolly. (Indicando a DIEGO.) Si sufre usted de amores (Indicándole a ANTÚÑEZ.) , ahí tiene el remedio...

DIEGO.- (Interrumpiendo.) Sólo aquí, aquí puede ponerse al nivel de un gentleman un inmigrante fondero. ¡Qué país éste, que país!

TÉLLEZ.- (Continuando.) ...Pues tres remedios hay para curarse de un amor desgraciado: la ausencia, la muerte y otro amor. Como Diego no piensa en ausentarse y menos en morir, no le queda a usted más que el tercer remedio: otro amor. Coquettee usted con Antúñez y se olvidará de Diego. Amor con amor se cura.

MISS DOLLY.- Vaya usted con Dios, señor Téllez... Estoy asegurada contra incendios.

MARIO.- (Entra por la puerta de la derecha. Hablando bajo a PURA, que ha quedado sin entrar, del otro lado de la puerta.) . Espérame un momento, Pura... Aquí hay gente que es

————— 351 —————

mejor que no te vea... (Cierra la puerta y se dirige a TÉLLEZ y DIEGO, saludándoles.) ¡Hola ¡Ustedes por acá!...

TÉLLEZ.- Pero en un momento bien oportuno...

DIEGO.- Nos vamos y volveremos otro día...

MARIO.- Me disculparán de que no pueda atenderles ahora...

(Salen por la puerta del fondo MARIO, TÉLLEZ y DIEGO.)

Escena X

MISS DOLLY, ANTÚÑEZ, y después MARIO.

ANTÚÑEZ.- ¡Qué bromistas esos señores!

MISS DOLLY.- (Sentándose otra vez junto al escritorio, en actitud displicente.) ¡Oh! Son bromas inocentes. Están demasiado contentos de la vida para dar bromas ofensivas.

ANTÚÑEZ.- ¿Y usted, miss Dolly, está contenta de la vida? (Pausa, MISS DOLLY, considerando la pregunta, guarda reserva.) (Cambiando de disposición y tono.) No sabía que usted, miss Dolly, fuera amiga personal del doctor Blasco. Porque supongo que usted habrá venido a

visitarle por su cuenta...

MISS DOLLY.- No.

ANTÚÑEZ.- Entonces habrá venido usted acompañando alguna de las niñas que están de consulta con el doctor...

MISS DOLLY.- (Con energía.) ¡No!

ANTÚÑEZ.- Entonces, habrá venido usted con algún recado de la señora...

MISS DOLLY.- (Turbada.) Sí... He venido a preguntar por la madre del doctor Blasco, que está enferma...

ANTÚÑEZ.- ¡Con que doña Laura tiene todavía atenciones con el doctor Blasco después de todas aquellas cosas que se contaban!...

(MARIO entra por la puerta del foro, y hace un gesto de sorpresa y desagrado al oír a ANTÚÑEZ su última frase...)

MARIO.- ¿Me esperaba usted aquí, Antúñez?... ¿En qué puedo servirlo?...

(MISS DOLLY sale otra vez por el foro, discretamente. Supónese que se sienta en el vestíbulo, de modo que no se la ve por la puerta abierta.)

Escena XI

MARIO y ANTÚÑEZ.

ANTÚÑEZ.- (Saludándole y presentándole la cuenta.) Venía a saludarle, doctor, y a traerle la cuenta que dejó sin pagar del hotel... Pero si le molesto volveré otro día... cuando usted ordene...

MARIO.- Deme usted esa cuenta.

ANTÚÑEZ.- (Entregándole la cuenta.) Aquí esta con el recibo.

MARIO.- (Tomando la cuenta, mirándola y sentándose en el escritorio.) ¿Por qué no me la mandó por correo? (Abre el cajón del medio y saca de él un libro de cheques, donde escribe.)

ANTÚÑEZ.- Temía molestarlo, doctor... Como se decían allí tantas cosas, pensé que usted estaría demasiado ocupado para ocuparse de esta bagatela...

MARIO.- (Dejando de escribir y levantando la cabeza.) ¿Qué se decía?

ANTÚÑEZ.- (Muy satisfecho de la oportunidad de una conversación confidencial con el doctor Blasco.) Tonterías, doctor, tonterías sin pies ni cabeza. Mentiras de gente envidiosa, bromas de gente desocupada...

MARIO.- (Levantándose con el cheque firmado, en la mano, curioso de oír hablar a ANTÚÑEZ.) ¿Qué tonterías?... ¿Qué bromas?...

ANTÚÑEZ.- Usted podría enfadarse, doctor... Son maldades que no le llegan ni a la suela de sus zapatos...

MARIO.- ¡Vaya!... Repítamelas usted amistosamente. Tengo curiosidad de saberlas... Desde que me vine a Buenos Aires no he hablado con nadie que me las pudiera contar.

ANTÚÑEZ.- ¡Doctor!... ¡Me pone usted en un aprieto!...

MARIO.- Hable usted no más, con franqueza... Me haría usted un verdadero servicio con informarme. (En su deseo de ser informado llega hasta palmearle el hombro, lo que sorprende a ANTÚÑEZ.)

ANTÚÑEZ.- Se decía que la señorita Zulema Rojas...

MARIO.- No me interesa lo que se decía de la señorita Zulema Rojas.

ANTÚÑEZ.- Se decía también que la señorita Pura...

MARIO.- Tampoco me interesa lo que se dijera de la señorita Pura...

ANTÚÑEZ.- ¡Esto sí que le interesa!

MARIO.- No me interesa más que lo que se refiere a mí.

ANTÚÑEZ.- Pues se decía que la señorita Pura estaba loca, perdidamente enamorada de usted... Me parece que esto bien se refiere a usted, y no a mí o al Papa.

MARIO.- (Interrumpiendo impaciente.) ¿Y qué más se decía? Cuénteme usted lo que circulaba respecto a mis relaciones con la familia de Arval.

ANTÚÑEZ.- No me atrevo, doctor. Eran bromas, más bien bromas que calumnias, no le dijeron a la misma señora doña Laura...

MARIO.- ¿Qué le dijeron?

ANTÚÑEZ.- (Luchando entre la tentación y el temor de hablar.) Le dijeron... le dijeron...

MARIO.- Siéntese usted y cuente, pues, señor Antúñez.
ANTÚÑEZ.- (Quedando de pie.) Así estoy bien, señor doctor; gracias. Pues dijeron...
MARIO.- Que yo me burlé de su hija...
ANTÚÑEZ.- No, señor doctor.
MARIO.- Que su hija se burló de mí...
ANTÚÑEZ.- No, señor doctor.
MARIO.- ¿Y?...
ANTÚÑEZ.- Dijeron...
MARIO.- (Ofreciéndole un puro en una caja que estaba sobre el escritorio.) ¿Fuma usted?
ANTÚÑEZ.- (Tomando el puro y guardandoselo en un bolsillo del chaleco.) Gracias, doctor... Pues dijeron... ¡Ja, ja!... Le dijeron a la señora de Arval... que ella y usted quisieron hacer un negocito con los fondos de la Sociedad de San Vicente y el hospital. Usted se casaba con la niña, y entre suegra y yerno se repartirían las ganancias... Como el pastel se descubrió a tiempo, hubo que romper el noviazgo...
MARIO.- (Dominando su ira.) ¿Y quiénes decían eso?
ANTÚÑEZ.- No sé, doctor. Algunos bromistas!...
MARIO.- ¡Bromistas! ¡Usted los llama bromistas!...
ANTÚÑEZ.- En este país se les llama más bien «vivos» y «locos lindos»...
MARIO.- En este país, como en todos los países civilizados de la tierra, se llama infames a quienes dicen tales cosas. (Entregándole el cheque.) ¿Y sabe usted cómo se llaman aquí a los que las repiten?
MARIO.- (Guardándose el cheque después de mirarlo.) No.
MARIO.- (Indicándole la puerta del foro.) Tilingos.

(ANTÚÑEZ sale después de saludar profunda y amablemente, balbuceando su agradecimiento y sus excusas con frases como estas, «Muchas gracias, señor doctor... Usted disculpe, señor doctor... No lo tome usted a mal...».)

(Mientras se retira entra LA CRIADA por la izquierda.)

Escena XII

MARIO, LA CRIADA y después MISS DOLLY.

LA CRIADA.- Acaban de entrar dos señores. Han insistido, mucho en verlo. Dicen que son dos colegas suyos y que ya habían anunciado su visita.

MARIO.- ¿Usted no los conoce?

LA CRIADA.- Sí. Ya estuvieron aquí otras veces, el año pasado... (Sin poder recordar sus nombres.) Me dijeron que anunciara a...

MARIO.- Ferrando, Vilana...

————— 354 —————

LA CRIADA.- Eso es. Los hice entrar al consultorio y les dije que esperen...

MARIO.- Hizo usted bien. Voy enseguida. (LA CRIADA sale por la izquierda.) (Asomándose a la puerta del foro.) ¡Miss Dolly! (Entra MISS DOLLY.) Están aquí los doctores Ferrando y Vilana. (Gesto de desagradable sorpresa en MISS DOLLY.) Me parece conveniente que no se encuentren ustedes en esta casa, ni las vean salir de aquí... Yo los despacharé en unos pocos minutos. Ustedes esperarán mientras tanto. (Indicándole las habitaciones interiores.) En esa salita está Pura: vaya usted a acompañarla.

MISS DOLLY.- Por favor no les diga usted...

MARIO.- (Indicando otra vez la puerta derecha.) Vaya usted tranquila y explíqueme a Pura... (MISS DOLLY sale por la derecha.)

MARIO.- (Abriendo la puerta de la izquierda.) Pueden pasar ustedes.

(Entran FERRANDO y VILANA. Se saludan todos sin darse la mano. Un silencio.)

Escena XIII

MARIO, FERRANDO y VILANA.

FERRANDO.- Pienso, doctor Blasco, que está en nuestro deber hablar ahora con franqueza y resolver posiciones... Mi norma de conducta ha sido siempre la verdad.

MARIO.- (De pie, sin ofrecerles asiento.) Pienso lo mismo, y mi conducta tuvo siempre esa norma. Por eso les he contestado a ustedes, por intermedio de su emisario, que tendría mucho gusto en recibirlos.

FERRANDO.- Pues veníamos a felicitar a usted por la terminación del asunto del hospital. Sabemos que Rosales será condenado...

MARIO.- Muchas gracias.

VILANA.- Y al mismo tiempo, vengo yo a retirar mis antiguas apreciaciones ofensivas para usted...

FERRANDO.- Hemos creído que la mejor solución del asunto era esta entrevista, no dudando que usted, en su casa...

MARIO.- No los insultaría, ni los pondría en la puerta de la calle... Así lo he prometido. Estén ustedes tranquilos.

FERRANDO.- Y en cuanto a la cuestión de honor, está en el interés de todos evitarán nuevo escándalo...

VILANA.- Yo le escribiré a usted una carta, dándole la satisfacción que merece. Cumplo así con mi conciencia y con una persona que le aprecia y me lo ha pedido...

MARIO.- Le ahorraré a usted esa molestia. Doy por terminado el asunto con sus explicaciones verbales. (VILANA se inclina, asintiendo.)

————— 355 —————

FERRANDO.- Algo más solicitamos de usted, como colegas. Como compañeros de la facultad... Que olvide lo pasado y seamos tan amigos como siempre.

(Pausa breve.)

MARIO.- Eso no. Si ustedes me han pedido franqueza, debo decirles que nunca fueron ustedes mis amigos y que yo nunca olvidaré lo pasado.

VILANA.- Esto es amenazarnos con una venganza.

MARIO.- Es sólo anunciarles que tomaré mi desquite.

FERRANDO.- Volvemos así a la situación que desearíamos evitar...

MARIO.- Quedamos así en la situación que ustedes han buscado.

(Un silencio.)

FERRANDO.- ¿Puede saberse de qué género será el desquite que nos anuncia?

MARIO.- ¿Lo sé yo acaso?... Solo sé que no hay plazo que no se cumpla... La vida tiene sus ironías. (Pausa breve.) ¡Doctor Vilana, doctor Ferrando, tengan ustedes por seguro que alguna vez nos encontraremos cara a cara y nos hablaremos sin máscara! Y esa vez... el triunfo será mío.

VILANA.- Veníamos como amigos...

MARIO.- Ustedes no han sido ni serán nunca más que mis enemigos.

FERRANDO.- (Conciliador, como si tratara de hacer entrar en razón a un niño.) Siempre exagerado usted. O forjándose persecuciones, o levantando castillos de naipes...

MARIO.- Rato hace que soplaron ustedes sobre mi castillo de naipes. Las cartas están esparcidas sobre la mesa. No hay ya para qué ocultar el juego. Ahora jugamos a cartas vistas.

FERRANDO.- Es usted incorregible.

MARIO.- Aun no siéndolo, ¡no serían ustedes quienes me corrigieran!
(Pausa breve.)

FERRANDO.- Habiendo tomado este giro nuestra entrevista, lo más prudente me parece retirarnos...

VILANA.- (Con ira.) Y esperar.

MARIO.- (Sonriendo irónicamente.) Esperemos. (Al pronunciar sus últimas palabras, FERRANDO y VILANA saludan ligeramente y salen por el foro.)

MARIO.- (Ante la puerta de la derecha.) ¡Pura!... ¡Miss Dolly!

(Entra PURA.)

Escena XIV

MARIO y PURA.

PURA.- (Ante la puerta.) Aguárdeme todavía un momentito, miss Dolly. (PURA se da vuelta y queda un instante mirándose en silencio)

con MARIO.)

MARIO.- ¿Has oído?

PURA.- Sí, a todos.

MARIO.- ¿Fuiste tú la que pidió a Vilana?...

PURA.- Fui yo.

MARIO.- ¿Y conocías los cuentos aquellos de Mar del Plata?

PURA.- (Casi sin voz.) Sí...

(Pausa.)

MARIO.- Pues eres muy valiente...

PURA.- (Indicando la puerta por donde salieran FERRANDO y VILANA.)

Parece que no les has perdonado... ¡Cuánto debes haber sufrido,

Mario!

MARIO.- Sí, he sufrido mucho Pura. Y tanto, que casi he perdido mi antigua confianza en mí mismo. Ahora soy otro. Me siento también capaz de odios. No pudiendo subir hasta mí, ellos me han rebajado a su nivel.

PURA.- Ese debe ser el peor mal que los malos hagan a los buenos: enseñarles a odiar.

MARIO.- Y eso es lo que no les perdono, lo que no les perdonaré nunca: que me enseñaran a odiar. ¡Era tan cómodo vivir sin odiar!

¡Es tan penoso vivir odiando!

PURA.- Quizá sea un defecto ser demasiado bueno, como eres... Su enseñanza pudiera ser provechosa...

MARIO.- No cambio el provecho por lo que me cuesta. (Pausa breve.)

Todavía ni se ha pronunciado el juez; se me venía a notificar un trámite insignificante...

PURA.- Ya saldrá la sentencia... La crisis ha de pasar. Y cuando pase, volverás a ser el hombre de antes. Te encontrarás a ti mismo, como quien encuentra una joya que ha perdido.

MARIO.- Sólo con tu ayuda... ¡Soy tan torpe para encontrar lo que pierdo!

PURA.- Mi pobre ayuda la tendrás siempre. ¡Lo que he rezado por ti... no podrás agradecerme sino volviéndote creyente!

MARIO.- Creo en ti, Pura... Eso es ya creer un poco en Dios.

(Un silencio. La escena se ha venido oscureciendo con la rapidez propia de una habitación casi cerrada al caer una tarde de otoño.)

MARIO.- (Con voz ligeramente trémula.) Estás pálida, Pura... ¿Qué tienes?

PURA.- ¿Yo?... Nada. (Pausa breve.) ¿Conservas esperanzas de que mejore Emilia?

MARIO.- No. Pronto me quedaré solo, completamente solo en la vida.

PURA.- Es triste. Pero no eres el único que está solo. Muchos hay que siempre están acompañados, y sin embargo viven solos con su alma.

(Un silencio.)

MARIO.- (Siempre, con voz insegura.) Mucho te agradezco que hayas venido, Pura, mucho...

PURA.- Pero más me hubieras agradecido que no viniese,

————— 357 —————

contentándome con mandar preguntar por tu madre. ¿No es cierto?

(Pausa breve.) Dime, ¿no es cierto? (Pausa breve.)

MARIO.- (Como quién habla a su pesar, casi mecánicamente, algo que tenía muy pensado.) Pues que me lo preguntas, no debo ocultártelo... Tú perteneces a una familia con la cual no puedo tener ya relaciones cordiales. (Silencio.) Por ti, por mí, mejor sería que no hubieses venido.

PURA.- (Lentamente, con los ojos bajos, como distraída.) Por mí, me explico... ¡Pero, por ti!... ¿Qué mal puede hacerte mi visita?

MARIO.- (Conteniendo un arranque pasional.) ¿Para qué venir a despertar en mí ideas... y sentimientos... que pueden hacerme desgraciado?

PURA.- No sé qué ideas o sentimientos que te hagan desgraciado puedo despertarte... (Con femenina malicia, alzando los ojos, sonrientes.) ¡Ah, recién me doy cuenta! Discúlpame... Mi visita te será desagradable porque te recuerdo a Silvia.

MARIO.- (Bruscamente.) Eso es. Has puesto el dedo en la llaga.

PURA.- (Después de una breve pausa, esforzándose por parecer serena.) Me voy... Es muy tarde... Miss, Dolly estará desesperada...

MARIO.- (Tomándole ambas manos, casi sin voz.) ¿Te vas?... ¿Te vas para siempre?... ¿No te lo decía yo, Pura?... ¿Para qué has venido a ofrecerme tu amistad, tu compasión?... ¿No pensaste que sólo serviría para exasperarme y entristecerme, esta limosna de ternura que me traes, este mendrugo de cariño que me arrojas como a un perro hambriento?... ¿Qué consuelo puedes darme tú, pobre esclava de las preocupaciones sociales que no me ofenda tanto como el

desprecio de los tuyos?... ¿No ves que yo no puedo aceptar tu sacrificio y que tu gesto de caridad me duele y me enrojece el rostro como un bofetón?... ¿no ves que yo devuelvo a tu mundo por insulto por insulto, desdén por desdén, odio por odio?

PURA.- ¡Mario!... ¡Tú no tienes el derecho de insultarme!

MARIO.- ¡Claro! (Ríe amargamente.) Yo, el hombre oscuro y el desgraciado a quién la sociedad dedica de robo, el ladrón Blasco, no tiene derecho de acusar a nadie, y menos a una pobre niña que aunque lo desprecia también lo compadece!...

PURA.- ¡Calla, por Dios, Mario, calla! ¿Estás loco?... (Llora.)

MARIO.- ¿Qué tienes Pura?... Pareces enferma... tiembles... lloras...

(MARIO tiende instintivamente a abrazarla... Ella se aparta con rapidez, pálida como una muerta... Y él deja caer sus brazos y se contiene con un esfuerzo doloroso, como físicamente doloroso. Un silencio.)

————— 358 —————

Escena XV

Dichos y MISS DOLLY.

MISS DOLLY.- (Entrando por el foro, a media voz.) No hay luz... Ya no se ve casi... (Palpa el marco de la puerta y aprieta un botón de luz eléctrica. La estancia se ilumina. MARIO se sienta con la cabeza entre las manos.)

MISS DOLLY.- Señorita Pura, hace ya una hora que estamos de visita, y la señora se enojará tanto cuando lo sepa... Hace un momento estuvieron aquí el niño Dieguito y el señor Téllez...

PURA.- (Reponiéndose, mas todavía con voz trémula.) ¿Qué dice usted, Miss Dolly? ¿Diego y Téllez han estado aquí miss Dolly?

MISS DOLLY.- Sí, señorita Pura. Y se fueron cansados de esperar, mientras usted estaba adentro con el doctor.

(Una pausa.)

MARIO.- Ya lo ves, Pura. Te siguen. Nos espían... Entre nosotros no puede haber ya ni la sombra de nuestra antigua amistad. ¿No tuve yo razón en decirte que hiciste mal en haber venido?

MARIO.- No, Mario, no tuviste razón. Ahora tampoco la tienes. (Pausa breve.) (A MISS DOLLY.) Vamos, Miss Dolly. (A MARIO, disponiéndose a salir.) Tengo que pedirte una promesa antes de irme...

MARIO.- (Bajo a PURA, entusiasta y al mismo tiempo ligeramente irónico.) ¡Es todo un acto de heroísmo, Pura, haber venido a ver a mi madre desafiando la cólera de tu familia! Te lo agradeceré mientras viva. ¡Y en agradecimiento cumpliré cualquier promesa que me pidas! (Al oído.) Aunque sea la de tenderme en la mesa del anfiteatro, para que mis colegas me despedacen.

PURA.- ¡Ah!... Lo que tengo que pedirte es bien poco... Que si el estado de Emilia llega a agravarse, me llames para que venga a atenderla en la hora de la muerte, como ella atendió a mi madre.

MARIO.- Te lo prometo.

PURA.- ¿Me das tu palabra?

MARIO.- Te doy mi palabra.

PURA.- (Tendiéndole la mano.) Adiós, Mario. (MARIO besa largamente la mano de PURA.)

MARIO.- (Sordamente.) Adiós, Pura.

(MISS DOLLY hace una reverencia a MARIO y sale con PURA por el foro. MARIO las acompaña hasta la puerta, y, apoyándose contra el marco, las ve alejarse. Telón.)

FIN DEL TERCER ACTO

Acto IV

Una sala en casa de la familia de Arval. Lujo y buen gusto. Hacia el fondo, un piano, cubierto por una rica tela antigua. Profusión de luces y flores. Puertas laterales y otra al foro. Por la puerta abierta al foro se entreve un follaje de invernáculo.

Escena I

DOÑA LAURA y después MISS DOLLY.

DOÑA LAURA, vestida con un severo y elegante traje de sarao, inspecciona la sala, preparada como para una fiesta. Mueve algunas sillas, da los últimos toques a los ramos de los floreros...

MISS DOLLY (Entrando por la puerta de la izquierda.) ¡Señora!...

DOÑA LAURA.- ¿Qué hay, miss Dolly?

MISS DOLLY.- La señorita Pura ruega a la señora que la disculpe... Dice que no puede bajar porque tiene dolor de cabeza.

DOÑA LAURA.- ¡Eso no es más que un pretexto!... No sé qué pueda tener esa señorita Pura de un tiempo a esta parte, con sus encerronas y sus tristezas... Cualquiera que no me conociese creería que ella es una víctima en esta casa.

MISS DOLLY.- Tal vez esté enferma...

DOÑA LAURA.- Y cuando le he ofrecido llamar al médico, ha puesto el grito en el cielo como si la amenazara con el demonio... Suba usted a decirle que se vista como es debido y baje a recibir a mis invitados. Vendrá alguien para ella. Si no baja tendré que ir yo misma a traerla. (MISS DOLLY queda parada: tiene algo que decir y no se atreve.) Vaya pronto, miss Dolly; ya es tarde y puede llegar la gente.

MISS DOLLY.- Es que... yo quisiera... hablar con la señora...

DOÑA LAURA.- ¡Pues despáchese usted, Miss Dolly!... ¿Qué tiene

usted que decirme?

MISS DOLLY.- Algo serio... no lo he hecho antes... Hace varios días que deseaba hablar con la señora...

————— 360 —————

No me apresuré porque esperaba que el niño Dieguito y el señor Téllez hablaran antes...

DOÑA LAURA.- ¡El niño Dieguito! ¡el señor Téllez!... Qué tiene usted de común con ellos? ¿Qué secreto misterioso va usted a comunicarme?

MISS DOLLY.- Se refiere a la señorita Pura...

DOÑA LAURA.- Ahora entiendo todavía menos... ¡La señorita Pura, usted, Diego, Téllez, qué cuarteto más original!

MISS DOLLY.- El doctor Blasco...

DOÑA LAURA.- ¿También el doctor Blasco?... ¡Entonces quinteto!

MISS DOLLY.- La señora había prohibido a la señorita que fuese a casa del doctor Blasco a visitar a su madrina...

DOÑA LAURA.- ¿Habrá cometido ella semejante inconveniencia? ¡Bien se lo prohibí yo! (MISS DOLLY guarda silencio.) ¿Y usted, cómo se ha atrevido usted a acompañarla sin decirme nada?

MISS DOLLY.- Yo la acompañé sin saber a dónde iba...

DOÑA LAURA.- Usted está aquí a mi servicio. Debe hacer lo que yo mando, y no lo que manda la señorita Pura.

MISS DOLLY.- Lo sé, señora. La señorita Pura me pidió que la acompañara, como otras veces, y como yo no le pregunto nunca...

DOÑA LAURA.- ¿Por qué no me lo dijo usted en cuanto estuvieron de vuelta?

MISS DOLLY.- Allí me encontré con el niño Dieguito y el señor Téllez, y pensé que ellos hablarían antes que yo...

DOÑA LAURA.- (Se pasea agitada.) ¡Eso no tiene sentido común!... ¡Pues no faltaba más!... (Parándose ante MISS DOLLY.) Dígale usted a Pura que baje inmediatamente a hablar conmigo. Ya sabe usted que estamos de comida. Ayúdela a vestirse pronto.

(MISS DOLLY sale por la puerta de la izquierda; DOÑA LAURA se encamina al foro.)

DOÑA LAURA.- ¡Silvia!... ¡Téllez!...

(Entran, SILVIA y TÉLLEZ, la primera en traje de baile y el segundo en traje de etiqueta.)

Escena II

DOÑA LAURA, SILVIA y TÉLLEZ.

SILVIA.- (Acudiendo presurosa.) ¿Llamas, mamá?... ¿Quieres que yo vaya a buscar a Pura?

DOÑA LAURA.- No, hija; ya fue miss Dolly. (Bruscamente a TÉLLEZ.) ¿Cómo ha podido usted ocultármelo?

TÉLLEZ.- ¿Ocultar qué, señora?

————— 361 —————

DOÑA LAURA.- El encuentro que tuvieron usted y Diego con Pura en casa de Blasco.

TÉLLEZ.- No me pareció que fuera nada de particular...

DOÑA LAURA.- ¡Nada de particular, que una niña vaya sola a visitar a un mozo que no está en buenas relaciones con su familia!

SILVIA.- Pura no fue sola, mamá, sino con miss Dolly...

TÉLLEZ.- Y fue a visitar a una señora enferma, su madrina, la amiga de su madre.

DOÑA LAURA.- ¡Y después de las historias que todos sabemos! ¡Y habiéndole yo recomendado tanto que no fuera! (A TÉLLEZ.)

Supongamos que en vez de usted y de Diego se encontrara allí con otros hombres, ¿cómo hubieran comentado estos hombres el encuentro en sus conversaciones de club?

SILVIA.- Déjala tranquila cuando venga, mamá. A Pura le pasa algo. Ayer lloró la noche entera; yo la he sentido, aunque ella lo negara después.

DOÑA LAURA.- Si yo le permitiese esos caprichos. ¿qué se diría de la educación que doy a mi sobrina?... Ya bastante nos ha molestado antes con su antojo de no salir. (A TÉLLEZ.) ¿No sabe usted que casi a la fuerza tuvimos que sacarla a sociedad? ¡Y todavía se ha dicho que yo quería tenerla encerrada en casa, para que no eclipsase a Silvia!

TÉLLEZ.- Hacer caso de esas habladurías, señora, sería ponerse al nivel de los que hablan.

DOÑA LAURA.- Pues al nivel de los que hablan vivimos. Con ellos nos codeamos y chocamos. Dependemos de su opinión, como ellos de la nuestra. Valemos por ellos, y ellos valen por nosotros.

(Entra FERRANDO por el foro, en traje de etiqueta.)

Escena III

Dichos, FERRANDO y DOÑA LAURA, MISS DOLLY.

FERRANDO.- (Dirigiéndose a DOÑA LAURA y dándole la mano.)
¡Hola!... Entro sin anunciarme... Cómo sabía que me esperaban y les oí conversar...

DOÑA LAURA.- Es usted de los que no necesitan anunciarse en esta casa. ¿Está usted bien?

FERRANDO.- Como siempre, más fresco que una lechuga. Y, por lo visto, soy el primero en llegar después del novio. Los viejos somos ahora más puntuales que los jóvenes, si es que han quedado jóvenes en el mundo. (Dando efusivamente la mano a Silvia.) De ustedes no hay ya que preguntar, ¡con la buena noticia que he sabido!... Porque supongo que esta comida será para participar a los amigos el acontecimiento de familia. (Saludando a TÉLLEZ no menos efusivamente.) ¡Mis felicitaciones, querido amigo! No se lo anuncié yo este verano, cuando

————— 362 —————

usted se creyó vencido?... Hasta creo que apostamos cualquier cosa... No se olvide usted, que algo me debe.

TÉLLEZ.- Es verdad, doctor. Ha sido usted profeta. Es usted muy perspicaz.

FERRANDO.- Los médicos somos perspicaces porque somos fisonomistas. ¡Estamos tan acostumbrados a leer en los semblantes de los enfermos!... Y el amor es una enfermedad como otra cualquiera.

TÉLLEZ.- (Bajo, indicando a SILVIA.) ¡Usted profetizó el amor donde aún no existía!

FERRANDO.- (Lo mismo.) Existían los síntomas precursores. Las enfermedades pueden pronosticarse a veces antes de producirse. Se producen por el estado del organismo. Aunque el bacilo de Kock anda en todos los pulmones, no todos somos tísicos. Únicamente se enferman los que no pueden resistirlo y lo mismo pasa con el microbio del amor. Anda en todos los corazones. Pero sólo se arraiga

y propaga cuando el corazón está débil y triste.

SILVIA.- ¿Me critican ustedes?

FERRANDO.- ¡Bueno fuera!... Preguntaba para cuándo es la boda.

TÉLLEZ.- Para fin de año.

SILVIA.- Y después nos iremos a Europa.

FERRANDO.- ¡Oh juventud feliz! (Bajo a SILVIA.) ¿Ve usted como yo he sabido ver en su corazón lo que usted misma no veía aún?...

(Alto a DOÑA LAURA.) Y usted, señora, ¿qué me cuenta de nuevo?

DOÑA LAURA.- ¡Que acabo de recibir un disgusto bien grande!

FERRANDO.- ¿SE ha excusado a última hora alguno de sus invitados?

DOÑA LAURA.- No. Sólo vienen tres o cuatro amigos de usted. Vilana, Zulema... No son los de afuera los que dan disgustos.

SILVIA.- ¡Pero, mamá!...

DOÑA LAURA.- El doctor es el médico de casa, y por consiguiente el amigo de la familia. Me parece que delante de él bien puedo hablar con confianza. Y más puesto que debo, no sólo disculparme de las críticas que se pueden hacer a mi autoridad sobre Pura, sino consultarlo sobre la misma Pura.

FERRANDO.- ¿Qué le pasa a su sobrina?

DOÑA LAURA.- Se lo diré a usted, pidiéndole reserva... No tengo otro de quien aconsejarme.

FERRANDO.- Usted sabe Laura, que soy un viejo y sincero,

DOÑA LAURA.- Lo sé, doctor. Mil gracias.

FERRANDO.- ¿Está enferma Pura?

DOÑA LAURA.- Enferma, no parece estarlo... Más valiera eso tal vez.

————— 363 —————

FERRANDO.- ¿Qué le pasa entonces?

DOÑA LAURA.- Le pasa... que contra mi expresa prohibición ha ido a casa de Blasco.

SILVIA.- Con miss Dolly.

TÉLLEZ.- Y a visitar a doña Emilia.

DOÑA LAURA.- ¡Como ustedes quieran! Pero con los antecedentes...

FERRANDO.- Que yo conozco.

DOÑA LAURA.- Y con lo que se murmuraba en Mar del Plata...

FERRANDO.- ¿Qué se murmuraba?

DOÑA LAURA.- Que Pura tenía una marcada inclinación por Blasco.

SILVIA.- (Sorprendida.) ¿Que Pura estaba enamorada de Blasco?

¡Qué disparate!

FERRANDO.- (Bajo y sonriendo a SILVIA.) Mal podría usted saber lo que pasaba en el corazón de Pura, si no supo usted siquiera lo que pasaba en el suyo.

DOÑA LAURA.- Yo me temo que algo haya de verdad en eso que se dice de Pura... (Aparte a FERRANDO.) Pero no pierdo la esperanza de que triunfe nuestro amigo Vilana.

FERRANDO.- (Aparte a DOÑA LAURA.) De usted depende.

(Entra MISS DOLLY por la puerta de la izquierda, y saluda con la cabeza a FERRANDO.)

MISS DOLLY.- La señorita Pura dice que bajara enseguida. Ya estaba arreglándose, porque pensaba que la señora la mandaría llamar...

DOÑA LAURA.- Está bien. Gracias.

(Sale MISS DOLLY.)

Escena IV

DOÑA LAURA, SILVIA, TÉLLEZ y FERRANDO.

FERRANDO.- (Señalando a MISS DOLLY que se retira.) ¿La confidente de Pura?

SILVIA.- ¡Oh, no! Pura no hace confidencias... Yo creo que nunca ha sentido esa necesidad.

DOÑA LAURA.- Ahí está, como un ogro, metida en su cuarto.

SILVIA.- En estos últimos tiempos parece muy triste.

TÉLLEZ.- ¿No conoce usted nada contra la tristeza? ¡Se haría usted inmortal si lo descubriera!

FERRANDO.- Eso sólo se cura en toros y vacas.

TÉLLEZ.- ¿Es incurable en el hombre?

FERRANDO.- En las niñas la tristeza es una nube de primavera. Nube que refresca, pasa y deja el jardín más florido y oloroso que nunca.

TÉLLEZ.- Las sonrisas son las rosas.

SILVIA.- En el de Pura ya no hay rosas.

DOÑA LAURA.- Siempre fue Pura independiente y hasta voluntariosa, y ahora está más rara que nunca... (A FERRANDO.) Qué le parece a usted, doctor, ¿no se me criticaría, y con razón, si yo permitiese a mi sobrina escapadas como la visita a casa de Blasco?

FERRANDO.- Seguramente, Laura. Por eso hizo usted muy bien en prohibirlo.

DOÑA LAURA.- Dígame usted también, doctor, ¿no debo tomar una resolución enérgica para que el hecho no se repita?

FERRANDO.- Debe usted tomarla, si no quiere exponerse y exponer a Pura a la maledicencia pública.

DOÑA LAURA.- (Indicando a TÉLLEZ y SILVIA.) Pues estos señores opinan que hacer caso de las habladurías es ponerse al nivel de los que hablan...

FERRANDO.- La sociedad es un gran mar, con sus abismos y odio con odio. Despreciar la opinión es hacerse despreciar por la opinión. ¡Y nada más peligroso!

DOÑA LAURA.- Creernos superiores al juicio de los demás es el mejor medio de extraviarnos...

FERRANDO.- La sociedad es un gran mar, con sus abismos, sus borrascas, sus calmas. Cada individuo es una gota de agua en ese mar. Si la gota pretende aislarse y salta sobre una piedra de la orilla, se secará al beso del primer rayo de sol.

TÉLLEZ.- Se vuelve usted poeta. Y todo para reprobar el generoso impulso de Pura... Fue con las manos llenas de rosas y volvió con las manos llenas de espinas.

DOÑA LAURA.- Por lo visto, no sólo Ferrando se vuelve poeta... ¡Y todo para disculpar la rebeldía de una muchacha sin experiencia, que compromete su reputación y el nombre de su familia! Porque nada más delicado que la reputación de una niña... Basta una sombra para mancharla. Basta una sospecha para ahuyentar a sus pretendientes. No sé qué pensará el doctor Vilana, si llega a saber que Pura...

FERRANDO.- Felizmente, Vilana es un espíritu elevado y sordo a esas pequeñeces.

DOÑA LAURA.- Aquí todos somos sus partidarios.

FERRANDO.- Es ya un médico notable.

DOÑA LAURA.- No dudamos que Pura acabará aceptándolo. A propósito de Vilana. Ya sabe usted que lo he invitado a comer. Nada ha contestado, aunque nos mandó una bonita canasta de claveles blancos. ¿Cree usted que vendrá?

FERRANDO.- No lo dudo. A los médicos debe perdonárenos algún retardo. Nunca somos dueños de nuestro tiempo.

SILVIA.- Tampoco ha venido Zulema todavía.

TÉLLEZ.- ¡Antes de que Zulema acabe su toilette!

(Entra DIEGO, de «smocking» por el foro.)

Escena V

Dichos y DIEGO.

DIEGO.- (Después de saludar con una sonrisa a TÉLLEZ, dando la mano a FERRANDO.) Buenas noches, doctor.

DOÑA LAURA.- Me extraña Diego, que tú tampoco me dijeras nada de la extravagancia de Pura...

DIEGO.- Dejemos ese asunto, mamá. Yo no creo que la visita de Pura a Emilia fuera tan extravagante. Ella es mayor de edad, sabe lo que hace, y me inspira plena confianza.

DOÑA LAURA.- ¿Y yo, tu madre, no te inspiro también plena confianza?... Pues yo prohibí a Pura lo que ha hecho. Tú, como mi único hijo varón, debiste hacer cumplir las órdenes de tu madre.

DIEGO.- Ya le dije, mamá, que yo no quiero intervenir para nada en las cosas de Pura. Su prohibición me parece hasta ofensiva para ella. No seré yo quien se meta a hacerla cumplir.

DOÑA LAURA.- Tus deberes, Diego...

DIEGO.- Mis deberes de caballero y de hombre son dejar en paz a una pobre muchacha que se ha refugiado bajo nuestro techo.

DOÑA LAURA.- Tu deber de hijo...

DIEGO.- Dejemos de lado mi deber de hijo, pues que yo no hablo de sus deberes de tutora o madre adoptiva de Pura.

DOÑA LAURA.- ¡Me faltas el respeto, Diego!...

(Pausa breve.)

DIEGO.- Retiro lo dicho.

DOÑA LAURA.- (Con reticencia y a media voz.) Pero no puedes retirar lo que sientes. Y cuando se trata de tu madre y de tu prima... optas por tu prima. ¡Así entiendes tú el deber!

DIEGO.- ¡Fíjese usted en lo que dice, mamá!

DOÑA LAURA.- Tiempo hace que me vengo fijando. (Una pausa.)

DIEGO.- (Con violencia.) Más tarde nos explicaremos... No olvidemos que ahora tenemos visitas.

FERRANDO.- Somos todos de confianza, Diego, y la señora tiene razón.

DIEGO.- (Sin disimular su ira.) Tiene razón, ¿en qué?

FERRANDO.- En quejarse de Pura. (DIEGO vuelve la espalda a

FERRANDO.) No es posible mantener el decoro de una familia si no se respeta la autoridad del jefe.

(Entra PURA por la puerta izquierda, en un traje de baile que realza su natural belleza y elegancia. Está algo pálida y ojerosa. DIEGO sale por el foro.)

————— 366 —————

Escena VI

DOÑA LAURA, SILVIA, TÉLLEZ, FERRANDO y PURA.

PURA.- (Saludando a FERRANDO y sonriendo.) Hablaban ustedes de mí... y seguramente muy mal. (Saluda a TÉLLEZ.)

TÉLLEZ.- Mal... y bien.

SILVIA.- Yo... bien.

FERRANDO.- (Sonriente.) Yo... mal.

PURA.- (Después de saludar a TÉLLEZ.) No necesitan ustedes decir más. Ya sé de qué trataban. (Seria.) Pues muchas gracias a los que hablaban bien... (Sonriendo.) y muchas gracias a los que hablaban mal.

FERRANDO.- Aquí todos somos amigos suyos.

PURA.- Yo no tengo enemigos.

(A FERRANDO y TÉLLEZ.)

DOÑA LAURA.- ¿No quieren ustedes pasar al hall? Estarán allí más cómodos.

FERRANDO.- Como usted disponga.

(Encamínanse conversando hacia el foro SILVIA, TÉLLEZ y FERRANDO.)

DOÑA LAURA.- (Mirando con sus «impertinentes» el tocado de PURA.)
Tengo que hablarte seriamente.
PURA.- A sus órdenes.

(Salen todos menos DOÑA LAURA y PURA. Pausa.)

Escena VII

DOÑA LAURA y PURA.

DOÑA LAURA.- Dime, Pura, ¿no te hemos tratado siempre en esta casa con las consideraciones que te debíamos?

PURA.- (Casi sin voz.) Es cierto, tía Laura. Y usted ha sido muy bondadosa conmigo...

DOÑA LAURA.- Al vivir con nosotros, ¿no te comprometías a obedecerme como si yo fuera tu madre?

PURA.- También es cierto, tía Laura.

DOÑA LAURA.- Entonces, ¿por qué has desoído mis consejos y fuiste a visitar a la familia de Blasco?

PURA.- Perdóname, tía Laura. Emilia me escribió una carta que partía el alma, y yo pensé que debía ir... Ella cuidó a mi madre sin apartarse de la cabecera en su última enfermedad.

DOÑA LAURA.- Excusas no te han de faltar... Yo no quiero discutir contigo. Pero el hecho es que me desobedeciste. ¿Has meditado sobre las consecuencias que puede traerte el desobedecerme.

PURA.- Como creí que obraba bien...

DOÑA LAURA.- No obrabas bien, Pura; obrabas muy mal.

PURA.- Obraba según mi conciencia y mi corazón.

————— 367 —————

DOÑA LAURA.- Tu conciencia y tu corazón te engañaban. Debiste más bien escribir a esa señora, sin ponerme en el caso de despachar a miss Dolly...

PURA.- ¡Despachar a miss Dolly, después de tantos años de servicio!... ¡No vaya usted a hacer eso, tía Laura!... Yo la llevé sin que ella supiese...

DOÑA LAURA.- De todos modos la despediré, ahora que se casa Silvia, para evitar que te acompañe en nuevas escapatorias. No quiero que comprometas más esta casa.

(Pausa.)

PURA.- Sólo le pido permiso para ir a ver una vez más a Emilia. Ella quiere entregarme al morir unas alhajas y cartas de mi madre. Yo le prometí ir a recibirlas cuando ella me llame... ¡y cumpliré mi promesa, tía Laura, la cumpliré!

DOÑA LAURA.- No irás, Pura, no irás. Si vas, te rebelas contra mi autoridad. Puedes prever los resultados... ¿No comprendes que esas visitas a casa de Blasco te comprometen?

PURA.- ¿Por qué?

DOÑA LAURA.- Se dice que tú quieres a Mario.

PURA.- Como un amigo, como un hermano...

DOÑA LAURA.- (Entre dientes.) Tienes una curiosa manera de sentir tu cariño de hermana...

PURA.- ¡Tía Laura!...

(Pausa.)

DOÑA LAURA.- ¿Y él, Mario?...

PURA.- (Amargamente.) ¡Él!... ¡A él no le importa nada de mí, absolutamente nada!... ¿Acaso me ha dado siquiera señales de vida desde que fui a su casa, exponiéndome a la indignación de mi familia?... Pierda usted cuidado. Mario tiene muchas cosas en qué pensar para acordarse de mí.

DOÑA LAURA.- Eso no me importa. Lo que me importa, ¡y no toleraré! es que vuelvas a provocar la murmuración yendo otra vez a su casa, ¿oyes? ¡No lo toleraré!

(Pausa.)

PURA.- ¡Tía Laura! Hablemos claro. Usted está descontenta conmigo no sólo por ese motivo... sino también por otros...

DOÑA LAURA.- Estoy disgustada, muy disgustada por tu conducta en estos últimos tiempos. Te encierras, no quieres ir a ninguna parte,

no hablas casi, no me escuchas.

PURA.- (Con suprema angustia.) ¡Pero hay algo más, tía Laura, hay algo más!...

DOÑA LAURA.- ¿Qué?

PURA.- Dígalo de una vez, tía Laura... Usted quiere que yo salga pronto de aquí, que yo me case...

DOÑA LAURA.- ¡Pura!

PURA.- Usted quiere que yo salga de aquí, que me case... porque piensa... usted supone... algo muy feo, tan feo...

DOÑA LAURA.- ¡Pura!

PURA.- Usted sospecha del cariño que me tiene Diego, su hijo, mi primo, ¡mi hermano!...

DOÑA LAURA.- Nada te he dicho...

————— 368 —————

PURA.- Pero usted lo piensa, lo piensa siempre... Hace un momento, cuando yo entré a esta sala y usted discutía con su hijo, ¿qué pensaba usted? ¿qué pensaba usted de mí?...

DOÑA LAURA.- Yo sé que eres buena, muy buena...

PURA.- (Como delirando.) Sí, tía Laura. No lo niegue. Usted sospecha... ¡Yo lo veo, yo lo siento, yo respiro como un veneno esa sospecha en el aire de esta casa! (Se arroja sollozando sobre un sofá.)

DOÑA LAURA.- ¡Qué niña eres!... ¡Serénate!... Pueden encontrarte así las personas que vengan!... (Pausa breve.) ¡Pura, por Dios, haz de cuenta que nada te he dicho!...

(Un largo silencio.)

PURA.- (Poniéndose de pie, con inusitada entereza, casi altivez.)

¡Hablemos claro, tía Laura!... Yo estoy aquí demás.

DOÑA LAURA.- ¡Nadie te dice semejante cosa!

PURA.- Ya sé que nadie piensa en ponerme en la puerta. Pero esta prisa por casame...

DOÑA LAURA.- Es por tu bien. Tú no tienes otro porvenir. Las mujeres no tenemos otro porvenir.

PURA.- Lo sé. No tengo más que ustedes. Debiendo salir de aquí no hay más solución que el matrimonio o el convento. Y como no siento vocación religiosa, no me queda más que el matrimonio... Pues le prometo a usted casarme pronto, cuanto antes. Sólo le pido un plazo, un plazo corto. El que se da siempre para liquidar las malas mercaderías o desalojar las casas mal ocupadas.

DOÑA LAURA.- No tomes el asunto por el lado trágico. Es sólo

cuestión de casamiento...

PURA.- Tiene usted razón. El casamiento es más bien una cosa cómica.

DOÑA LAURA.- O por lo menos, un acontecimiento feliz, sobre todo cuando se tiene pretendientes como los tuyos. Ahí está Vilana...

¿Piensas aceptarlo?

PURA.- A Vilana o cualquier otro... Pero deme usted, tiempo...

DOÑA LAURA.- Todo el que necesites... Yo no quiero noviazgos improvisados de la noche a la mañana. Siempre salen mal. Recuerda lo que le sucedió a Silvia...

PURA.- Sí... sí... No se apure, tía Laura, que yo también trataré de complacerla.

DOÑA LAURA.- Pues para complacerme, empieza por secarte esas lágrimas... Arréglate el pelo... Pon una cara más amable a mis invitados...

(Antes de que termine la frase DOÑA LAURA entran por el foro VILANA, también de frac, y FERRANDO.)

————— 369 —————

Escena VIII

Dichos, VILANA y FERRANDO.

VILANA.- (Entrando y deteniéndose.) A mal tiempo, buena cara.

FERRANDO.- Aquí se lo traigo... Tenía miedo de entrar.

VILANA.- (Dando la mano a DOÑA LAURA.) Y, por cierto, que venimos a sorprender un coloquio de familia...

PURA.- (Sonriendo y tendiéndose a su vez la mano.) Verdaderos secretos de familia.

VILANA.- ...Y, para colmo, con algún retraso.

DOÑA LAURA.- Ninguno. Todavía esperamos gente.

PURA.- Recibimos sus claveles blancos, como heraldos, que nos anunciaban su llegada...

FERRANDO.- La llegada del príncipe que viene a romper el encanto

que mantiene triste y cautiva a la princesa de los rizos de oro.

PURA.- (A VILANA, sonriendo.) ¡Adelante!... Ningún dragón de fuego me defiende.

DOÑA LAURA.- (Con visible complacencia.) Veo que estoy de más aquí. Yo nada entiendo de encantos...

PURA.- (Para sí.) ¡Ni de desencantos!

(Se retira a segundo término hablando aparte con DOÑA LAURA.
FERRANDO y VILANA quedan solos en primer término.)

FERRANDO.- (Bajo a VILANA.) Tuvimos esta tarde sesión en la facultad. Por mucho empeño que pusimos, yo y varios compañeros, la renuncia de Blasco no fue aceptada.

VILANA.- Me lo temía. Los términos de la sentencia le son favorables... como que el juez no se contenta con condenar a Rosales, sino que absuelve a Blasco y declara que la causa no afecta su honor.

FERRANDO.- Y la intendencia lo confirma también en la dirección del hospital, y los médicos y empleados le preparan un gran banquete... Los estudiantes, por no ser menos, le proyectan a su vez no sé qué de desagravio... Es el caso de que yo le repita a usted lo que usted decía hace un instante: «A mal tiempo buena cara.»

VILANA.- (Sonriendo.) Y la he puesto... La hemos puesto cuando fuimos a visitarlo, ¡a meternos en la cueva de la fiera! Voy a contarle a Pura nuestra visita, para que crea en mi buen corazón.
(Dase vuelta hacia PURA.)

FERRANDO.- (Alto a DOÑA LAURA.) Parece que aquí estorbamos...

DOÑA LAURA.- Así parece...

(FERRANDO y DOÑA LAURA salen por la puerta de la izquierda.)

PURA y VILANA.

VILANA.- No sé qué noto en usted esta noche... Usted es otra.

PURA.- Otra soy, en efecto... Acabo de tomar una gran resolución, de esas que generalmente solo se toman una vez en la vida.

VILANA.- ¿Me haría usted el honor de tomarme por confidente?

PURA.- ¡Oh, no es ningún secreto!... Siéntese usted para oírme mejor... (Ambos se sientan.) He resuelto casarme. (Pausa.)

¿Halla usted extraña esta resolución?

VILANA.- La resolución, no, a usted la hallo extraña.

PURA.- ¿A mí?

VILANA.- A usted... Porque hasta hace poco tiempo me decía usted que no pensaba casarse.

PURA.- He cambiado de opinión.

VILANA.- Habrá usted encontrado un hombre que le guste...

PURA.- Todavía no lo sé.

VILANA.- ¿No quiere... no ha querido usted a nadie?

PURA.- Se lo he dicho ya otra vez.

VILANA.- ¿Y se acuerda usted lo que yo le repuse?

PURA.- Me acuerdo. Que el amor me sorprendería cuando yo menos lo pensara. (Pausa breve.) Pues hasta ahora se ha equivocado usted: el amor no me ha sorprendido.

VILANA.- Según lo que usted entienda por amor. Ha leído usted demasiado Pablo y Virginia y Rafael. Esa lectura romántica le ha sugerido una falsa idea del amor en nuestros tiempos.

PURA.- ¿Sí?...

VILANA.- El amor no es ya un torbellino ni un abismo. Es lo que usted ha visto en Silvia: la amistad razonable, el aprecio fundado... Cuando un hombre y una mujer son amigos y se estiman, el amor viene después, con el casamiento. Y ese es el amor verdadero y durable, el amor del corazón y la cabeza... El otro por mucho que se le idealice, no es más que el amor de los sentidos, ¡el viejo diablo metido a fraile!

PURA.- Poco a poco voy creyéndolo así...

VILANA.- Y acabará usted por creerlo completamente. (Emocionado.) Entonces se resolverá usted a aceptar el hombre que siempre la quiso, el único hombre que verdaderamente la ha querido...

PURA.- ¿Usted?

VILANA.- Sí; yo. (Una pausa.) Usted se formó últimamente en Mar del Plata un mal juicio de mí. Creyó usted que, por motivos indignos, era yo capaz de hacer una guerra sorda a su amigo el doctor Blasco... Pues bien, debo confesarle ingenuamente

que me equivoqué respecto de Blasco. Su amigo era inocente de la imputación que se le hizo...

PURA.- ¿Lo han declarado así los jueces?

VILANA.- Sí. ¿No lo sabía usted? La noticia ha salido hoy en todos los diarios, y, por cierto, que en términos elogiosísimos para él...

PURA.- Yo no leo los diarios. (Para sí misma.) ¡Y él, no haberme escrito una palabra!

VILANA.- Por ciertos indicios, y sobre todo por aquello que usted me dijo, ¿recuerda? ya antes de que saliera la sentencia, yo pensé que ella sería favorable a Blasco. Y fui a su casa a darle amplias satisfacciones... ¿Está usted contenta de mí?

PURA.- Ha cumplido usted con su deber, Vilana.

VILANA.- ¿Acaba usted entonces, por desechar las prevenciones que tenía contra mí y por reconocer la rectitud de mis sentimientos y de mis procederres?

PURA.- Sí.

VILANA.- Gracias. Da usted ahora el primer paso para quererme, Pura... Y usted llegará a casarse conmigo, como se lo he pronosticado, y será muy feliz, ¡se lo prometo!

PURA.- Es posible. Con ese casamiento, no se lo debo ocultar, daría yo un gran gusto a mi familia y hasta una feliz solución a ciertas cuestiones enojosas... Pero deme usted tiempo para pensarlo, Vilana.

VILANA.- Le doy a usted todo el tiempo que quiera, pues cuanto más lo piense usted, más seguro estoy yo de la victoria.

(Entra ZULEMA por el foro, muy apresurada, envuelta en una lujosa «salida de baile».)

Escena X

Dichos y ZULEMA.

ZULEMA.- (Besando cariñosamente a PURA.) ¡Aquí me tienen ustedes!... Entro de la calle, pregunto dónde está Vilana, Ferrando me dice al oído que se halla de gran conferencia con Pura... (Dando la mano a VILANA.) y me vengo directamente hasta aquí, sin sacarme el abrigo ni detenerme, para ser la primera en felicitarlos.

VILANA.- Le agradecemos la intención. Pero todavía...

ZULEMA.- ¡Todavía!... Me contesta usted como Blasco, cuando creyó

comprometerse con Silvia... ¡Tenga usted cuidado! Mire que esa contestación es de mal agüero... Pas de chance!

PURA.- Estás sofocada, hija... Vete a sacarte el abrigo.

ZULEMA.- (Encaminándose a la puerta de la izquierda.) Espérenme ustedes, que ya vuelvo... Tengo muchas cosas que decirles. (Sale.)

————— 372 —————

Escena XI

PURA y VILANA.

VILANA.- ¡Qué afán casamentero el de Zulema!

PURA.- Quiere casar a todo el mundo... y no principia por casarse ella misma.

VILANA.- Eso sería más difícil... En todo caso, intenciones no han de faltarle.

PURA.- (Sonriendo.) Tiene la manía de felicitar. Y lo cierto es que a juzgar por ciertos antecedentes, sus felicitaciones resultan a veces de mal augurio, como ella misma recordaba...

VILANA.- Por lo menos son de mala intención. Es ella como el perro del hortelano...

(ZULEMA entra por el foro, habiéndose ya despojado del abrigo. Corre hacia el piano, lo abre, se sienta y ataca brillantemente la «Marcha Nupcial» de Mendelsson. Luego entran DIEGO, SILVIA y TÉLLEZ.)

Escena XII

Dichos, ZULEMA, DIEGO, SILVIA, TÉLLEZ y después DOÑA LAURA y

FERRANDO.

DIEGO.- Pura, ¿qué hay de verdad en la noticia que nos acaba de dar Zulema?

SILVIA.- ¿Es cierto, Pura?

FERRANDO.- (Entrando por la puerta de la izquierda.) ¡Hola, hola!... ¡Con que esas teníamos!...

DOÑA LAURA.- (Siguiendo a FERRANDO.) ¡Lo esperábamos doctor Vilana, aunque no tan pronto!

VILANA.- Me sorprenden ustedes.

PURA.- No; esto no es más que una picardía de Zulema...

DIEGO.- Ella nos ha dicho que se acaban de comprometer ustedes.

PURA.- (Llamando.) ¡Zulema!

(ZULEMA se levanta del piano y acude al llamado.)

FERRANDO.- (A ZULEMA, sonriendo.) Venga usted, mentirosa, a rendir cuentas de su mentira.

ZULEMA.- ¿Qué mentira?... (A VILANA y PURA.) . Por la manera de contestar de ustedes yo supuse... y como todas se casan en esta familia... (Haciendo ademán de bendecir.) Silvia con Téllez...

Pura con Vilana... Creo que hasta la señora con Ferrando...

DIEGO.- (A ZULEMA.) ¡Cómo sentirá usted no ser de la familia!

(Todos ríen.)

PURA.- (Ligeramente irritada, a ZULEMA.) ¿De dónde has sacado que yo me case con Vilana?

————— 373 —————

ZULEMA.- Por tu contestación, como te he dicho. Por lo menos creí que estabas comprometida a medias...

PURA.- Yo no entiendo eso de comprometerse a medias... O se da o no se da palabra de casamiento.

ZULEMA.- Sin embargo, nada más general que los compromisos a medias. Hasta creo que son una especialidad de esta tierra... Pero tienes razón, Pura. A mí no me agradaría tampoco eso de estar a medias de novia... Me suena como estar a media ración.

FERRANDO.- Siempre será mejor que el ayuno forzado...

DIEGO.- Mala cosa es el ayuno, Zulema. Llena la boca de bilis...

(Todos ríen.)

ZULEMA.- (Riendo a carcajadas.) Pues ya están galantes ustedes conmigo...

DIEGO.- De tanto hablar de media ración y de ayuno, me han despertado ustedes el apetito...

ZULEMA.- ¿El apetito de qué?...

DIEGO.- Ya debe ser hora de ir a la mesa...

Escena XIII

Dichos, MISS DOLLY y después UN CRIADO.

MISS DOLLY.- (Ante la puerta de la izquierda, bajo a DOÑA LAURA.) He hecho servir la comida, señora.

DOÑA LAURA.- Podemos pasar al comedor.

(MISS DOLLY sale, y todos los demás se disponen también a salir por el foro, FERRANDO con DOÑA LAURA, TÉLLEZ con SILVIA y DIEGO con ZULEMA, cuando entra por ahí un criado con una tarjeta en una bandeja de plata y se la presenta a PURA.)

DOÑA LAURA.- (Al CRIADO.) ¿Qué es eso?

EL CRIADO. Un señor que pregunta por la señorita Pura.

DOÑA LAURA.- ¿No le ha dicho usted que no podemos recibirlo porque tenemos invitados?

EL CRIADO. Sí; pero ha insistido tanto...

PURA.- (Después de leer la tarjeta, al CRIADO, muy turbada.)

Hágalo usted pasar al escritorio y dígame que me espere. (EL CRIADO sale por el foro. Pausa.) Es el doctor Blasco...

ZULEMA.- ¡Blasco! (Con intención de incomodar a VILANA y a FERRANDO.) Es ahora l'homme du jour. ¿Han visto ustedes que elogios le prodigan los diarios? Hoy no he leído menos de dos o tres columnas de ponderaciones. (Haciendo como si leyera.) Es un carácter austero, un trabajador incansable, una gloria de la

patria... Los médicos del hospital y los estudiantes de la Facultad le ofrecen grandes manifestaciones públicas, que él rehúsa porque su modestia está a la altura de sus méritos...

FERRANDO.- (Vagamente irónico.) Los verdaderos hombres de ciencia son siempre modestos.

————— 374 —————

VILANA.- Nosotros nos felicitamos de que al fin se haya hecho paso la verdad...

PURA.- (A DOÑA LAURA.) Blasco viene a verme de parte de Emilia... Tal vez me trae las cartas y alhajas de mi madre... Le pido permiso para recibirlo, tía Laura...

DOÑA LAURA.- (Secamente.) Y yo te niego ese permiso.

PURA.- Entonces, tendré que ir a recibirlo en la puerta de calle...

DOÑA LAURA.- ¡Pues no faltaba más!... Mándale preguntar lo que quiere...

PURA.- He dado orden al sirviente de que lo haga pasar al escritorio.

DOÑA LAURA.- (Tocando con el timbre eléctrico.) En mi casa, nadie da órdenes más que yo. (Al criado que se presenta por la puerta de la derecha.) Diga usted a ese señor que la señorita Pura no puede recibirlo.

EL CRIADO. (Indicando la habitación que se supone a la derecha.)

Ya lo he hecho pasar, señora... Está ahí esperando...

DOÑA LAURA.- Dígale de mi parte que se retire...

PURA.- Tía Laura. Eso no puede ser. Es el hijo de Emilia.

(Interponiéndose entre EL CRIADO y la puerta.) No.

DOÑA LAURA.- (Al CRIADO.) ¿No ha oído usted?

DIEGO.- Mamá, Blasco es mi amigo.

TÉLLEZ.- Y el mío.

VILANA.- (A DOÑA LAURA.) Es amigo de todos, señora...

FERRANDO.- No debemos proceder tan violentamente, querida Laura... Sin necesidad de que lo reciba Pura, ¿no puede ir alguien a ver lo que desea?

DIEGO.- Eso me parece mejor. Iré yo. (Sale por la derecha, y EL CRIADO por el foro.)

TÉLLEZ.- (Bajo a SILVIA.) Yo he venido a visitarla a usted, Silvia, a usted sola. Tengo mucho que decirle, y veo que estamos perdiendo el tiempo aquí y escuchando lo que no nos importa...

SILVIA.- Vámonos a la antesala.

(Salen por la izquierda.)

Escena XIV

DOÑA LAURA, ZULEMA, FERRANDO, VILANA y después DIEGO

ZULEMA.- (A DOÑA LAURA.) Acaso ese señor Blasco tendrá que decir a Pura algo reservado y confidencial.

DOÑA LAURA.- (Bajo y severamente a PURA.) Ya ves los resultados de la visita.

ZULEMA.- (Que ha sorprendido la recomendación de DOÑA LAURA a PURA.) ¿Qué visita? (Silencio.)

PURA.- Mi última visita a Emilia.

ZULEMA.- ¿A Emilia, la madre de Blasco?... ¿Has tenido

————— 375 —————

tú el valor de ir a la casa de Blasco?... ¿Y no perdiste la cartera?

VILANA.- Usted sabe, Zulema, que Blasco es un caballero y un amigo de Pura.

ZULEMA.- Yo también hago justicia a Blasco. Era una broma... Peores las gastan ustedes conmigo.

(DIEGO entra por la puerta de la derecha y la cierra detrás de sí.)

DIEGO.- (A PURA.) Mario quiere hablar de cualquier modo contigo. (Señalando la derecha.) Te espera ahí.

DOÑA LAURA.- (A DIEGO.) Pues Pura no puede recibirlo. Vuelve a que te diga para qué la quiere. (DIEGO no se mueve.)

PURA.- Es el último favor que le pido, tía Laura. Déjeme ir...

DOÑA LAURA.- Ela mi casa no se ha faltado jamás a las conveniencias...

ZULEMA.- (ZULEMA a PURA.) Piensa en lo que dirá el mundo, si acudes así al primer hombre que te llama.

FERRANDO.- Aquí no hay más que un pequeño mal entendido, bien fácil de solucionar si procedemos con prudencia... (A DOÑA LAURA.) ¿Por qué no va usted misma, Laura, y trata de hacer entrar en razón a ese mozo? Será un nuevo sacrificio que usted haga por la educación de los suyos.

DOÑA LAURA.- No podría... Me ofendió tan gravemente...

ZULEMA.- (Después de acercarse a la puerta de la derecha y aplicarle el oído.) ¡Schit!... (Pausa breve.) Se pasea como una fiera enjaulada de un extremo a otro del cuarto... (Pausa breve.) Parece que está muy nervioso...

DIEGO.- Y no es para menos. Hacerlo entrar, negarse después a recibirlo, mandarle un emisario...

DOÑA LAURA.- (A FERRANDO.) ¿Por qué no va usted en mi nombre, doctor?

FERRANDO.- ¡Yo!... Imposible. He tenido mis pequeños disgustos con Blasco... Además, no soy de la familia.

ZULEMA.- (A DOÑA LAURA.) Si usted quiere, Laura, voy yo...

DIEGO.- Sería el mejor modo de ponerlo pronto en fuga.

ZULEMA.- (Riéndose.) ¡Insolente!

DIEGO.- Usted no me ha dejado concluir... De ponerlo en fuga: pero con una flecha de Cupido clavada en medio del pecho.

VILANA.- Yo no me ofrezco a recibir al doctor Blasco, porque soy el menos indicado...

PURA.- Es inútil que nadie se incomode. Ha venido a verme a mí...

DOÑA LAURA.- ¡Pura!...

DIEGO.- Me parece que también yo estoy aquí de más... (Sale por la izquierda.)

FERRANDO.- Lo mismo nosotros... (Quiere salir con VILANA.)

————— 376 —————

DOÑA LAURA.- Quédense ustedes. Se lo ruego... Ayúdenme a convencer a esta niña.

PURA.- Estoy convencida de antemano... Blasco ha venido a verme... y yo voy... (Quiere salir por la derecha.)

DOÑA LAURA.- (Amenazándola, tomándola de la muñeca.) ¿Te olvidas que estás todavía en mi casa?

(Se abre la puerta de la derecha y se presenta MARIO, que saluda gravemente con una inclinación de cabeza. Un largo silencio.)

Escena XV

DOÑA LAURA, PURA, FERRANDO, VILANA y MARIO.

MARIO.- (Articulando lentamente, como quien quiere ser comprendido en pocas palabras.) Siento interrumpir a ustedes, señores, y les pido disculpa...

DOÑA LAURA.- ¡Se ha atrevido usted a venir a mi casa sin mi consentimiento!... Le ruego que se retire.

MARIO.- ¡Señora!... He pasado mi tarjeta a la señorita Pura Brest y el portero me ha hecho entrar. Vengo a pedido suyo y de mi madre. Seré breve. (A PURA.) Cumplo mi promesa, Pura. Mi madre está en sus últimos momentos y quiere verte. (Pausa breve.) Pero... en tu interés, debo hacerte presente que si vienes, no se te perdonará en tu casa...

PURA.- No importa.

DOÑA LAURA.- ¡No irás con él!... Eso sería descabellado...

PURA.- No es descabellado, tía Laura: es mi deber. Al morir mi madre me encargó que quisiera y respetase a Emilia como a ella misma. Ahora Emilia me llama. Es este el primero... y el último pedido que me hace. Debo obedecerla. Podría acompañarme miss Dolly...

DOÑA LAURA.- ¡Pura!... Te prohíbo que salgas, ¿has oído?... Te prohíbo que des un escándalo y faltes a tu nombre!...

PURA.- (Siempre con firmeza y aparente tranquilidad.) Perdóneme, tía Laura. Esta vez no puedo obedecerla. (Pausa breve.) ¿Permite usted siquiera que alguien me acompañe?

DOÑA LAURA.- No. Si sales, sales escapada, contra mi voluntad y para no volver nunca a esta casa. (Pausa breve.)

MARIO.- El tiempo urge, Pura. Decídete por ti misma. Yo nada puedo aconsejarte.

FERRANDO.- Razonemos un poco, Purita. Usted es una niña buena, muy buena, demasiado buena... Por eso no se da cuenta de la maldad del mundo. Yo, que soy viejo amigo suyo, le aconsejo que no desafíe la maledicencia.

VILANA.- Usted, Pura, se forja además deberes que no existen. Su mamá, al morir, sólo le recomendó que tuviera cariño

————— 377 —————

y respeto a su señora madrina; peo no que le sacrifique su nombre y su porvenir...

MARIO.- (A FERRANDO y VILANA, sin poder refrenar un gesto de menosprecio.) Creo que nadie les consulta. Pura es bastante inteligente para comprender lo que valen los consejos de ustedes.

¡Sólo se da un consejo noble cuando se tiene un alma noble!

VILANA.- ¡Usted nos provoca!

MARIO.- No deseo provocar a nadie. Hago, sí, constar que sólo a espíritus perversos puede ocurrírseles dudar de la virtud de una

niña, porque honra a la memoria de su madre y va a darle el último adiós a una pobre mujer que la llama al morir.

FERRANDO.- ¡Mida usted sus palabras, doctor!

VILANA.- (Fuera de sí.) ¡Recuerde que cualquiera que haya sido el fallo de sus jueces y nuestra benevolencia, la opinión pública no le da a usted el derecho de insultarnos!

MARIO.- (Perdiendo también el dominio de sí mismo.) Hago constar que sólo a dos miserables puede ocurrírseles que un hombre honrado como yo, aproveche la agonía de su madre para atentar contra el honor de una niña que acude a despedirla con sus caricias y sus lágrimas.

(Se hace un silencio, tan intensamente dramático, que parece esperarse un grito...)

FERRANDO.- (Con voz trémula.) Ya ve usted, Pura, el hombre a quien quería confiarse. Aprovecha la presencia de señoras para insultar a sus pares, sino a sus superiores. (A DOÑA LAURA.) Señora, ¿no lo oye usted? Puede usted arrojarlo de su casa como a un perro.

MARIO.- (Inconscientemente declamando en su exaltación.) Como un perro es usted quien debiera ser arrojado de cualquier casa honesta. ¿Cuáles son sus méritos, cuáles sino una rastrera simulación de competencia y el saber difamar a quienes, mejor preparados, pudieran arrancarle su máscara y su pan?...

VILANA.- Esto es demasiado (Llama.) (A DOÑA LAURA.) Llamo a su sirviente, señora, para que ponga en la calle a quien la insulta al insultar a sus amigos.

MARIO.- (A VILANA.) ¿Se cree usted ya con derechos de dueño y señor en esta casa por sus pretensiones a casarse con Pura?... Pues sépase usted que si ella lo acepta, será como una última tabla de salvación en el naufragio de su vida. En el fondo de su alma, diga lo que diga, ella le desprecia. Sabe perfectamente que usted es capaz de todas las villanías.

VILANA.- Usted me dará cuenta de sus insultos...

MARIO.- ¿Qué?... ¿Otra vez la ridícula comedia de un duelo?... ¡No, señor mío! Esta vez seré yo quien se rehusa a batirse... ¿Sabe usted por qué? Porque lo considero a usted indigno. ¡Y sepa usted también que este es un motivo sincero y no como fue el suyo, un pretexto cobarde!

(Atraídos por las voces de la disputa han entrado sucesivamente, por la izquierda, TÉLLEZ, SILVIA, DIEGO, MISS DOLLY.

TÉLLEZ se coloca junto a MARIO, y DIEGO entre FERRANDO y VILANA. MISS DOLLY ha quedado ante la puerta, sin atreverse a adelantar.)

Escena XVI

Dichos, TÉLLEZ, SILVIA, DIEGO y MISS DOLLY.

TÉLLEZ.- ¡Mario!

DIEGO.- (Casi al mismo tiempo.) ¡Blasco!

DOÑA LAURA.- (A MARIO, próxima a desfallecer.) ¡Retírese usted!... ¡Retírese usted!...

PURA.- Yo me voy con él.

DIEGO.- Yo te acompañaré, Pura.

PURA.- (Como sin saber lo que dice.) ¡No, me voy con él, sola con él!...

SILVIA.- ¡Pura!... Piensa en nosotros, piensa en mí... (Un silencio.)

MARIO.- (A VILANA y FERRANDO, bajando la voz.) Ya lo ven ustedes. ¿No les anuncié yo que todo plazo se cumple y que la vida tiene sus ironías? Sin que la busque, me ha llegado la hora de la venganza. Y mi venganza es más grande que un bofetón o una estocada. Es el desprecio. No necesito la sangre de ustedes, ¡me basta la vergüenza!

VILANA.- (A PURA.) ¿Será usted todavía capaz de seguirlo, Pura?

PURA.- Sí.

MARIO.- (A VILANA.) Y ésta es la mejor de mis victorias.

DOÑA LAURA.- Si te vas con él no vuelves a mi casa... Te separas para siempre de tu familia y de tus amigos... No te queda más solución que la calle y la deshonra...

MARIO.- Disculpe usted, señora... Otra solución le queda... (A PURA, vibrante de emoción.) Pura, tú eres libre y yo te ofrezco mi nombre y mi vida. ¿Quieres dejar este mundo de vanidades y mentiras y vivir conmigo un mundo de trabajo y de verdad?...

(PURA se cubre la cara con ambas manos. Reclina la frente sobre el pecho de MARIO y estalla en sollozos de pasión y de júbilo.)

DIEGO.- Tiene razón Mario. Aquí está su triunfo y su venganza...
MARIO.- El mejor triunfo de la vida de un hombre es encontrar la mujer que lo comprenda.

(MARIO y PURA salen por la derecha.- Telón.)

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo